

VALLE DE TENA

RIO GÁLLEGO
HUESCA

DONDE EL RÍO NO OLVIDA

— ∞ —
Ángela Arco



DONDE EL RÍO NO OLVIDA

1. [Donde el río no olvida](#)
2. [ESTO OCURRIÓ](#)
3. [CAPÍTULO 1](#)
4. [CAPÍTULO 2](#)
5. [CAPÍTULO 3](#)
6. [CAPÍTULO 4](#)
7. [CAPÍTULO 5](#)
8. [CAPÍTULO 6](#)
9. [CAPÍTULO 7](#)
10. [CAPÍTULO 8](#)
11. [CAPÍTULO 9](#)
12. [CAPÍTULO 10](#)
13. [CAPÍTULO 11](#)
14. [CAPÍTULO 12](#)
15. [CAPÍTULO 13](#)
16. [CAPÍTULO 14](#)
17. [CAPÍTULO 15](#)
18. [CAPÍTULO 16](#)
19. [CAPÍTULO 17](#)
20. [CAPÍTULO 18](#)
21. [CAPÍTULO 19](#)
22. [CAPÍTULO 20](#)
23. [CAPÍTULO 21](#)
24. [CAPÍTULO 22](#)
25. [CAPÍTULO 23](#)
26. [CAPÍTULO 24](#)
27. [CAPÍTULO 25](#)
28. [CAPÍTULO 26](#)
29. [CAPÍTULO 27](#)
30. [CAPÍTULO 28](#)
31. [CAPÍTULO 29](#)
32. [CAPÍTULO 30](#)
33. [CAPÍTULO 31](#)
34. [CAPÍTULO 32](#)
35. [CAPÍTULO 33](#)

- 36. [CAPÍTULO 34](#)
- 37. [CAPÍTULO 35](#)
- 38. [CAPÍTULO 36](#)
- 39. [CAPÍTULO 37](#)
- 40. [CAPÍTULO 38](#)
- 41. [CAPÍTULO 39](#)
- 42. [CAPÍTULO 40](#)
- 43. [CAPÍTULO 41](#)
- 44. [CAPÍTULO 42](#)
- 45. [CAPÍTULO 43](#)
- 46. [CAPÍTULO 44](#)
- 47. [CAPÍTULO 45](#)
- 48. [CAPÍTULO 46](#)
- 49. [CAPÍTULO 47](#)
- 50. [CAPÍTULO 48](#)
- 51. [CAPÍTULO 49](#)
- 52. [CAPÍTULO 50](#)
- 53. [EPÍLOGO](#)

Donde el río no olvida

Ángela Arco

© 2026, Ángela Arco

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, hechos y diálogos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se emplean de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia, salvo en los casos en que se hace referencia explícita a hechos históricos reales, tal como se indica en la nota final de la autora.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Primera edición: 2026

A Marcos, que me dio mil motivos para seguir sonriendo.

ESTO OCURRIÓ

El 7 de agosto de 1996, un miércoles, una tormenta de gran intensidad descargó sobre la cabecera del barranco de Arás, en el Pirineo oscense. Hacia las siete y media de la tarde, el agua acumulada rompió el cauce que debía contenerla y bajó convertida en una ola de barro, piedras y troncos hasta el camping Las Nieves, situado en Biescas (Huesca), en el punto exacto donde el barranco desemboca en el río Gállego.

Aquella tarde había en el camping más de seiscientas personas.

La riada duró apenas unos minutos. Se llevó por delante tiendas de campaña, caravanas, y a quienes dormían o cenaban dentro de ellas, sin apenas aviso previo. Murieron ochenta y siete personas, veintisiete de ellas niños. Más de ciento ochenta resultaron heridas.

El camping había sido autorizado por la administración pese a que informes técnicos anteriores desaconsejaban construir en ese emplazamiento, situado sobre el cono de deyección de un torrente con historial de crecidas. En 1999, un juzgado de Jaca calificó lo ocurrido como un fenómeno excepcional e imprevisible y cerró la instrucción penal, decisión confirmada después por la Audiencia Provincial de Huesca y el Tribunal Supremo. Nadie fue condenado.

En 2005, la Audiencia Nacional determinó que la riada había sido, en realidad, previsible, y condenó al Estado y al Gobierno de Aragón a indemnizar a las víctimas. Para entonces habían pasado nueve años.

El terreno donde estuvo el camping sigue sin construir. Hay un memorial, y ochenta y siete piedras, una por cada nombre.

Esta novela es ficción. Lo que ocurrió aquella tarde de agosto no lo es.

Los hechos históricos descritos en esta nota están documentados en la sentencia de la Audiencia Nacional de 21 de diciembre de 2005, en el estudio técnico de Francisco Javier Ayala-Carcedo sobre la inundación de Biescas (en Riesgos Naturales, Ed. Ariel, 2002), y en reportajes periodísticos de El Español, Infobae y Wikipedia con motivo de los sucesivos aniversarios de la tragedia.

CAPÍTULO 1

Francisco. Collado del Telera, octubre de 2026

Francisco Bestué llevaba cuarenta y tres años subiendo al collado antes de que amaneciera.

Lo había hecho con su padre, de niño, cuando las piernas no le llegaban bien a los pedruscos y tenía que saltar donde el viejo simplemente andaba. Lo había hecho solo después, cuando el viejo ya no pudo. Lo había hecho con nieve hasta la rodilla, con niebla tan cerrada que las vacas desaparecían a tres metros, con ese viento del norte que en agosto baja del Anayet como si viniera de otro mundo. Cuarenta y tres años. Siempre el mismo recorrido. Siempre las mismas piedras.

Conocía cada una por su forma.

Esa mañana de octubre el cielo estaba limpio de una manera que dolía. Uno de esos amaneceres pirenaicos que parecen una promesa que el invierno todavía no ha roto, con la luz entrando horizontal desde las cumbres de Monte Perdido y tiñendo de naranja las crestas del Telera. Abajo, en el valle del Gállego, quedaban restos de niebla baja, blanca y quieta, como si el río estuviera respirando despacio mientras dormía. Río abajo, Biescas era solo un rumor de tejados entre la bruma.

Francisco no miraba el paisaje. Lo llevaba dentro desde hacía décadas y ya no necesitaba mirarlo para verlo.

Caminaba despacio, con ese paso corto y constante de quien sabe que la montaña no se gana con prisa. Detrás de él, las vacas seguían en fila sin que nadie se lo pidiera. Delante, los dos mastines, Rayo y la Mora, abrían camino entre los bojes. Trabajaban, y se les notaba. Francisco los observaba a ellos más que al terreno. Los perros le decían cosas que las piedras no sabían contar.

Por eso lo vio venir.

Rayo se detuvo primero. Sin gruñir, sin ladrar. Solo parado, con las orejas levantadas y el cuerpo tenso de una forma que Francisco no le había visto nunca con un jabalí ni con un zorro. La Mora llegó a su lado un segundo después e hizo exactamente lo mismo. Los dos

mirando hacia la canal, hacia ese recoveco entre las rocas donde el terreno baja en sombra y en verano crece el helecho alto.

Francisco paró.

Las vacas pararon.

Fue el silencio lo que le erizó la piel. No el silencio de la montaña, que es uno de los sonidos más plenos que existen. Sino otro silencio. El de algo que ha roto el orden de un lugar.

Tardó diez pasos en verla.

Estaba entre las rocas como si la hubieran depositado allí, aunque Francisco lo supo enseguida, sin necesidad de razonarlo: nadie llega a ese lugar sin querer llegar. Joven. Treinta y pocos años. Ropa que no era de montaña. Las manos abiertas sobre el pedregal, como si hubiera intentado agarrarse al último momento. El helecho de alrededor estaba aplastado en un radio amplio. Había habido violencia. No hacía falta saber nada de crímenes para entenderlo.

Francisco Bestué se quedó quieto durante un tiempo que no supo medir.

Las crestas del Telera seguían naranjas. El río seguía respirando en el valle. Los abetos de la ladera de enfrente olían a resina y a frío limpio, como siempre. El mundo no había cambiado nada en los últimos treinta segundos.

Y sin embargo, se quitó la boina. No supo explicar después por qué lo hizo, si le preguntaban. Era simplemente lo que correspondía.

Luego sacó del bolsillo del pantalón un teléfono viejo, de teclas, y buscó el número de la Guardia Civil con los pulgares torpes y la respiración un poco más corta de lo habitual.

Mientras esperaba señal en el teléfono, miró una vez más hacia ella.

Esa mañana Francisco solo veía a alguien joven. Alguien que estaba muy lejos de casa. Alguien a quien nadie había ido a buscar todavía porque nadie sabía aún que tenía que ir.

Ya van, pensó. Ya van a saber.

La señal llegó a la segunda barra, como siempre en ese punto del collado.

Marcó.

CAPÍTULO 2

Óscar. Bronchales, julio de 1996

Lo primero que pensé cuando papá dijo nos vamos de vacaciones fue que estaba de broma.

Papá no gastaba bromas. Era de esos hombres que cuando decían algo lo decían en serio y cuando no tenían nada serio que decir preferían callarse. Así que cuando lo dijo, un martes por la noche después de cenar, con mamá mirándole desde la cocina con una sonrisa que llevaba días guardando, tardé un momento en entender que era verdad.

Sara no entendió nada. Tenía seis años y estaba más pendiente del gato que de lo que decía papá. Pero yo tenía diez y supe enseguida que algo grande estaba pasando.

A los Pirineos, dijo. En el coche. Dos semanas.

Dos semanas. Yo no había dormido fuera de Bronchales más de dos noches seguidas en toda mi vida, y esas dos noches habían sido en casa de mis abuelos en Orihuela del Tremedal, que está a ocho kilómetros. Dos semanas en los Pirineos era como decirme que nos íbamos a la luna.

Al día siguiente se lo conté a Javi y a Rubén en el frontón.

Se quedaron con la boca abierta los dos.

¿En serio?, dijo Javi.

En serio.

¿Y dónde está eso exactamente?

Yo lo había mirado en el atlas del colegio esa misma mañana, así que pude señalar con bastante precisión.

Arriba del todo, dije. Casi Francia. Hay montañas tan altas que tienen nieve hasta en agosto.

Javi dijo que eso no podía ser. Yo dije que sí podía. Que además había ríos con truchas y vacas por todos los lados. Que se llamaban Pirineos con pe de pelota.

Rubén dijo que tenía envidia, que mira que suerte tenía yo.

Esa noche no dormí bien. Tampoco la siguiente.

Papá preparó el coche cuatro días antes de salir. El Seat Panda color beige que tenía desde antes de que yo naciera y que hacía un

ruido raro al subir las cuestas largas, como si estuviera pensándoselo. Mamá decía siempre que ese coche era un milagro con ruedas. Papá decía que los milagros había que cuidarlos, y le cambiaba el aceite él mismo en la era, lo revisaba despacio, como hombre que sabe que las cosas no se reponen solas.

¿Llegará?, le pregunté mientras le veía mirar el motor con los brazos cruzados.

Me miró de reojo.

Llegará, dijo.

No dijo que estuviera seguro. Pero lo dijo de una manera que significaba que iba a llegar aunque tuviera que empujarlo él solo.

Una de esas tardes de espera, mientras papá terminaba con el coche, me llamó y se sentó en los escalones de la era. Sacó una moneda del bolsillo, una de veinticinco pesetas, dorada, con un agujero en el centro.

Mira, dijo.

La colocó entre el índice y el corazón y empezó a pasarla entre los nudillos, despacio, el pulgar empujando desde abajo cada vez que llegaba al final, para que no se cayera. La hacía parecer fácil.

Lo intenté yo. Se me cayó cuatro veces seguidas.

No tengas prisa, dijo. No es un truco de manos. Es un truco de paciencia.

Me enseñó otra vez, despacio, sujetándome los dedos con los suyos para que sintiera el movimiento antes de tener que hacerlo solo. Tardé toda la tarde. Cuando por fin conseguí que la moneda diera la vuelta completa sin caerse, papá sonrió de esa manera suya que no enseñaba los dientes pero que se le notaba en los ojos.

Ya está, dijo. Ahora es tuya.

No supe si se refería al truco o a la moneda. Con papá nunca se sabía del todo dónde terminaba una cosa y empezaba la otra.

Dos días antes de irnos de viaje, Sara se cayó de la bicicleta vieja de Javi delante de casa y se hizo un rasguño en la rodilla que no era nada pero que a ella le pareció el fin del mundo. Lloraba de esa manera exagerada que solo tienen los niños de seis años, con hipidos y todo, y mamá todavía no había salido a por la mercromina.

Me senté a su lado en el escalón. Saqué la moneda.

Mira lo que sé hacer, le dije.

Dejó de llorar a media frase, con la boca todavía abierta, para ver cómo la moneda pasaba de un nudillo a otro. Se le olvidó la rodilla.

Se le olvidó todo.

Otra vez, dijo, cuando terminé.

Lo hice otra vez. Y otra. Hasta que mamá salió con la mercurina y ya no hacía falta.

A partir de ahí, cada vez que Sara se hacía daño, que no eran pocas veces, le hacía el truco y dejaba de llorar al instante.

A veces Sara me pedía que le enseñara simplemente el truco. Se quedaba embobada mirando.

Pareces un mago, me decía. ¿La haces desaparecer?

Algún día la haría desaparecer también, pero aún no sabía cómo.

La mañana que salimos, mamá repasó la lista tres veces. Yo la vi hacerlo. Primero en la cocina, luego en el pasillo, luego otra vez en la cocina porque no estaba segura de haber metido el botiquín. Sara iba detrás de ella preguntando si podía llevar a Pipo, que era un conejo de peluche que tenía desde los cuatro años y que ya estaba bastante estropeado. Mamá dijo que sí la primera vez y Sara siguió preguntando de todas formas, por si acaso.

Salimos de Bronchales a las siete de la mañana.

El pueblo estaba todavía dormido. Solo don Ángel, que era el más madrugador de todos, nos vio pasar desde su puerta y levantó la mano despacio. Papá pitó una vez, corto, como despedida. Yo miré por la ventanilla de atrás hasta que el campanario desapareció detrás de la curva.

No sabía que era la última vez que lo vería así. Normal. Como siempre había sido.

CAPÍTULO 3

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

El piso de Sara Villalba tenía tres habitaciones y ella usaba dos.

La tercera era el archivo.

No lo llamaba así delante de nadie porque no había nadie delante de quien llamarlo de ninguna manera, pero en su cabeza ese cuarto tenía nombre propio desde hacía años. El archivo. Cuatro estanterías metálicas que había comprado en el rastro cuando se mudó, cajas de cartón etiquetadas con rotulador negro, carpetas ordenadas por año y por tema, y en la pared del fondo, sujeto con chinchetas, un mapa del valle del Gállego con varios puntos marcados en rojo.

Había también un corcho. Fotos, fotocopias de documentos, nombres unidos por hilos. La clase de cosa que en las películas tiene siempre un detective con ojeras y un vaso de whisky en la mano.

Sara no bebía whisky. Bebía café, demasiado, y a veces se olvidaba de comer hasta las cuatro o cinco de la tarde.

Esa mañana de octubre llevaba despierta desde las cinco y media. No por la alarma sino porque su cabeza había decidido sola que ya era suficiente dormir. Llevaba así desde que el documento llegó a su buzón tres semanas antes. Un sobre sin remitente, con matasellos de Huesca, dentro doce páginas fotocopias de un expediente administrativo de 1993. Alguien había subrayado en amarillo varios párrafos. Alguien que sabía exactamente qué estaba buscando ella.

Se había sentado en el suelo del archivo con las doce páginas en la mano y lo estaba leyendo una vez más. No se sabe cuántas veces lo había leído ya.

Un informe técnico. Un informe técnico de 1993 que evaluaba la idoneidad de varios terrenos del valle del Gállego para uso recreativo y turístico. El camping Las Nieves aparecía en la página siete. En el margen, manuscrito con bolígrafo azul, alguien había escrito dos palabras hacía treinta y tres años.

No apto.

Sara había leído esas dos palabras muchas veces desde entonces. Las leía y sentía algo que no era exactamente rabia ni exactamente

tristeza sino una mezcla de las dos cosas que no tenía nombre y que llevaba instalada en el pecho desde los seis años.

Alguien lo sabía en 1993. Alguien firmó de todas formas.

Se levantó de la silla, se llevó la taza a la cocina y miró por la ventana el patio interior del edificio. Un gato naranja dormía en el alféizar del segundo. Hacía frío ya por las mañanas en Zaragoza, ese frío seco de octubre que baja de los Pirineos como una advertencia.

Tenía que llamar a Marcos.

Marcos Allué era su redactor jefe en El Pirineo Digital, un medio pequeño con una reputación inversamente proporcional a su tamaño. Le había dado trabajo cuando nadie más se lo daba, no por caridad sino porque leyó tres de sus piezas de investigación y dijo que tenía instinto para la incomodidad.

Lo que no le había contado a Marcos era por qué.

Nunca se lo contaba a nadie. Era más fácil así. Más limpio. Una periodista de investigación con un trauma personal relacionado con su mayor reportaje no era una periodista de investigación. Era un problema editorial.

Cogió el teléfono. Eran las seis y cuarto de la mañana.

Decidió esperar un poco antes de llamar.

Se sentó en el archivo, encendió el flexo, y volvió a mirar el mapa del valle del Gállego.

No apto.

Treinta y tres años. Hacía treinta y tres años que esas dos palabras estaban enterradas en un cajón de alguna consejería mientras su padre, su madre y su hermano Óscar dormían en una tienda de campaña a orillas del Arás.

Antes de coger el teléfono miró el correo una vez más.

Entre los mensajes sin leer había uno que había llegado dos días antes y que había dejado sin abrir porque el asunto le había parecido vago y los mensajes vagos podían esperar. Ahora lo abrió.

Me llamo Roberto Díaz. Perdí a mi familia en la riada del Arás en agosto del 96. He leído todo lo que ha escrito sobre el tema. Llevo años con esto solo y creo que juntos podríamos llegar más lejos. Si le parece bien me gustaría que habláramos.

Sara lo leyó dos veces.

Lo dejó sin responder por ahora.

Marcó el número de Marcos sin esperar a que fueran las siete.

CAPÍTULO 4

Óscar. Valle del Gállego y alrededores, 4 de agosto de 1996

El día que fuimos a Ordesa, papá se levantó antes que nadie.

Le oí moverse fuera de la tienda cuando todavía era de noche, sin hacer ruido, con el cuidado de quien no quiere que nadie se despierte, y luego el ruido pequeño del hornillo y el olor del café mezclándose con el frío de las seis de la mañana. Me quedé quieto escuchando. Sara dormía a mi lado hecha un ovillo, con Pipo apretado contra su pecho. Mamá susurró algo desde su lado de la tienda y papá contestó algo que no entendí pero que sonó tranquilo.

Me levanté.

Papá estaba sentado en la silla plegable con la taza entre las manos y la cabeza levantada hacia el cielo. Las estrellas todavía no se habían ido del todo. El camping dormía alrededor, las tiendas quietas, el río sonando en la oscuridad, constante, algo que ya llevaba días pareciéndome lo más normal del mundo.

Me miró y no dijo nada. Me hizo un gesto hacia la silla de mamá.

Me senté.

Estuvimos así un rato los dos, sin hablar, mirando cómo el negro del cielo se iba volviendo azul muy despacio por encima de las crestas. Papá me pasó su taza y bebí un sorbo aunque el café no me gustaba demasiado. Era un gesto de hombres y yo tenía diez años y quería estar a la altura.

Hoy vamos a Ordesa, dijo.

Lo dijo como si fuera algo importante. Y lo era.

Salimos después de desayunar los cuatro, con las mochilas pequeñas y los bocadillos que mamá había preparado la noche anterior envueltos en papel de aluminio. Sara llevaba sus sandalias de velcro rosas que no eran exactamente de montaña pero con las que insistió en ir porque eran sus favoritas. Mamá dijo que se iba a hacer daño y Sara dijo que no y al final fue con las sandalias rosas.

La carretera subía entre montañas que cada vez eran más grandes. Eso era lo que pasaba en el Pirineo, que pensabas que ya habías visto las montañas más grandes que podía haber y luego la carretera giraba y aparecían otras todavía más grandes detrás. Como

si el mundo fuera expandiéndose a medida que avanzabas hacia el norte.

Broto fue el primero.

Un pueblo de piedra oscura agarrado a la ladera como si supiera que si se soltaba caía al río. Las calles tan estrechas que el coche apenas cabía, las casas con balcones de madera llenos de geranios rojos, una fuente en la plaza donde el agua salía fría incluso en agosto. Bajamos a dar una vuelta. Había una heladería pequeña con los sabores escritos a mano en una pizarra. Mamá dijo que no que estaban a punto de comer y luego compró un corte para cada uno.

Comimos los helados caminando por las calles estrechas. Sara con el suyo en las dos manos, concentrada del todo para que no se le cayera. El sol dando en las piedras oscuras y las piedras devolviéndolo caliente y la sombra de los aleros haciendo franjas en el suelo.

¿Por qué las casas son negras?, preguntó Sara.

Son de piedra de la montaña, dijo papá. La montaña es así de color.

¿Y por qué la montaña es negra?

Porque tiene mucha historia dentro.

Sara consideró eso y pareció encontrarlo satisfactorio.

Seguimos hacia el norte.

La carretera se metía en un desfiladero estrecho siguiendo el curso del Ara y las paredes de roca se levantaban a los lados tan altas que el cielo se convertía en una franja azul estrecha encima. El río Ara corría abajo, verde y blanco, golpeando las piedras con ese ruido constante de agua que no tiene prisa porque sabe que siempre llega.

Papá paró el coche en un ensanchamiento de la carretera.

Bajamos.

El sonido del río llenaba todo. No había otro sonido. Solo el agua y el viento alto entre las paredes de roca y algún pájaro que no veíamos pero que sabíamos que estaba. Mamá se quedó mirando las paredes de piedra con la mano en la frente haciendo visera. Papá se acercó al borde y miró el río abajo.

¿Francia está cerca?, preguntó Sara.

Sí, muy cerca, dijo papá.

¿Cuánto es cerca?

Si gritaras muy fuerte quizás te oirían.

Sara abrió la boca. Mamá la miró. Sara cerró la boca.

Desde allí la carretera seguía valle arriba, cada vez más estrecha, entre bosques que se cerraban sobre ella, hasta el aparcamiento donde ya no se podía seguir en coche y empezaba el parque de Ordesa.

Caminamos por el valle toda la mañana.

El sendero seguía el río Arazas entre abetos y hayas que a veces se juntaban arriba y formaban un techo verde. Sara iba delante con sus sandalias rosas pisando exactamente donde no debía y sin hacerse daño, que era su manera de llevar siempre la razón. Papá caminaba despacio mirando a los lados, tocando de vez en cuando la corteza de un árbol con la palma de la mano, como hacía con la tierra de sus campos pero con una expresión distinta. Más suave. Mamá iba a su lado y a veces señalaba algo y él asentía.

Comimos los bocadillos sentados en una roca junto al río.

El silencio de ese lugar no era un silencio vacío. Era agua, era viento alto entre las copas, era algún pájaro que yo no sabía nombrar pero que papá dijo que era un mirlo acuático cuando lo vimos posarse en una piedra en mitad del Arazas. Lo miramos todos sin movernos hasta que voló.

Paramos en Torla de vuelta, ya por la tarde.

Torla era distinto a los otros pueblos. Más alto, más expuesto. Las vistas te dejaban quieto: el horizonte era demasiado grande para procesarlo de golpe. Las montañas del Parque Nacional al fondo, el Mondarruego y el Otal y el Vignemale en la distancia, todavía con nieve en las cumbres aunque fuera agosto. Un circo de piedra y nieve y cielo que hacía que todo lo demás pareciera pequeño.

Papá no hablaba mucho. Eso era lo suyo, quedarse quieto mirando y dejar que las cosas le llegaran sin forzarlas. Mamá señalaba cumbre por cumbre preguntando cómo se llamaban y papá decía los nombres despacio, sin prisa, Mondarruego, Otal, Vignemale, como si los llevara aprendidos de antes o como si los estuviera inventando en ese momento y diera igual porque sonaban bien.

¿Cuál es Francia?, preguntó Sara.

Detrás de esas cumbres, dijo papá.

¿Y si subimos?

Tardaríamos días.

¿Y Canelo puede subir?

Papá la miró.

Canelo es el perro de otra niña, dije yo.

Ya lo sé, dijo Sara. Pero si fuera nuestro.

Papá sonrió. La sonrisa entera esta vez, no solo la comisura. Que yo recuerde fue una de las pocas veces que le vi sonreír así, con toda la cara, sin guardarse nada.

Si fuera nuestro, dijo, seguro que sí.

De vuelta al camping Sara se durmió en el coche antes de salir del aparcamiento, con la cabeza apoyada en mi hombro y Pipo aplastado entre los dos. No la moví. Por la ventanilla vi pasar los últimos pinos del valle de Ordesa y pensé que había días que merecía la pena guardar enteros, como se guardan las cosas importantes, para poder sacarlos después cuando los necesitas.

CAPÍTULO 5

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

Marcos descolgó al tercer tono.

No dijo hola ni buenos días. Dijo su nombre, Allué, como siempre, despierto ya, aunque fueran casi las siete de la mañana.

Soy yo, dijo Sara.

Silencio de dos segundos. Luego el ruido de una silla.

Qué ha pasado.

No era una pregunta. Marcos hacía eso, convertir las preguntas en afirmaciones cuando algo le parecía serio, como si el signo de interrogación fuera un lujo que no podía permitirse.

Nada ha pasado, dijo Sara. Necesito contarte algo.

Son casi las siete de la mañana, Villalba.

Lo sé.

Otro silencio. Sara imaginó su despacho en Huesca, el escritorio con tres monitores, los vasos de café vacíos que nunca tiraba hasta el viernes. Marcos Allué tenía cincuenta y dos años y el aspecto de alguien que había dormido mal toda su vida adulta y ya había hecho las paces con eso.

Cuéntame, dijo.

Sara miró el mapa del valle del Gállego en la pared del archivo. Los puntos rojos. El río marcado con una línea más gruesa en el tramo del camping.

Hace tres semanas recibí un sobre. Sin remitente, matasellos de Huesca. Dentro había doce páginas fotocopias de un expediente administrativo del 93. Un informe técnico sobre terrenos del valle del Gállego para uso turístico y recreativo.

¿Del 93?

Del 93. Tres años antes de la riada.

Silencio. Sara conocía ese silencio. Era el silencio de Marcos procesando, conectando, buscando el ángulo.

¿Y qué dice el informe?

Que el terreno donde estaba el camping Las Nieves no era apto.

Lo dijo despacio, con la misma calma con que lo había pensado miles de veces en tres semanas. No apto. Dos palabras que alguien

había escrito en un margen con bolígrafo azul y que luego alguien había ignorado durante tres años mientras el río esperaba.

El silencio de Marcos duró más esta vez.

¿Quién firma el informe?

Un técnico de la Diputación Provincial. Jubilado desde hace ocho años. Vive en Jaca.

¿Y quién te mandó el sobre?

No lo sé.

¿Has intentado averiguarlo?

Llevo tres semanas intentándolo. El matasellos es de una oficina de Correos que cerró en 2021. El papel es estándar, sin huellas útiles. Alguien sabía lo que hacía.

O alguien mayor que no piensa en huellas.

Sara no había pensado en eso. Lo anotó mentalmente.

Lo que ahora sé, dijo, es que ese informe existió. Que alguien en 1993 puso por escrito que ese terreno no era apto. Y que el camping abrió de todas formas en el 95 y siguió funcionando hasta el 96.

¿Tienes el original?

Tengo la fotocopia.

No es suficiente para publicar.

Lo sé. Por eso te llamo. Necesito ir a Jaca. Hablar con el técnico. Y necesito que me des cobertura, Marcos. Que esto salga en el medio cuando tengamos lo suficiente.

Silencio largo.

Llevas mucho tiempo con esto, dijo Marcos.

Sara abrió la boca para hablar pero finalmente se detuvo.

¿Sara?

Tiempo, dijo. Llevo tiempo.

Marcos no preguntó más. Era una de las cosas que Sara valoraba de él, que sabía cuándo no preguntar.

Ve a Jaca, dijo. Habla con el técnico. Y cuando tengas algo concreto me llamas, no a las siete de la mañana.

Sara casi sonrió.

Marcos, dijo antes de colgar.

¿Qué?

El sobre tenía matasellos de Huesca. Alguien de Huesca sabe lo que estoy buscando. Alguien que lleva tiempo sabiéndolo.

Silencio.

Eso puede ser bueno o malo, dijo Marcos.

Lo sé.

Ten cuidado, Villalba.

Colgó antes de que Sara pudiera contestar.

Sara se quedó con el teléfono en la mano mirando el mapa. Luego fue a la cocina, puso más café, y empezó a buscar el número del técnico jubilado de Jaca.

Se llamaba Fermín Castán. Tenía setenta y cuatro años. Y era la única persona que había firmado un papel diciendo que aquel lugar no era seguro.

Si seguía vivo todavía.

CAPÍTULO 6

Óscar. El valle de Tena, 5 de agosto de 1996

El día que fuimos al Portalet papá dijo que íbamos a tocar Francia.

No lo dijo en serio del todo. Lo dijo casi de broma, pero no del todo.

Salimos después de desayunar. El Seat Panda cargado con las mochilas pequeñas y la nevera de plástico que mamá había llenado la noche anterior con bocadillos y fruta y un tupper de tortilla que había sobrado de la cena. Sara iba en el asiento de atrás con Pipo y con una pregunta cada tres minutos.

¿Falta mucho?

Un poco, decía papá.

¿Cuánto es un poco?

Menos que antes.

Sara miraba por la ventanilla, seria, tomando nota de todo aunque no entendiera todavía para qué.

No habíamos ido muy lejos cuando papá quiso desviarse un momento, porque en el camping le habían hablado de una ermita. La ermita de Santa Elena apareció de repente al doblar una curva de la carretera, pequeña y blanca entre los árboles, con un puente de piedra delante y el bosque cerrándose a los lados. Papá paró el coche sin que nadie se lo pidiera. Los cuatro nos bajamos y nos quedamos mirando.

Había una luz allí que no era como la de otros sitios. Entraba entre las hayas filtrada y verde, moviéndose despacio con el viento, y hacía que todo pareciera estar dentro de algo, protegido. Mamá se persignó en la puerta de la ermita. Sara metió la mano en el agua de la fuente que había al lado y la sacó gritando del frío y luego la volvió a meter.

Yo me quedé en el puente de piedra mirando el río abajo.

El agua era de un color que no había visto nunca. Verde y azul a la vez. Transparente hasta el fondo, aunque el río tuviera profundidad. Las piedras abajo parecían más grandes de lo que eran. Una trucha

cruzó de un lado a otro tan rápido que casi pensé que me lo había imaginado.

Oscar, llamó papá desde la orilla.

Me giré. Estaba con la cámara de fotos, la de carretes que sacaba solo en ocasiones especiales porque los carretes costaban dinero. Nos juntamos los cuatro en el puente y un señor que pasaba por allí se ofreció a hacernos la foto. Papá le dio la cámara con ese cuidado suyo de quien entrega algo valioso.

Nos pusimos juntos. Mamá me rodeó los hombros con el brazo. Sara se colocó delante porque si no no salía entera, decía. Papá puso la mano en el hombro de mamá.

El señor contó hasta tres.

Desde allí seguimos hasta el embalse de Búbal.

El agua estaba quieta de una manera que el mar nunca está quieto. No parecía agua de verdad. Parecía cristal. Las cumbres se reflejaban perfectas en la superficie, al revés, como si hubiera otro mundo debajo mirando hacia arriba. Sara dijo que quería tirarse a nadar y mamá dijo que ni se le ocurriera con el frío que tenía esa agua y Sara dijo que solo los pies, y al final fueron los pies pero hasta las rodillas.

Papá alquiló una barca de remos por doscientas pesetas.

Los cuatro juntos, con el agua quieta alrededor y las montañas encima, remando despacio sin ir a ningún sitio en particular. Mamá arrastraba los dedos por el agua y miraba el fondo. Sara quería remar y papá le dejó los remos un momento y la barca dio una vuelta entera sobre sí misma y nos reímos todos, incluso papá, una risa que le salía pocas veces y que cuando salía era la mejor del mundo.

Recuerdo pensar que éramos felices.

No lo pensé con esas palabras porque tenía diez años y no pensaba así. Pero lo sentí. Esa cosa redonda y completa que no sabes que es felicidad hasta que ya no la tienes.

Desde Búbal seguimos carretera arriba, valle de Tena adentro, camino del Portalet.

Pasamos Escarrilla, y luego Sallent de Gállego, y luego Formigal, pueblos que se sucedían valle arriba con esa mezcla de piedra vieja y estaciones de esquí cerradas por el verano. Sara ya se había cansado de preguntar cuánto faltaba y se dedicó a mirar por la ventanilla los remotes vacíos de las estaciones de esquí, quietos en pleno agosto, esperando a que llegara la nieve.

La carretera subía en curvas cerradas entre pastos y bosques de pino y alguna vaca que nos miraba desde el arcén, indiferente del todo, animal que lleva toda la vida en un sitio y no entiende por qué los de fuera tienen tanta prisa. El puerto se fue acercando despacio, la vegetación haciéndose más escasa, las rocas tomando el protagonismo, y luego de repente el paisaje se abrió y estábamos en lo alto del mundo.

El Portalet.

La frontera.

Papá paró el coche en el aparcamiento de arriba y bajamos. Hacía frío. En agosto, en pleno verano, hacía frío con el viento que bajaba del collado. Sara se agarró a la mano de mamá.

Caminamos hasta la línea de la frontera. Hay una señal, discreta, casi tímida para lo que significa. Una raya entre dos países, entre dos mundos, entre dos maneras de llamar a las mismas montañas.

Papá se paró delante.

Miró la señal.

Luego me miró a mí.

¿Quieres tocarla?

No era una pregunta de verdad. Era una invitación. Me acerqué y puse la mano en la señal. La piedra fría bajo los dedos. Francia al otro lado, invisible, igual que aquí pero con otro nombre.

Ya está, dije.

Ya está, dijo papá.

Sara estiró el brazo y tocó la señal también. Con la punta del dedo, sería, como si seis años bastaran para entender que aquello era un ritual.

Ya hemos tocado Francia, dijo.

Ya hemos tocado Francia, confirmó papá.

Volvimos al coche con el frío del collado todavía en la piel y las montañas enormes a los lados y el sol bajando ya hacia el oeste tiñendo todo de ese naranja que en el Pirineo dura más que en ningún sitio.

Por la carretera de vuelta Sara se durmió antes de salir del puerto, con la cabeza apoyada en mi hombro y Pipo en la mano. Papá conducía despacio mirando de vez en cuando por el retrovisor. Mamá tenía la ventanilla entreabierta y el pelo moviéndose con el aire.

Nadie hablaba.

No hacía falta.

Había días que eran completos solos, sin necesidad de que nadie los explicara ni los nombrara. Ese era uno de ellos. Un lunes de agosto de 1996 en que una familia de Bronchales subió hasta la frontera con Francia y la tocó con la mano y volvió al camping con el frío del collado en los huesos y los bocadillos comidos y las montañas guardadas dentro para siempre.

Eso fue lo que hicimos ese día.

Y fue suficiente.

Esa noche cenamos con los Sánchez.

Eran de Valencia, el padre se llamaba Antonio y la madre Amparo, y tenían tres hijos, Rafa que tenía dieciséis y ya iba a su aire, Javi que tenía ocho y una niña pequeña que se llamaba Alicia y que había pasado los últimos tres días jugando con Sara y con el perro Canelo. Antonio era de esos hombres que llenan el espacio cuando entran, que hablan fuerte y se ríen más fuerte todavía, y que hacen que todo parezca una fiesta aunque solo sea una cena de camping.

Juntaron las mesas plegables. Amparo había hecho una tortilla de patatas enorme y mamá puso el queso de Teruel que había traído de casa envuelto en papel de estraza y que había durado toda la semana porque lo guardaba con una seriedad que Rafa encontraba muy graciosa. Antonio abrió una botella de vino y le sirvió un vaso a papá y otro a mamá y levantó el suyo y dijo por las vacaciones y por la gente buena y todos chocaron.

Las mesas estaban fuera, bajo el cielo.

Yo no había visto nunca tantas estrellas juntas. En Bronchales el cielo también era limpio pero esto era distinto, aquí las montañas cerraban el horizonte por todos lados y las estrellas llenaban ese espacio cerrado de una manera que parecía imposible. Le pregunté a Antonio si sabía los nombres y él señaló la Osa Mayor y el Cinturón de Orión y se inventó dos o tres que no existían y todos nos reímos.

En la mesa de al lado, a tres metros, una pareja joven que había llegado ese mismo día con una furgoneta cargada hasta arriba daba de cenar a un bebé que no paraba de reírse de nada en particular. El padre hacía muecas y el bebé se reía y el padre volvía a hacer muecas, terco y feliz, como hacen los padres primerizos. La madre miraba a

los dos con una expresión que no necesitaba palabras. Un poco más allá un hombre mayor que acampaba solo leía con una linterna frontal, concentrado, como si en el libro hubiera algo urgente que no podía esperar a mañana.

El camping Las Nieves en la noche del 5 de agosto de 1996 era un lugar feliz.

Sara y Alicia desaparecieron antes de que los adultos terminaran de cenar. Las vi irse juntas hacia el borde del camping, donde la hierba terminaba y empezaba la oscuridad. Alicia llevaba la linterna de su madre y Sara llevaba a Pipo agarrado por una oreja. Las dos en pijama, las dos descalzas sobre la hierba húmeda, las dos hablando al mismo tiempo sin que ninguna escuchara del todo a la otra y sin que eso importara lo más mínimo.

Mamá las miró irse y sonrió.

Van a ser inseparables estos días, le dijo a Amparo.

Alicia es así, dijo Amparo. Con los niños que le caen bien es inmediata. Ya lo has visto, en unos días ya son amigas para siempre.

Amparo las siguió con la mirada un momento más, las dos figuras pequeñas alejándose hacia la oscuridad con la misma luz de luna cayéndoles igual sobre el pelo.

Mira qué iguales son, dijo Amparo. El mismo pelo, la misma manera de no querer estarse quietas. Parecen hermanas, no amigas de cuatro días.

Es verdad, dijo mamá. Mellizas casi.

Se rieron las dos de eso, esa risa cómplice de madres que acaban de descubrir algo gracioso y sin importancia en sus hijas, y volvieron a la conversación sin darle más peso del que tenía esa noche.

No sé cuánto tiempo estuvieron ahí fuera. A ratos se oían sus voces, luego silencio, luego risas. En algún momento Alicia soltó un grito y las dos se rieron a carcajadas de algo que ninguno de los adultos entendió. El perro Canelo iba y venía entre ellas y la mesa de los mayores, sin decidirse por ninguno de los dos mundos.

Cuando Alicia conoció a Sara, se presentó primero con su nombre real, rápido, casi de pasada, y enseguida anunció que ese verano se llamaba Heidi.

Me llamo Alicia, dijo. Pero como la de la tele, este verano soy Heidi. La de las montañas y las cabras y el abuelo. No le digas a nadie que me llamo Alicia, que ese nombre no cuenta ahora.

Sara, con seis años, no encontró ningún motivo para no creérselo. Tenía sentido, además: estaban en las montañas, había un abuelo en alguna parte aunque no fuera el suyo, y los nombres de verano le parecían una idea perfectamente razonable, de esas cosas que los adultos no entienden pero que entre niños no necesitan explicación. Desde ese momento, para Sara, su nueva amiga fue Heidi y ya no la recordaría como Alicia. No le preguntó más. No le pareció raro. Era simplemente así.

En algún momento, entre las risas y las historias de niñas de montaña, Sara le enseñó Pipo a Heidi.

Lo encontré en el barro, dijo Sara. En mi pueblo. Alguien lo perdió y yo lo adopté, aunque mi mamá al principio no quería porque estaba muy sucio.

¿Como una mascota?, dijo Heidi.

Como una mascota. Sara le enderezó la oreja. Pero se le tuerce siempre.

Heidi lo miró seria. Las cosas importantes las tomaba así, sin medias tintas.

Canelo también lo recogimos nosotros, dijo. Lo encontró papá en la carretera. Era muy pequeño y estaba solo.

¿Y tu mamá dijo que sí?, preguntó Sara.

Dijo que no. Pero luego dijo que sí.

Las dos se miraron. Compartían exactamente el mismo tipo de historia, y lo sabían.

Pipo es mejor que Canelo, dijo Sara. Pero no se lo digas.

Canelo es mejor que Pipo, dijo Heidi. Pero tampoco se lo digas a él.

Y se rieron otra vez de eso, esa risa de niño que se adelanta al final de su propio chiste.

Cuando las llamaron para acostarse volvieron con las mejillas coloradas y los ojos brillantes de quien ha estado haciendo algo importante. Sara tenía hierba en el pelo y Alicia tenía tierra en las rodillas y las dos hablaban encima la una de la otra contando algo que había pasado en la oscuridad que solo ellas sabían.

¿Qué habéis estado haciendo?, preguntó mamá.

Nada, dijo Sara. Tenía la cara de quien acaba de hacer exactamente algo.

Una historia, dijo Alicia. Estábamos haciendo una historia.

¿Qué historia?, preguntó Amparo.

De unas niñas que viven en las montañas, dijo Alicia. Y que pueden tocar Francia desde arriba si suben lo suficiente.

Amparo miró a mamá. Mamá miró a Amparo. Las dos sonrieron de esa manera que tienen los adultos cuando reconocen algo que ellas mismas hicieron de niñas y que ya no recuerdan exactamente pero que el cuerpo sí recuerda.

Antes de meterse en la tienda Sara se giró hacia Heidi.

Mañana seguimos, dijo.

Mañana seguimos, confirmó Heidi.

Lo dijeron con la solemnidad de un pacto. Que era exactamente lo que era.

Los niños nos fuimos un rato más a jugar al fútbol con una linterna hasta que nos llamaron.

Cuando volví a la mesa papá y Antonio hablaban despacio, tranquilos, como hablan los hombres cuando la noche es buena y el vino es suficiente. Mamá y Amparo reían de algo.

Papá me miró cuando me senté.

¿Bien?, preguntó.

Bien, dije.

Asintió. Miró un momento las estrellas. Luego volvió a su conversación con Antonio.

Esa fue la última noche que pasamos con los Sánchez, todos juntos en la misma mesa, sin que nadie supiera todavía que lo era.

Quedaba un día de cielo limpio antes de que todo cambiara.

CAPÍTULO 7

Roberto. Zaragoza, octubre de 2026

Roberto Díaz tenía una norma desde hacía treinta años.

No preguntar.

No era cobardía, o no solo eso. Era una decisión tomada con la misma claridad con que se toman las decisiones que uno sabe que va a tener que mantener toda la vida. Si no preguntas no sabes. Y si no sabes puedes seguir levantándote por las mañanas y yendo al trabajo y comiendo y durmiendo y haciendo todas las cosas que hacen las personas que tienen una vida normal.

Roberto tenía una vida normal.

Un piso en el centro de Zaragoza, dos habitaciones, orientado al sur. Un coche que cambiaba cada cuatro años. Un trabajo en el Grupo Solana que pagaba bien y que conocía tan bien que ya no necesitaba pensar para hacerlo. Cenas de empresa en Navidad. Un gimnasio al que iba tres veces por semana porque el médico le había dicho que con la tensión que tenía era mejor moverse.

Una vida normal.

La foto de Noelia estaba en el cajón de la mesilla, no en la pared. La había puesto en la pared una vez, cuando se mudó a ese piso, y la había quitado a los tres días porque no podía levantarse por las mañanas y verla como si no hubiera pasado nada. Noelia con Mateo en brazos en el hospital, el día que nació. Roberto detrás, sin saber muy bien qué hacer con las manos, pero en el sitio más feliz del mundo.

Mateo había empezado a sonreír con tres meses.

Roberto lo recordaba con una precisión que el tiempo no había conseguido borrar. Esa primera sonrisa real, no el reflejo involuntario de los recién nacidos sino una sonrisa de verdad, dirigida, consciente, como si Mateo hubiera decidido ese día que el mundo merecía que le sonriera. Noelia se lo había puesto en brazos enseguida. Míralo, había dicho. Míralo cómo te mira.

Esa sonrisa era su vida.

La de Mateo y la de Noelia.

Roberto había ido al camping el día antes de la riada a pasar la tarde con ellos. Se fue por la noche porque tenía trabajo en Zaragoza al día siguiente. Un informe que no podía esperar, le había dicho a Noelia. Vuelvo el fin de semana.

No volvió el fin de semana.

Volvió tres días después a identificar dos cuerpos en el depósito de Jaca.

No podía recordarlo sin que le entraran ganas de vomitar.

El teléfono sonó un martes por la mañana. Número del despacho de Solana.

Roberto.

Don Ramón.

Veintiocho años llamándole así. Desde 1998, cuando Solana apareció en su vida y le ofreció el trabajo que todavía conservaba.

Antes de esos veintiocho años hubo otros dos que Roberto no contaba nunca, ni siquiera para sí mismo si podía evitarlo. Había perdido el trabajo que tenía a los tres meses de la riada, incapaz de concentrarse en nada, incapaz de explicarle a su jefe que algunos días no podía ni levantarse de la cama. Había perdido el piso poco después, cuando el dinero se acabó. Había pasado un tiempo que prefería no medir durmiendo en casa de un primo en Huesca, luego en un albergue, luego, durante unas semanas que sí recordaba con una precisión que le daba vergüenza, en la calle, con un cartón y una manta y esa sensación de haberse caído de su propia vida sin que nadie le hubiera avisado de que la caída no tenía fondo.

Un hombre de veinticuatro años sin trabajo, sin casa, sin familia, sin nada, cuando Solana lo encontró y se sentó a su lado en un banco del Paseo de la Independencia con el pésame y una oferta de trabajo. Roberto llevaba dos años cayendo de un lugar a otro, y aquel día ni siquiera tenía cama de la que levantarse.

Aceptó sin preguntar por qué un empresario al que no conocía de nada se había fijado en él. Al principio le llamó Don Ramón por gratitud, o por respeto, o por esa mezcla de las dos cosas que siente un naufrago por la mano que lo saca del agua.

Luego porque se había convertido en costumbre llamarle Don Ramón. Luego porque ya no sabía llamarle de otra manera.

El Grupo Solana pagaba desde hacía años un servicio discreto de seguimiento de prensa, rutinario, pensado para detectar cualquier mención a la riada antes de que se convirtiera en algo más. Esa

semana la alerta llevaba un nombre que Solana ya conocía de otros años, de otros artículos aislados y sin consecuencias: Sara Villalba volvía a publicar sobre el Arás, y esta vez con una frecuencia que no tenía antes.

Necesito que me hagas un favor, sin preguntar, dijo Solana. Hay una periodista. Se llama Sara Villalba. Trabaja para El Pirineo Digital. Lleva años investigando la riada del Arás y ahora se ha puesto en movimiento de verdad. Necesito saber hasta dónde ha llegado.

Roberto esperó.

Quiero que te acerques a ella. Que te presentes como superviviente. Que establezcas una relación de confianza y que me cuentes lo que tiene.

¿Qué clase de relación?

De colaboración. Le dices que llevas años investigando por tu cuenta. Que has leído sus trabajos. Que crees que juntos podéis llegar más lejos. La gente como ella necesita sentir que no están solos en esto. Dale eso.

Roberto miró por la ventana. El Paseo de la Independencia a media mañana.

¿Y si tiene algo importante?

Me lo cuentas. Solo eso.

Había algo en la voz de Solana que era exactamente lo que siempre había sido. Tranquila, razonable. La autoridad suave de los hombres que llevan décadas teniendo razón en todas las conversaciones. Roberto la conocía tan bien que ya no la escuchaba realmente. La recibía como se recibe el sonido de fondo de un sitio donde llevas mucho tiempo, sin procesarla del todo.

De acuerdo, dijo.

Colgó.

No preguntar.

Se quedó un momento mirando el teléfono y acto seguido buscó a Sara Villalba en internet. Leyó tres de sus reportajes sobre la riada. Era buena. De las que no sueltan un hilo hasta que han llegado al final y a veces tampoco entonces.

Leyó su correo de contacto en la web del medio.

Antes de escribir abrió el cajón de la mesilla. Sacó la foto de Noelia con Mateo. La miró durante un momento. Esa sonrisa.

Luego la guardó, redactó el mensaje y lo envió.

Se vieron tres días después en una cafetería del centro de Zaragoza.

Roberto llegó diez minutos antes. Eligió una mesa al fondo donde se veía la puerta. Pidió un café. Esperó.

Sara entró puntual. Más pequeña de lo que parecía en la foto de perfil, moviéndose como quien lee los sitios antes de entrar en ellos. Le tendió la mano sin sonreír, que Roberto interpretó correctamente como eficiencia y no como frialdad.

Se sentaron.

¿A quién perdiste en la riada?, dijo Sara. Directa, sin preámbulo.

Roberto lo esperaba.

En la riada. A mi mujer y mi hijo. Mateo tenía tres meses.

Sara no cambió la expresión pero algo pasó en sus ojos. Algo muy rápido que Roberto reconoció porque él mismo lo había sentido muchas veces. El impacto de una cifra que de repente tiene cara.

¿Tres meses?

Tres meses y doce días.

Nadie dijo nada.

Yo tenía seis años, dijo Sara en voz baja. No recuerdo muchas cosas de esos días. Pero sí que recuerdo un bebé.

Roberto sintió algo moverse en su pecho que llevaba años sin moverse.

Había empezado a sonreír, dijo Roberto. Con tres meses. Una sonrisa de verdad, no el reflejo de los recién nacidos. Noelia me lo puso en brazos el día que lo hizo por primera vez.

Sara miraba la mesa.

Todo el mundo quería cogerle en el camping, dijo Sara en voz baja. Lo recuerdo. Tan pequeño...

No era una reconstrucción intelectual. Era una imagen que había vuelto sola, nítida de pronto, como vuelven los recuerdos de infancia cuando alguien les da la palabra exacta que necesitaban.

Roberto no dijo nada durante un momento.

Luego dijo: *Por eso yo también llevo años con esto. Porque alguien tiene que decir en voz alta por qué estaban allí. Por qué no deberían haber estado allí. Por qué nadie los protegió.*

Sara le miró.

¿Qué tienes tú?

Piezas sueltas, dijo Roberto. Cosas que he ido recogiendo solo durante años sin saber muy bien cómo encajarlas. He leído todo lo que has publicado sobre la riada. Usted tiene el oficio y los recursos que yo no tengo. Yo tengo tiempo y tengo acceso a cosas que desde fuera no se ven.

¿Qué clase de acceso?

Roberto sostuvo su mirada.

He trabajado en el sector turístico aragonés desde los noventa. Conozco a gente. Sé cómo funcionaban las cosas entonces.

Sara tardó un momento en contestar.

De acuerdo, dijo Sara finalmente. Trabajamos juntos. Pero quiero que sepas una cosa.

¿Qué?

No comparto información hasta que la he verificado. Y no sigo ninguna pista sin contrastarla por mi cuenta.

Roberto asintió.

Así es como debe ser, dijo.

Esa noche, de vuelta en su piso, Roberto llamó a Solana.

Le contó lo que Sara tenía. Lo que buscaba. Por dónde iba. Le dijo que la confianza estaba establecida.

Solana escuchó en silencio.

Bien hecho, dijo al final. Sabía que eras la persona correcta para esto.

Roberto colgó. Se quedó mirando el teléfono en la mesa, ya empezaba a ser costumbre cuando hablaba por teléfono con Solana

Pensó en Sara diciendo tan pequeño con la voz de quien acaba de encontrar algo que llevaba años perdido.

Pensó en Mateo.

En la sonrisa.

Algo en él no estaba cómodo.

No supo nombrarlo todavía.

Lo dejó estar. Como siempre.

CAPÍTULO 8

Óscar. Biescas y alrededores, 7 de agosto de 1996

Me desperté con el viento.

No era el viento normal de la mañana, ese que bajaba fresco de las crestas y olía a resina y te hacía querer quedarte dentro del saco diez minutos más. Este era distinto. Venía de otro sitio, más cargado, con algo dentro que no supe nombrar pero que me hizo abrir los ojos de golpe y quedarme quieto escuchando.

Sara dormía. Papá y mamá también, o eso parecía.

Me vestí despacio y salí de la tienda sin hacer ruido.

El camping estaba raro. No vacío, había gente, algunas tiendas ya abiertas, alguien haciendo café en el hornillo, pero todo el mundo se movía de una manera diferente a los días anteriores. Más despacio. Con la cabeza levantada mirando el cielo de vez en cuando, como hacen los animales cuando algo cambia.

El cielo era de un gris que no había visto en toda la semana. No el gris limpio de las mañanas nubladas sino uno más oscuro, más bajo, que aplastaba las montañas desde arriba y las borraba por los lados. Las crestas del Telera habían desaparecido. El Anayet tampoco se veía. Era como si alguien hubiera puesto un techo sobre el valle durante la noche y hubiera dejado solo el fondo, el río, los árboles, las tiendas.

Decidí salir a caminar.

En Bronchales siempre me dejaban. El pueblo era pequeño y todo el mundo se conocía y yo sabía los caminos desde los siete años. Aquí era diferente pero tenía diez años y los diez años son suficientes para caminar solo, o eso pensaba yo entonces. Me alejé del camping siguiendo el camino que bordeaba el río y en diez minutos estaba ya entrando en Biescas.

El pueblo olía a pan y a piedra mojada.

Caminé por las calles estrechas mirando las casas de piedra oscura, las ventanas con geranios, una fuente en una plaza pequeña donde dos hombres mayores hablaban apoyados en el muro. Pasé por delante sin detenerme pero escuché un trozo de su conversación.

Mal cariz, decía uno.

Llevan días con tormentas arriba, decía el otro. El río viene cargado ya desde antes de ayer.

No le di más vueltas. Los mayores siempre hablaban del tiempo.

Seguí caminando hacia las afueras, donde las casas se terminaban y empezaban los prados. Me senté en una piedra junto a un riachuelo pequeño y me quedé un rato mirando el agua. Pensé en el embalse de Búbal, en la barca de remos y en la risa de papá cuando Sara nos hizo dar la vuelta entera. Pensé en la ermita de Santa Elena y en la trucha cruzando el río bajo el puente tan rápida que casi no existió. Pensé en las estrellas de la noche de la cena con los Sánchez y en Antonio inventándose nombres de constelaciones y en todos riéndonos.

Nunca había estado en un sitio así.

No quería irme. Faltaban cuatro días para volver a Bronchales y ya notaba algo parecido a la tristeza cuando lo pensaba, esa tristeza anticipada de saber que algo bueno se acaba.

El riachuelo sonaba más fuerte de lo normal.

Lo noté de repente, sin saber cuánto tiempo llevaba así. El agua bajaba turbia, más rápida, con un color marrón claro que el día anterior no tenía. Me quedé mirándola un momento y luego miré el cielo y las nubes habían bajado más todavía, y el viento había cambiado de dirección.

Un hombre que pasaba por el camino con un perro me miró.

¿Estás solo, chico?

Sí, dije. Soy del camping.

Asintió. Miró el cielo igual que miraba la gente de aquí, como si supieran leer algo que yo no sabía leer.

Vuelve, dijo. Que viene agua.

No lo dijo con alarma. Lo dijo como se dice algo obvio. Pero algo en su voz hizo que me levantara de la piedra enseguida.

Volví al camping por el mismo camino.

El río sonaba diferente ahora. Más grave, más lleno, como si le hubiera bajado la voz pero le hubiera subido el cuerpo. Los chopos de la orilla se movían todos en la misma dirección, inclinados, resignados, como se inclinan los árboles cuando el viento ya ha decidido algo.

En el camping la gente había salido de las tiendas y miraba hacia el sur, hacia donde las nubes eran más oscuras. Antonio, el padre de los Sánchez, estaba hablando con otro hombre que yo no conocía y los dos tenían la misma expresión, seria, concentrada, la expresión

de los adultos cuando algo les preocupa y no quieren que los niños lo noten.

Papá estaba fuera de la tienda.

Me vio llegar y no dijo nada sobre que me había ido solo. Solo me miró, evaluando, y luego volvió a mirar el cielo.

¿Está mamá dentro?, pregunté.

Con Sara, dijo.

Me senté a su lado en la silla plegable. Las montañas habían desaparecido completamente detrás de las nubes. El valle se había quedado pequeño de repente, encerrado, como si las paredes se hubieran acercado mientras yo estaba en Biescas.

El río sonaba cada vez más fuerte.

Papá no decía nada. Pero no se movió de esa silla en toda la tarde.

CAPÍTULO 9

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

El número de Fermín Castán llevaba tres días en su móvil sin que Sara lo hubiera marcado.

Lo había conseguido fácil, demasiado fácil. Una búsqueda en el registro de colegiados de arquitectos técnicos de Aragón, una llamada al colegio profesional con una excusa menor, y en veinte minutos tenía nombre, número y dirección en Jaca. Setenta y cuatro años. Jubilado desde 2018. Una vida entera trabajando para la Diputación Provincial de Huesca.

Lo tenía. Y no llamaba.

Se levantó de la silla del archivo y fue a la cocina. Eran las once de la noche y llevaba dentro de casa todo el día salvo para bajar a comprar leche a mediodía. El piso olía a café frío y a papel.

Puso agua a calentar y se quedó mirando el fuego pequeño del hornillo.

El problema no era Fermín Castán.

El problema era el sobre.

Alguien había fotocopiado doce páginas de un expediente administrativo de 1993. Alguien que tenía acceso a ese expediente, que sabía lo que contenía, que había subrayado exactamente los párrafos relevantes con rotulador amarillo. Alguien que conocía su nombre y su dirección. Alguien que sabía lo que ella llevaba años buscando.

Eso no era un gesto anónimo de buena voluntad. Era un mensaje.

Sara había aprendido en doce años de periodismo de investigación que cuando alguien te manda información sin firma hay dos posibilidades. La primera es que quieran ayudarte y no puedan hacerlo de otra manera. La segunda es que quieran usarte. Que necesiten que tú hagas el trabajo sucio de sacar algo a la luz porque ellos no pueden o no quieren hacerlo directamente.

Las dos posibilidades la ponían en el mismo sitio. En medio.

Se hizo la manzanilla y volvió al archivo.

Sacó el sobre de la caja donde lo guardaba y lo examinó por enésima vez. Papel estándar, blanco, tamaño A4 doblado en tres. Su

nombre y dirección escritos a mano con letra mayúscula, cuidadosa, sin rasgos personales reconocibles. Matasellos de Huesca capital, de tres semanas atrás. El sobre era reciente. Lo que había dentro, no: las fotocopias tenían el papel amarilleado y el subrayado desvaído, hechas mucho tiempo atrás. Alguien había preparado aquello años antes de decidirse a enviarlo.

Esa idea le pareció de repente más grave de lo que había pensado antes.

¿Y si el sobre no lo había enviado alguien que acababa de encontrar el expediente? ¿Y si llevaba preparado mucho tiempo, esperando el momento? ¿Y si la persona que lo envió sabía que no iba a poder esperar mucho más?

Jubilado. Enfermo, quizás.

Sara se quedó quieta.

Fermín Castán había firmado el informe de 1993. Había escrito no apto en ese margen con bolígrafo azul. Y tres años después el camping había abierto de todas formas y el río había hecho lo que los ríos hacen cuando se les pone algo en medio.

¿Y si Fermín Castán llevaba treinta años cargando con eso?

¿Y si el sobre lo había mandado él?

Se sentó despacio en la silla del archivo y miró el corcho durante un tiempo largo. Los hilos. Los nombres. El mapa del valle con los puntos rojos.

Si Castán había mandado el sobre significaba que quería hablar. Que había decidido hablar antes de morir, que era lo que hacía la gente mayor cuando el tiempo se les acababa y el peso de algo se volvía insoportable.

Pero también significaba otra cosa.

Si Castán había decidido hablar, otros sabían que podría hacerlo. Y si otros lo sabían, el técnico jubilado de Jaca era ahora mismo la persona más vulnerable de toda esta historia.

Y ella la segunda.

Sara cogió el móvil. Miró el número de Fermín Castán. Lo miró durante un minuto entero sin tocarlo.

Luego abrió el navegador y empezó a buscar otra cosa. Quería saber quién había firmado la autorización definitiva del camping en 1994. Quién había tomado la decisión de ignorar el informe técnico. Quién había puesto su nombre debajo de un papel que decía que aquel lugar era apto para que familias fueran de vacaciones.

Ese era el nombre que necesitaba.
Castán podía esperar dos días más.
O eso esperaba ella.

Quedó con Roberto esa misma tarde, antes de que oscureciera.

La tercera vez en dos semanas. Roberto llegó con más documentación, recortes de prensa de la época, nombres de empresarios del sector turístico aragonés de los noventa que habían tenido intereses en el desarrollo del valle del Gállego. Material real, concreto, suficientemente útil para justificar la confianza que Sara había ido depositando en él de forma gradual y que ahora le parecía natural aunque tres semanas antes no lo fuera.

Hablaron durante dos horas.

En algún momento Sara mencionó a Castán. No como objetivo central, sino de pasada, como uno de los nombres que había aparecido en su investigación. Un técnico jubilado de la Diputación que había firmado el informe del 93. Le contó que tenía el número desde hacía unos días pero que todavía no había llamado.

Roberto no cambió la expresión.

¿Por qué no le has llamado ya?, dijo.

Estoy preparando el terreno antes de ir, dijo Sara. Con los mayores hay que ir con cuidado.

Bien, dijo Roberto. Si le asustas puede cerrarse para siempre.

Sara asintió.

Sara miró el reloj antes de tiempo.

Tengo que irme, dijo, y se levantó a coger el abrigo.

¿Ya?, dijo Roberto.

Ya.

Lo dijo con una voz plana que a Roberto le costó leer. Sacó el cuaderno, de pie, escribió algo deprisa sin volver a sentarse, y lo cerró antes de que él pudiera ver una sola palabra.

Se despidió con un gesto corto y salió.

Roberto se quedó con el café a medias, diez minutos antes de lo que solían despedirse, sin saber todavía qué había dicho mal.

Esa noche Roberto llamó a Solana.

Le dio el nombre de Fermín Castán. Y le habló del informe del 93.

Al otro lado hubo un silencio de dos segundos antes de que Solana dijera bien y colgara.

Roberto se quedó mirando el teléfono durante un momento, como ya siempre hacía.

Dos segundos.

Guardó el teléfono y fue a la cocina a hacerse un café que no bebió.

Se durmió en la silla del archivo a la una lode la madrugada, con el portátil abierto y la manzanilla fría.

Lo que la despertó no fue el frío ni el dolor de cuello ni la luz azul de la pantalla en reposo. Fue algo más pequeño. Algo que tardó unos segundos en identificar porque seguía medio dormida y el cerebro tardaba en arrancar.

La caja.

La caja de cartón donde guardaba el sobre estaba en el suelo junto a la estantería, no encima de ella.

Sara se quedó quieta en la silla. El piso en silencio. El patio interior oscuro. Las tres y cuarto de la madrugada según el reloj del portátil.

Se levantó despacio y fue hacia la caja. No la tocó. Se agachó y la miró desde cerca con la luz del móvil. La tapa estaba vuelta del revés, que era como se ponía cuando alguien la abría con prisa y la cerraba sin fijarse. Sara nunca la cerraba así. Sara la cerraba con la tapa hacia arriba porque era más fácil abrirla la siguiente vez, lo hacía por costumbre, llevaba haciéndolo años.

Abrió la caja.

El sobre estaba. Las doce páginas fotocopias, la nota con los subrayados amarillos, todo en su sitio. No faltaba nada.

Eso era lo peor.

No habían venido a robar. Habían venido a mirar. A comprobar qué tenía y dónde lo guardaba. Y a que ella supiera que habían estado ahí, porque alguien que quisiera pasar desapercibido habría cerrado la tapa bien.

Sara se incorporó. Miró la ventana del archivo, que daba al patio interior. Cerrada con el pestillo, como siempre. Fue al pasillo, a la puerta de entrada. Cerrada con llave. Sin señales de forzado.

Había alguien con una llave que no debía tener. O había alguien lo suficientemente hábil para no necesitarla.

Las dos opciones le cerraron algo en el pecho.

Fue a la cocina. Se sentó en la silla de la cocina que era donde se sentaba cuando necesitaba pensar sin el mapa y el corcho delante. Marcó el número de Fermín Castán.

Cuatro tonos. Cinco. El contestador.

Lo intentó dos veces más con el mismo resultado. Eran las tres y veinte de la madrugada y un hombre de setenta y cuatro años no cogía el teléfono y alguien había estado en su archivo esa noche.

Sara fue al dormitorio. Sacó la bolsa de viaje de debajo de la cama. Empezó a meter ropa sin encender la luz, guiándose por lo que los dedos reconocían en el armario. Ropa para tres días. El cargador. El cuaderno de notas pequeño que llevaba siempre encima en los viajes. El sobre, que metió en el fondo de la bolsa envuelto en una camiseta.

Antes de salir se paró en la puerta del archivo.

El corcho. El mapa del valle del Gállego. Los hilos. Todo lo que había construido en tres semanas, visible para cualquiera que entrara.

No tenía tiempo de desmontarlo, y tampoco serviría de mucho: quien había estado ahí esa noche ya sabía exactamente lo que había, aunque lo dejara todo tal cual. Lo único que de verdad no podía dejar era el sobre.

Cerró la puerta del archivo sin tocar nada más.

Salió del piso a las cuatro de la mañana.

No cogió el ascensor. Bajó por las escaleras con la bolsa al hombro y escuchando cada rellano antes de pasar a él. La calle estaba vacía. El coche arrancó al primer intento, que no era siempre.

La A-23 hacia Huesca. Jaca después. Dos horas de noche y carretera y el número de Castán que seguía sin contestar.

Castán podía esperar dos días más, había pensado esa tarde.

Ya no podía esperar nada.

CAPÍTULO 10

Roberto. Zaragoza, octubre de 2026

Roberto colgó después de hablar con Solana y dejó el teléfono sobre la mesa.

Dos segundos de silencio.

Llevaba veintiocho años midiendo los silencios de Solana sin saber que lo hacía, aprendiendo a leerlos como quien aprende un idioma sin darse cuenta de que lo está aprendiendo. Un segundo era duda. Tres o cuatro, cálculo. Dos exactos no era nada que hubiera escuchado antes.

Y luego el bien. Y colgar.

Sin preguntar nada más. Sin pedir la dirección, sin preguntar si Sara ya había llamado, sin ese ¿algo más? que Solana dejaba caer siempre al final, como una costumbre o una manera de dejar la puerta abierta a lo siguiente. Esta vez no. Esta vez le había bastado un nombre.

Roberto se quedó mirando el teléfono un rato largo.

Fue al salón, se sentó donde se sentaba siempre y miró la pared un tiempo que no supo medir.

Llevaba años haciendo esto para Solana. Llevando nombres de un lado a otro, fechas, direcciones, y ahora lo que Sara le contaba sin saber que se lo contaba también a otra persona a través de él. Nunca se había preguntado qué hacía Solana con lo que le daba. No preguntar era la única regla desde el principio, y Roberto la había obedecido durante veintiocho años con la disciplina de quien ha decidido que la ignorancia es una forma de supervivencia.

Pero esta noche la pregunta se le había metido dentro sin pedir permiso.

Un hombre de setenta y cuatro años. Jubilado. Con una vida entera guardada en un piso de la calle Mayor de Jaca. Un hombre que llevaba treinta años sin decir nada y que, por lo visto, acababa de decidir que ya no podía seguir callando.

Y Roberto acababa de darle su nombre a un hombre que nunca dejaba nada a medias.

Se tumbó vestido en la cama. Cerró los ojos. Los volvió a abrir.
Era solo un nombre, se dijo. Nunca le había pasado nada a nadie por culpa de una palabra que él hubiera dicho por teléfono.
Eso se dijo.
No se lo creyó del todo.

¿Y si no era nada? Un hombre mayor, asustado, que llevaba treinta años queriendo hablar y que ahora, con Sara acercándose, simplemente se ponía nervioso. Gente mayor. Cosas que pasan. Nada que tuviera que ver con un silencio de dos segundos.
Se levantó de la cama.
¿Y si sí era algo?

Abrió el cajón de la mesilla. Sacó la foto de Noelia con Mateo. La miró largo rato, como hacía siempre que necesitaba recordar por qué seguía haciendo esto. Solana le había dado una vida cuando él no tenía ninguna. Roberto llevaba veintiocho años pagando esa deuda sin hacerse nunca la pregunta que de verdad importaba: qué precio tenía en realidad, y a quién se lo estaban cobrando.
Nunca antes se la había hecho.
Se la estaba haciendo ahora, con la foto en la mano y un nombre que ya no podía retirar.

No podía llamar a Solana y preguntarle qué iba a hacer con esa información. Esa pregunta no se hacía nunca, y hacerla una vez significaba no poder dejar de hacerla el resto de su vida.
Pero podía llamar a Sara.
No para decirle nada. No podía decirle nada sin quemarse él mismo. Solo para oír su voz. Para saber que ella estaba bien, que lo que le estaba comiendo el pecho desde hacía dos horas no era más que el cansancio de una noche sin dormir.

Guardó la foto.

Esperó a que amaneciera lo suficiente para que una llamada no pareciera lo que era.

Luego cogió el teléfono.

CAPÍTULO 11

Sara. Jaca, octubre de 2026

El teléfono sonó cuando le quedaban cuarenta minutos para Jaca. Sara había descolgado sin pensar, tenía la cabeza en Fermín Castán.

¿Dónde estás?, dijo Roberto.

Algo en la pregunta no era exactamente lo que parecía. No el tono, que era el de siempre. Algo más pequeño. La pregunta en sí. Roberto nunca le preguntaba dónde estaba.

Conduciendo, dijo Sara. ¿Pasa algo?

No. Solo quería saber cómo iba todo.

Bien, dijo Sara. Pero ahora no puedo hablar.

Colgó.

Se quedó mirando la carretera durante un momento. Se sentía incómoda. Roberto no solía llamar tan pronto para preguntarle dónde estaba.

No había dormido nada.

Dos horas de carretera de noche y el café de gasolinera todavía amargo en la boca.

Aparcó frente al edificio de Castán cuarenta minutos después.

El piso de Fermín Castán estaba en el tercero de un edificio de piedra oscura en la calle Mayor, con el portal cerrado y un portero automático viejo, de los que todavía llevan los nombres de los vecinos escritos a mano junto al timbre.

Sara llamó al timbre del tercero. Tres veces. Nadie contestó. Probó con el de al lado.

Una voz de mujer respondió casi enseguida. Sara le dijo que buscaba al señor Castán, que llevaba días sin contestar. Hubo un silencio breve y luego el zumbido de la puerta abriéndose.

Subió en el ascensor, que no tenía luz interior y subía despacio haciendo un ruido que no inspiraba confianza. La vecina la esperaba ya en el rellano, con la cara de quien lleva dos días con una inquietud que no sabe cómo nombrar. Le dijo que Castán no salía desde hacía dos días, que ella tampoco había oído nada, que le parecía raro porque él siempre bajaba a por el periódico antes de las nueve.

Sara se acercó a la puerta del piso de Castán, estaba entornada, sin el pestillo echado. La empujó despacio y el aire quieto y cerrado de un espacio donde algo ha dejado de moverse le llegó antes que ninguna otra cosa.

Dentro había un hombre muerto.

Lo supo antes de verlo del todo, con esa certeza que llega por el olfato antes que por los ojos. Fermín Castán estaba sentado en el sillón del salón.

Tenía una expresión tranquila. Demasiado tranquila, pensó Sara, para alguien que había decidido irse. En la mesita de al lado había un vaso vacío y un blíster de pastillas también vacío y una hoja de papel doblada en dos con su nombre escrito encima.

Su nombre. El de ella.

Alguien sabía que ella iba a venir.

No tocó nada. Salió del piso, bajó al rellano y llamó a la Guardia Civil. Se quedó allí un momento, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza trabajando a una velocidad que no podía controlar.

Luego salió a la calle y esperó, con el abrigo puesto y las manos en los bolsillos, mirando la fachada del edificio sin ver nada en particular. Hacía frío en Jaca, ese frío limpio de octubre que bajaba de la ciudadela y se metía por las calles estrechas del casco antiguo. La gente pasaba por la acera sin mirarla.

Los guardias civiles llegaron en ocho minutos. Dos hombres jóvenes que la miraron con una mezcla de oficio y curiosidad: la de los uniformes cuando se topan con algo que no es exactamente lo que esperaban. Le tomaron los datos, le preguntaron cómo había entrado, le preguntaron si conocía al fallecido.

No, dijo. Periodista. Quería hacerle una entrevista sobre su trayectoria profesional.

Le creyeron o fingieron creerle, que en ese momento era lo mismo.

Le dijeron que podían necesitar hablar con ella más adelante. Ella dijo que estaba disponible. Le dieron un número de referencia y la dejaron ir.

Caminó hasta la plaza de la Catedral sin saber muy bien cómo había llegado. Se sentó en un banco de piedra frente a la torre románica y sacó el teléfono.

Marcos descolgó al primer tono.

¿Qué ha pasado?, dijo. Sin signo de interrogación.

Castán está muerto.

Ni una palabra.

¿Cómo?

Pastillas. Lo han encontrado en el sillón. Parece un suicidio.

¿Parece?

Sara miró la torre de la catedral. Siglos de piedra quieta contra un cielo de octubre que empezaba a nublarse.

Había una nota, dijo. Doblada en dos. Con mi nombre escrito encima.

Silencio más largo esta vez.

¿La has leído?

No la he tocado. La han cogido los guardias civiles.

Sara.

Sé lo que estás pensando.

¿Lo sabes?

Que alguien sabía que yo iba a venir. Que esto no es lo que parece. Que me he metido en algo más grande de lo que creía.

Eso estaba pensando, sí. Una pausa. ¿Estás bien?

La pregunta la cogió desprevenida. No porque fuera inesperada sino porque Marcos la había hecho de una manera distinta a como preguntaba otras cosas. Sin la voz plana de siempre. Con algo debajo.

Estoy bien, dijo.

Quédate donde estás. Voy para allá.

No tienes que...

Dos horas y media. Y come algo, que apuesto a que no has desayunado.

No había desayunado.

Marcos, dijo antes de que colgara.

¿Qué?

Estuvo un momento sin decir nada.

Gracias, dijo.

Marcos no contestó. Colgó.

Sara se quedó con el teléfono en la mano mirando la catedral. Luego pensó en la nota doblada con su nombre encima. En quién la había escrito. Castán había mandado el sobre a una dirección, había subrayado párrafos con rotulador amarillo, pero no tenía manera de saber que sería ella, en persona, quien iría, ni cuándo. La nota la había escrito alguien que sí lo sabía. Alguien que había estado en ese piso antes que ella. Alguien que había querido que lo encontrara.

Pensó en el hombre que de verdad había autorizado el camping en ese barranco.

No le ponía cara. No tenía su nombre todavía, aunque llevaba dos días buscándolo y sentía que estaba cerca de encontrarlo. Pero quería imaginarlo de todas formas, darle algún rasgo, algo a lo que agarrarse mientras seguía el rastro. Un hombre que había firmado en 1994. Que había tenido razones entonces para que el camping abriera. Que treinta años después seguía teniendo razones para que todo siguiera cerrado.

Ese hombre, fuera quien fuera, sabía que ella estaba en Jaca.

Se levantó del banco y buscó una cafetería. Marcos tenía razón en lo del desayuno aunque no pensaba decírselo.

Mientras esperaba el café miró por la ventana la calle Mayor y pensó que en algún sitio de esa ciudad o de esa provincia o de ese país alguien estaba mirando un teléfono o una pantalla y sabiendo exactamente dónde estaba ella.

Eso debería darle miedo.

Le daba miedo.

Pero también le decía algo importante.

Si alguien había movido ficha antes de que ella llegara a Castán significaba que tenía algo que perder todavía. Que el secreto seguía siendo peligroso. Que la verdad seguía estando en algún sitio esperando que alguien la encontrara.

Llegó el café. Lo bebió despacio mirando la calle.

Dos horas y media.

CAPÍTULO 12

Roberto. Zaragoza, octubre de 2026

Roberto recibió las instrucciones un lunes por la mañana.

Solana llamó desde el móvil personal esta vez, no desde el despacho. El número del móvil personal significaba que la conversación no iba a quedar registrada en ningún sistema de la empresa.

Eso le inquietó.

Hay un hombre en Biescas, dijo Solana. Se llama Eusebio. Vive en la calle del Mercado, el edificio de piedra con la puerta verde. Dile a la periodista que ese hombre estuvo en la zona la noche de la riada. Que vio algo. Que nunca ha hablado con nadie pero que quizás con ella...

Roberto esperó.

¿Qué vio exactamente?

Eso no importa, dijo Solana. Lo que importa es que cuando ella llegue él no va a decirle nada, ya me he asegurado.

Roberto procesó eso despacio.

¿Por qué no va a decirle nada?

Porque Eusebio es una persona que entiende perfectamente lo que tiene que perder si habla, dijo Solana. Lleva treinta años entendiéndolo.

Algo en esa frase era diferente a todo lo que Solana le había dicho antes. No en las palabras. En lo que había debajo de las palabras. Una frialdad que Roberto conocía de las negociaciones difíciles, de los momentos en que Solana dejaba de ser el hombre razonable y afable que todos veían y se convertía en otra cosa. Algo más antiguo y más frío.

Roberto había visto eso pocas veces en veintiocho años.

Cada vez que lo veía miraba para otro lado.

De acuerdo, dijo.

Y Roberto.

¿Sí?

Necesito que esto funcione. La periodista está llegando demasiado lejos demasiado rápido.

Y colgó.

Roberto se quedó con el teléfono en la mano mirando la ventana.
Demasiado lejos demasiado rápido.

Pensó en Sara diciendo ya con esa voz plana y saliendo diez minutos antes de lo habitual. Pensó en sus manos sobre el cuaderno escribiendo algo que él no podía leer. Pensó en cómo no se le escapaba nada.

Sara estaba llegando demasiado lejos.

Y él la había puesto en el camino.

Llamó a Sara esa tarde.

Hay un hombre en Biescas, dijo cuando ella descolgó. Se llama Eusebio. Estuvo en la zona la noche de la riada. Nunca ha hablado con nadie sobre lo que vio. Lleva treinta años con eso dentro.

Silencio al otro lado.

¿Cómo lo sabe?, dijo Sara.

Me lo contó hace años. Una noche, después de unas copas. Cosas que la gente guarda y que a veces salen solas cuando bajan la guardia. Nunca le di importancia hasta ahora.

¿Por qué no me lo dijo antes?

Roberto esperó un segundo antes de contestar. El segundo justo para que pareciera que estaba pensando la respuesta y no que la tenía preparada.

Porque no estaba seguro de que fuera a hablar. Es un hombre mayor y está asustado.

¿Y ahora está seguro que va a hablar?

Ahora creo que ya no puede seguir callando, dijo Roberto. Hay cosas que pesan demasiado para cargarlas toda una vida.

Silencio largo.

De acuerdo, dijo Sara. Iré mañana.

Colgó.

Roberto dejó el teléfono en la mesa.

Se quedó mirando sus manos apoyadas en el escritorio. Las mismas manos que habían firmado informes para Solana durante veintiocho años. Las mismas manos que habían cogido a Mateo en brazos esa última tarde en el camping, sintiendo ese peso imposiblemente pequeño y real.

Pensó en lo que Solana había dicho.

Una persona que entiende perfectamente lo que tiene que perder si habla.

Pensó en Eusebio en su casa de la calle del Mercado con la puerta verde. Treinta años entendiendo lo que tenía que perder.

Pensó en sí mismo.

Veintiocho años entendiendo lo mismo.

Abrió el cajón de la mesilla. No sacó la foto esta vez. Solo la miró dentro del cajón, la imagen de Noelia con Mateo en brazos, esa sonrisa.

Cerró el cajón.

Fue a la cocina. Se hizo un café que tampoco bebió. Se quedó de pie junto a la ventana mirando el Paseo de la Independencia hasta que oscureció.

Sara. Biescas, octubre de 2026

Eusebio abrió la puerta antes de que Sara llamara por segunda vez.

Setenta y tantos años. Más alto de lo que esperaba, la espalda levemente encorvada, el cuerpo de quien ha llevado algo pesado durante mucho tiempo y ha terminado adoptando la forma de esa carga. Ojos oscuros y quietos. La expresión de alguien que sabía que iba a venir antes de que ella llamara.

Eusebio, dijo Sara. Me llamo Sara Villalba. Soy periodista. Un conocido común me dijo que quizás podía ayudarme.

Eusebio la miró durante un momento.

Luego se hizo a un lado.

Pase, dijo.

La casa olía a tabaco frío y a comida de hace días. Una cocina pequeña, una mesa con dos sillas, una ventana que daba a la calle. En la pared un calendario del año anterior que nadie había cambiado. En el alféizar una planta seca que nadie había regado en semanas.

Una vida que se había ido quedando sin mantenimiento despacio, como pasan esas cosas, sin que nadie tomara la decisión de dejarla ir sino simplemente sin que nadie se ocupara de que siguiera.

Se sentaron.

La mesa tenía el hule un poco levantado en una esquina y encima un vaso con bolígrafos, un periódico doblado de tres días antes y un pequeño montón de correspondencia sin abrir. Facturas

probablemente, o propaganda, de esas cartas que se acumulan cuando uno ha dejado de encontrar motivos urgentes para abrirlas.

Sara las vio de reojo.

En el sobre de arriba, con letra de imprenta, un nombre.

Eusebio Bernal.

Lo registró sin moverse. Sin cambiar la expresión. Como registraba todo: absorbiendo información sin que se notara que la estaba absorbiendo.

Bernal.

Lo guardó en algún sitio sin saber todavía para qué.

Me han dicho que usted estuvo en la zona la noche de la riada, dijo. Que vio algo.

Eusebio miró la mesa.

Sus manos encima del hule, quietas. La quietud de quien ha aprendido a no moverse cuando no es necesario.

No recuerdo bien esa noche, dijo. Fue hace mucho.

Sara dejó el silencio estar.

Eusebio no lo llenó.

Miraba la mesa. Las manos. La ventana detrás de Sara. La expresión de alguien que lleva mucho tiempo cargando con algo que no le pertenece del todo y que ya no sabe cómo sería no cargarlo.

¿Tiene familia aquí en Biescas?, dijo Sara después de un momento.

Algo cruzó la cara de Eusebio. Tan rápido que casi no existió.

Un hermano, dijo. Javier. Aunque hace años que no nos vemos mucho.

¿Vive en la zona?

No. Fuera.

Sara asintió.

No miró la carta.

Pero el nombre ya estaba dentro, guardado en ese sitio donde guardaba las cosas que todavía no saben lo que son.

Eusebio, dijo Sara en voz baja. Si sabe algo que pueda ser importante para entender lo que pasó esa noche, cualquier cosa, por pequeña que parezca...

Eusebio levantó la vista.

La miró durante un segundo.

Y entonces hizo algo tan pequeño y tan rápido que Sara casi lo perdió.

Se llevó el dedo índice al oído derecho. Solo un instante. Como quien se rasca distraídamente. Luego sus ojos se movieron hacia un rincón de la cocina, el rincón donde el techo se juntaba con la pared, junto a la ventana. Un segundo. No más. Y volvieron a la mesa.

Sara no movió los ojos hacia ese rincón.

Pero lo registró.

Eusebio empezó a hablar mientras el dedo todavía bajaba del oído, como si el gesto y lo que iba a decir tuvieran que salir juntos o no salir de ninguna manera.

Había un hombre, dijo. Mariano Lasierra. Fue capataz de las obras del camping, en el 94. Se marchó de Biescas al año siguiente de la riada y no ha vuelto. Vive en Cádiz, o vivía, la última vez que supe de él. Si alguien sabe algo de verdad, es él, no yo.

Lo dijo con la misma voz plana de antes, sin inflexión, la voz de alguien que ha repetido una frase tantas veces que ya no le cuesta trabajo decirla. Pero el dedo seguía en el aire un segundo más de lo necesario, y sus ojos no se apartaron de los de Sara ni un momento, pidiéndole con la mirada que entendiera lo que las palabras no podían decir.

Sara lo entendió.

Mariano Lasierra, si existía de verdad, no sabía nada. O si sabía algo, no era lo que Eusebio acababa de contarle. Alguien le había dado ese nombre y esa ciudad, lejos de Aragón, para que se lo entregara a quien llegara preguntando algún día. Un callejón sin salida fabricado con años de antelación, guardado como una moneda de repuesto para el día en que hiciera falta gastarla.

Aquí hay gato encerrado, pensó.

No lo dijo en voz alta.

Sara cerró el cuaderno.

Se levantó.

Gracias por recibirme, dijo.

Eusebio se levantó también. La acompañó hasta la puerta con esa cortesía antigua que conservan los hombres de pueblo aunque hayan perdido casi todo lo demás.

En la puerta Sara se giró.

Cúidese, Eusebio.

El hombre la miró.

Usted también, dijo. Lo dijo de una manera que no era despedida. Era otra cosa. Algo más urgente y más quieto a la vez.

Sara bajó las escaleras.

Salió a la calle del Mercado y caminó hasta el coche sin mirar atrás.

Se sentó al volante.

Puso las manos en el volante y se quedó quieta.

Eusebio Bernal con sus manos quietas encima del hule y esa frase dicha sin inflexión, *no recuerdo nada que pueda ayudarla*, que era la frase de alguien que recuerda perfectamente. Con ese gesto pequeño y rápido hacia el oído, hacia el rincón del techo. Alguien le había dicho a Bernal que no hablara. Y Bernal se lo había hecho saber sin decir una palabra que pudiera usarse en su contra.

Y Roberto detrás de todo esto.

Roberto, que le había dado ese nombre.

Sara lo pensó con una claridad fría, la de las cosas que uno sabe desde hace tiempo y que en un momento concreto ya no puede seguir ignorando. No era una conclusión nueva. Era una conclusión que llevaba días formándose en algún sitio entre el pecho y el estómago, desde la noche en que alguien había entrado en su archivo de Zaragoza sin robar nada, solo para que ella supiera que habían estado allí.

Su sexto sentido lo había sabido antes que su cabeza.

Y ella lo había silenciado.

Eso era lo que no podía perdonarse todavía. No que Roberto la hubiera engañado. Sino que ella había elegido no escucharse. Que había tomado la incomodidad pequeña de las primeras semanas y la había guardado en el mismo sitio donde guardaba las cosas que no quería mirar porque mirarlas costaba algo que en ese momento no podía permitirse.

Una periodista de investigación que silencia su propio instinto no es una periodista de investigación.

Apretó el volante.

Luego lo soltó.

Sacó el cuaderno. Escribió tres líneas.

Eusebio Bernal. Otra vez Roberto.

Debajo escribió: *El dedo en el oído. El rincón. Nos escuchan.*

Debajo de eso, después de un momento: *¿Quién es Roberto Díaz exactamente.*

No era una pregunta. Era lo que llevaba semanas siendo una incomodidad sin forma y que acababa de tomar la forma más concreta y más incómoda posible.

Guardó el cuaderno.

Llamó a Marcos.

Necesito que busques a alguien, dijo cuando descolgó. Roberto Díaz. Zaragoza. Cincuenta y tantos años. Dice haber trabajado en el sector turístico aragonés desde los noventa.

¿Qué busco exactamente?

Todo, dijo Sara. Especialmente cualquier conexión con el Grupo Solana.

Silencio al otro lado.

¿Sara?

Estoy bien, dijo. Llámame cuando tengas algo.

Colgó sin esperar respuesta.

Arrancó el coche.

Por el retrovisor Biescas se fue quedando atrás con sus calles estrechas y sus casas de piedra oscura y Eusebio Bernal en algún sitio dentro de una de esas casas con sus manos quietas encima del hule y treinta años de silencio que nadie había podido romper todavía.

Usted también, había dicho en la puerta.

No era una despedida.

Era una advertencia.

CAPÍTULO 13

Sara y Marcos. Jaca, octubre de 2026

Marcos apareció en la puerta de la cafetería con el abrigo mojado y el pelo aplastado por la lluvia que había empezado a caer sobre Jaca a media tarde. Miró hacia dentro, la encontró, y caminó hacia ella sin quitarse el abrigo todavía.

Se sentó enfrente.

La miró.

No dijo nada durante un momento. Solo la miró, evaluando, buscando, leyendo lo que Sara no decía en voz alta y que era casi siempre más que lo que sí decía.

Estás entera, dijo finalmente.

Estoy entera, dijo Sara.

El camarero se acercó y Marcos pidió un café solo y una tostada sin mirar la carta. Luego apoyó los codos en la mesa y juntó las manos.

¿Has tenido noticias de lo que te pedí?, dijo Sara antes de que él se sentara del todo.

Todavía no. Necesito más tiempo. ¿Estás segura de que quieres tirar de eso ahora, con todo lo demás encima?

Más segura que de nada en las últimas semanas, dijo Sara.

Marcos asintió. No preguntó más por ahora, sabía cuándo guardar una pregunta para después.

Cuéntame, dijo.

Sara miró su taza vacía. Llevaba tres horas en esa cafetería. Había pedido dos cafés y una botella de agua y había mirado por la ventana la calle Mayor de Jaca con la cabeza trabajando sin parar y sin llegar a ningún sitio nuevo.

Hay algo que no te he contado, dijo.

Ya lo sé.

Sara le miró.

Lo supe desde el principio, dijo Marcos. Que había algo más. No pregunté porque pensé que me lo contarías cuando pudieras.

Sara no dijo nada durante un momento.

Yo estaba en el camping, dijo.

Marcos no cambió la expresión. Esperó.

En agosto del 96. Tenía seis años. Estaba con mi familia, mis padres y mi hermano. Era la primera vez que salíamos de Bronchales de verdad. El camping Las Nieves. El Arás. La noche del 7 de agosto.

Marcos cerró los ojos un segundo. Solo un segundo.

Sara.

Mis padres no sobrevivieron. Lo dijo sin inflexión, como un hecho, porque llevaba treinta años diciéndoselo a sí misma y era la única manera que conocía. De mi hermano no supe nada más. Tenía diez años. En el caos de esa noche desapareció y nunca llegué a saber qué fue de él. Yo sí sobreviví. No sé muy bien por qué yo sí.

El camarero llegó con el café y la tostada. Los dejó en la mesa y se fue sin decir nada, que fue un acierto.

Marcos no tocó el café.

¿Cuánto tiempo llevas con esto?, dijo. No era la misma pregunta que le había hecho por teléfono esa mañana. Era otra pregunta con las mismas palabras.

Veintitantos años, dijo Sara. La carrera, el máster, los doce años en el periodismo de investigación. Todo ha sido esto. Siempre ha sido esto.

¿Y nunca me lo dijiste?

No se lo digo a nadie. Sara le miró. Una periodista con un trauma personal relacionado con su mayor reportaje no es una periodista de investigación. Es lo que siempre me repito.

Ya te dije una vez que eres la mejor periodista que he conocido.

Me lo dijiste.

Pues lo sigo pensando. Marcos cogió el café por fin. Lo sostuvo entre las manos sin beberlo. Y ahora mismo no estoy pensando en el reportaje.

Sara no contestó. Miró por la ventana. La lluvia había arreciado y la calle Mayor estaba casi vacía, solo algún paraguas moviéndose deprisa entre los soportales.

Castán mandó el sobre, dijo. Estoy casi segura. Llevaba más de treinta años cargando con haber firmado ese informe. Con saber que ignoraron su trabajo y lo que pasó después. Alguien le presionó para que callara en el 96 y calló. Pero antes de morirse quiso que la verdad saliera. Hizo una pausa. Pero la nota no fue él. Castán no tenía manera de saber que sería yo, en persona, quien iría a

buscarle esa mañana. Quien escribió esa nota sí lo sabía. Sabía exactamente cuándo iba a llegar.

Y los que le presionaron en el 96 se enteraron de que había mandado el sobre.

Y le silenciaron para siempre. Sara volvió a mirarle. Marcos, hay alguien con mucho poder detrás de esto. Alguien que en 1994 tenía acceso para enterrar un informe técnico y autorizar ese camping. Y que en 2026 sigue teniendo poder suficiente para matar a un hombre de setenta y cuatro años y que parezca un suicidio.

¿Tienes un nombre?

Estoy cerca. Sara dudó un segundo. Hay también un desaparecido. Luis Ferrer Ara. Es el técnico que redactó el informe de campo en el 93, el que decía no apto. Desapareció en octubre del 94, cuatro meses antes de que el camping abriera. Nunca se encontró el cuerpo.

Marcos dejó la taza en el plato despacio.

¿Cuántas personas han muerto por esto?, dijo.

Contando la riada, dijo Sara, más de ochenta.

El silencio entre los dos duró un momento largo. La lluvia golpeaba el cristal de la ventana, insistente, agua que ya ha decidido algo.

¿Qué necesitas?, dijo Marcos.

Sara le miró. Era la pregunta correcta. No qué vamos a hacer, no cómo salimos de esto, no tienes que tener cuidado. Qué necesitas. Como si lo que ella necesitara fuera lo que importaba.

Necesito encontrar el nombre de la persona que firmó la autorización del camping en 1994, dijo. Mañana sin falta.

De acuerdo.

Y necesito que sepas que esto es peligroso de verdad. Que Castán está muerto y que quien lo mató sabe que yo estoy aquí.

Lo sé.

Marcos.

¿Qué?

Puedes irte si quieres. No tienes que...

Sara. Lo dijo de una manera que cerró la frase antes de que ella la terminara. Sin dureza. Sin dramatismo. Solo con la firmeza de quien tomó una decisión hace tiempo y no necesita revisarla. He conducido dos horas y media con lluvia. No me he traído el paraguas. Y me queda la mitad del café.

Sara le miró.

Algo pasó en su pecho que no supo nombrar exactamente. Algo pequeño y cálido que hacía tiempo que no sentía y que no estaba segura de saber manejar, pero lo dejó estar.

Gracias, dijo por segunda vez en el mismo día.

Marcos cogió la tostada.

Mañana temprano empezamos, dijo. Esta noche descansas.

No voy a poder dormir.

Lo sé. Pero lo intentas.

Sara sonrió.

Por la ventana la lluvia seguía cayendo sobre Jaca, terca, sin pausa. Las montañas habían desaparecido detrás de las nubes. Pero Sara sabía que seguían ahí.

Las montañas siempre están aunque no las veas.

CAPÍTULO 14

Óscar. Camping Las Nieves, noche del 7 de agosto de 1996

La noche cayó distinta.

No era la oscuridad limpia de las noches anteriores, cuando el cielo se llenaba de estrellas y el camping se quedaba quieto, en silencio, con cosas que ya conocía. Esta oscuridad era pesada, cerrada, sin luna y sin estrellas porque las nubes lo tapaban todo desde la tarde y el aire tenía dentro algo húmedo y eléctrico que se pegaba a la piel.

Cenamos dentro de la tienda por primera vez desde que llegamos. Mamá había calentado unas latas y nadie habló demasiado. Sara comió despacio mirando a papá de vez en cuando. Tenía esa habilidad: detectar cuando los adultos estaban preocupados sin entender exactamente por qué. Yo lo entendía mejor. Había visto la cara de los hombres en el camping, había oído el río toda la tarde sonando más fuerte, había visto cómo Antonio el de Valencia había empezado a meter cosas en el coche después de cenar.

Antes de dormir papá salió un momento solo.

Le vi desde la tienda, de espaldas, mirando hacia el río. No se movió durante un rato largo. Luego volvió a entrar y dijo que durmiéramos, que mañana veríamos.

Mamá le miró.

Él le devolvió la mirada y algo pasó entre ellos que yo no supe leer pero que sentí.

Me metí en el saco.

Me desperté sin saber qué hora era.

El sonido.

No era el río que había escuchado toda la semana. Era otra cosa, algo más grande y más grave, como si el mundo hubiera bajado de tono de golpe, como si algo muy pesado estuviera moviéndose en la oscuridad hacia nosotros. Tardé un segundo en entender que estaba despierto de verdad y no soñando.

Sara dormía a mi lado.

Luego oí a papá.

No gritaba. Eso fue lo primero que pensé después, que papá no gritó. Dijo nuestros nombres en voz alta y firme, Sara primero y luego el mío, y en esa voz había algo que hizo que me levantara antes de estar del todo despierto.

Óscar. Levántate. Coge a Sara.

La tienda se abrió y entró el aire de fuera y el ruido creció de golpe, mucho más grande de lo que parecía desde dentro, un ruido que no era solo agua sino piedras y árboles y cosas que el río se llevaba y que golpeaban contra otras cosas en la oscuridad.

Mamá encendió la linterna.

La luz fue lo primero que vio Sara cuando abrió los ojos. Me miró sin entender. Yo ya estaba de rodillas a su lado.

Ven, le dije. Agárrate a mí.

No preguntó nada. Se agarró.

Salimos de la tienda.

Lo que vi no tenía nombre todavía en mi cabeza de diez años. El camping era otro. Se veían luces de algunas linternas de los que habían salido antes que nosotros, siluetas moviéndose en la oscuridad, voces que no entendía, y ese ruido, ese ruido que ya no era solo ruido sino presencia, algo físico que se acercaba desde el norte por el cauce del río y que hacía temblar el suelo bajo mis pies.

El agua ya llegaba al borde del camping.

Papá nos agarró a los dos. A mí del brazo, a Sara en brazos, y empezó a caminar hacia el lado de la carretera, hacia arriba, lejos del río. Mamá iba delante con la linterna abriendo camino.

Recuerdo el barro bajo los pies. Recuerdo que Sara no lloraba, que tenía la cara apoyada en el hombro de papá y los ojos abiertos mirando la oscuridad. Recuerdo que en algún momento papá me apretó el brazo muy fuerte y yo entendí que tenía que seguir andando sin importar lo que pasara.

Llegamos a un árbol grande, un chopo viejo al borde del camino, con las ramas bajas y gruesas. Papá levantó a Sara y la puso en la rama más baja. Luego me miró.

Sube, dijo. Y no la sueltes.

Papá...

Sube, Óscar.

Subí. Me puse en la rama junto a Sara y la agarré por la cintura con los dos brazos. Ella me agarró a mí.

Papá nos miró un segundo desde abajo. Con la linterna de mamá iluminándole la cara de lado. No dijo nada más. No hacía falta.

Luego se giró y volvió hacia el camping.

No sé cuánto tiempo estuvimos en el árbol.

Sara no lloraba. Eso me ayudó a no llorar yo. Nos agarrábamos el uno al otro en la oscuridad escuchando ese ruido que no paraba, que crecía y cambiaba y traía cosas consigo que golpeaban el tronco del chopo por debajo de nosotros.

En algún momento el agua llegó hasta nuestros pies.

Sara metió los dedos del pie en el agua y los sacó enseguida.

Está fría, dijo.

No los metas, dije yo.

Vale, dijo ella.

Y no los metió más.

Yo miraba hacia donde habían ido papá y mamá. No veía nada. Solo oscuridad y agua y ese ruido que lo llenaba todo y no dejaba sitio para ningún otro sonido del mundo.

En algún momento dejé de mirar.

No porque no quisiera encontrarlos. Sino porque algo en mí lo supo, sin necesidad de razonarlo: ya no iban a volver.

Me apoyé en el tronco del chopo y apreté a Sara contra mí.

Ella se dejó.

¿Dónde están papá y mamá?, preguntó.

Tardé en contestar.

Ahora vienen, dije.

Fue la única mentira que le dije en toda mi vida. Y se la dije para que pudiera seguir agarrada a mí un poco más, sin saber que un poco más era todo lo que nos quedaba.

Fue el golpe lo que lo cambió todo.

Algo grande chocó contra el chopo desde la oscuridad, un tronco entero quizás, o parte de una caseta, no llegué a verlo, solo lo sentí: un golpe seco que subió por la madera y nos sacudió a los dos como si el árbol hubiera decidido, por un segundo, dejar de ser un árbol.

La rama se movió. No mucho. Lo suficiente.

Sentí que resbalaba antes de entender que estaba resbalando. Me agarré al tronco con un brazo. Con el otro seguía sujetando a Sara, y por un instante los dos estuvimos colgando del mismo segundo, del mismo error de equilibrio que iba a decidir si nos íbamos los dos o ninguno.

No lo pensé. Eso es lo único de esa noche que puedo decir con seguridad: que no lo pensé.

La solté.

Agárrate al árbol, le dije, o creo que se lo dije, no sé si me salió la voz entera.

Elegí mi lado para caer.

El agua estaba más fría de lo que había imaginado que podía estar el agua. Y más fuerte. Me llevó antes de que pudiera hacer nada con los brazos, antes de que pudiera gritar su nombre, antes de que pudiera hacer ninguna de las cosas que un hermano mayor se supone que tiene que hacer.

Lo último que vi del chopo fue su sombra, más arriba, más pequeña, agarrada al tronco con las dos manos.

Luego no vi nada más.

En la tienda de los Sánchez, Antonio había tardado más en despertar.

No porque durmiera más profundo sino porque Amparo lo había cogido del brazo antes de que pudiera entender del todo lo que oía, y ese segundo que tardó en orientarse fue el segundo en que el mundo cambió de tamaño.

Cogió a Javi. Amparo cogió a Alicia. Rafa salió solo, que era su manera de hacer las cosas, dieciséis años y esa seguridad de los que todavía no saben que no son invencibles.

Corrieron hacia la carretera.

Antonio llevaba a Javi en brazos y Javi no lloraba, que era lo que más le asustó después, que su hijo de ocho años no llorara sino que mirara hacia atrás, quieto, guardando algo para no perderlo. Amparo iba delante con Alicia agarrada a su cuello y Alicia sí lloraba, ese llanto pequeño y continuo de los niños que no entienden qué pasa pero que entienden que algo pasa.

Rafa iba a su lado.

Hasta que no iba.

Antonio tardó veinte metros en notarlo. Se giró. Llamó su nombre una vez, dos. El ruido lo tapaba todo, ese ruido que no era solo agua sino el mundo entero desplazándose de sitio. Las

linternas de otra gente cruzando la oscuridad en todas direcciones. Voces que no eran de nadie que él conociera.

Amparo lo cogió del brazo.

No con fuerza. Con esa firmeza suave de quien sabe que hay momentos en que no se puede. En que seguir es lo único que queda.

Antonio miró la oscuridad una vez más.

Luego siguió corriendo.

Alicia no oyó el nombre de su hermano. El llanto le tapaba los oídos y los brazos de su madre le tapaban los ojos y lo único que sabía era que el suelo estaba mojado y que su madre no la soltaba y que Canelo no estaba.

Eso fue lo último que pensó antes de que todo se volviera confuso: que Canelo no estaba.

El agua siguió subiendo un poco más y luego se quedó quieta y luego empezó a bajar muy despacio.

En algún sitio del camping, que ya no era el camping sino barro y oscuridad y el sonido de cosas golpeando contra cosas, alguien llamaba un nombre.

No el nombre de una persona mayor. Un nombre de niño.

Lo llamaba con la voz de los padres que ya han dejado de intentar no asustar y solo quieren encontrar.

El nombre sonó tres veces.

Luego no sonó más.

Sara se quedó sola en la rama.

No gritó. Muchos años después seguiría sin saber explicar por qué no gritó, si fue porque no le salía la voz o porque una parte de ella, la parte de seis años que esa noche estaba aprendiendo demasiado rápido a sobrevivir, entendió que gritar no iba a traer de vuelta a nadie.

Se abrazó al tronco. Buscó a Pipo, que había pasado toda la noche metido dentro del pijama, contra el pecho, y lo apretó con las dos manos, tan fuerte que treinta años después todavía recordaría esa presión exacta en los dedos antes que ninguna otra cosa de esa noche.

Y entonces, sola, en la oscuridad, con el agua llenándolo todo y sin nadie que le dijera que iba a salir bien, algo se abrió dentro de

ella.

Los columpios de la plaza de Bronchales. Óscar empujando tan fuerte que sentía que iba a llegar al cielo. Pídeme que pare, decía él. Y ella no pedía que parara nunca.

Las manos de mamá hundidas en la masa de pan, el olor, la cocina caliente una tarde de invierno en la que a ella también la dejó meter los dedos.

Cinco velas en una tarta. Óscar haciendo ruido con la boca para ayudarla a apagarlas todas de una vez. Papá riéndose. Mamá con la cámara.

Papá corriendo detrás de la bici, sujetando el sillín. Y luego no sujetándolo. Sus manos soltando sin decirle nada, y ella sin saber todavía que ya iba sola.

No eligió esos recuerdos. Simplemente llegaron, por ese orden, como si una parte de ella hubiera decidido que si esa iba a ser la última noche, más valía llevarse consigo lo bueno antes de irse.

Y entonces todo se hizo negro.

Para Sara también.

CAPÍTULO 15

Sara. Hospital de Jaca, agosto de 1996

La cama era demasiado grande.

Sara lo pensó la primera mañana, cuando abrió los ojos y no reconoció el techo. En Bronchales el techo de su cuarto tenía una mancha cerca de la ventana con forma de conejo, o eso creía ella, y la buscaba cada mañana antes de levantarse. Este techo era blanco y liso y no tenía nada.

Pipo estaba a su lado. Alguien lo había puesto junto a ella mientras dormía. Estaba húmedo todavía y olía raro pero era Pipo y Sara lo agarró con las dos manos y se quedó mirando el techo blanco.

Había ruidos que no conocía. Pasos, voces lejanas, algo que pitaba de vez en cuando en el pasillo. Una luz que no se apagaba nunca del todo aunque fuera de noche.

Óscar no estaba. Nadie le había dicho nada de Óscar.

Una señora con bata blanca le dijo que la habían encontrado en un árbol y que estaba bien. Pero de Óscar nada. Sara había preguntado una vez y la señora había puesto esa cara y había dicho que estaban buscando a todo el mundo y que había mucha gente y que en cuanto supieran algo se lo decían.

Papá y mamá no habían venido todavía.

Sara no entendía por qué tardaban tanto. Habían pasado ya dos noches, o eso le parecía, aunque los días en ese sitio eran raros porque la luz era siempre igual y no se sabía muy bien cuándo era de mañana y cuándo de tarde. Quizás estaban buscándoles. Quizás el agua había movido las cosas de sitio y tardaban en encontrar el camino.

Papá sabía encontrar los caminos. Siempre.

Cuando llegó la señora nueva, Sara estaba sentada en la cama con Pipo en el regazo mirando la ventana. Por la ventana se veían las montañas. Eso le gustaba. Las montañas seguían ahí igual que antes.

La señora llamó a la puerta aunque estaba abierta. Tenía el pelo castaño y unos ojos verdes muy expresivos. Tenía una manera de moverse despacio, sin prisa, que no era como la de las enfermeras que siempre parecían tener que estar en todos lados a la vez.

Hola Sara, dijo. Me llamo Ángela.

Se sentó en la silla que había junto a la cama, sin preguntar si podía. No sacó papeles ni bolígrafo. Solo se sentó y miró a Sara con una expresión que no era lástima, que era otra cosa, algo más parecido a estar ahí de verdad.

¿Quién eres?, preguntó Sara.

Trabajo ayudando a niños, dijo Ángela. Cuando los niños están solos un tiempo yo les acompaño.

Yo no estoy sola, dijo Sara. Estoy esperando a mis papás.

Ángela no dijo nada durante un momento.

Lo sé, dijo luego. ¿Me puedo quedar mientras esperas?

Sara lo pensó.

¿Sabes dónde están?, preguntó.

Están en un sitio donde están bien, le dijo Ángela Pero ahora mismo no pueden venir.

Sara miró a Pipo.

¿Sabías que a Pipo lo encontré en el barro cuando tenía cuatro años?

No lo toques, había dicho mamá. No sabemos de quién es.

Pero Sara ya lo había cogido. Y lo había mirado. Y había decidido que ese conejo necesitaba que alguien lo adoptara, igual que los perros y los gatos que la gente abandonaba y que luego el veterinario del pueblo acogía hasta encontrarles familia.

Es como una mascota, le había dicho a mamá. Alguien lo ha perdido y está solo.

Mamá había intentado dejarlo en el ayuntamiento por si alguien lo reclamaba. Pero nadie lo reclamó. Y Sara lo había cuidado desde entonces, seria, como se toman en serio los niños las responsabilidades que se han impuesto a sí mismos. Le hablaba por las noches. Lo sacaba a la ventana cuando había sol para que no tuviera frío.

Sara miró a la señora que se llamaba Ángela y que se había sentado sin prisa y que no tenía cara de mentir aunque tampoco tenía cara de decirle todo.

¿Te gustan las montañas?, preguntó Sara mirando la ventana.

Ángela miró también hacia fuera.

Mucho, dijo.

A mí también, dijo Sara. Mi papá dice que las montañas siempre están aunque no las veas.

Ángela no contestó. Pero se quedó mirando las montañas un momento más de lo necesario.

Esa tarde jugaron a las cartas. Ángela tenía una baraja en el bolso y le enseñó a Sara un juego que se llamaba la escoba que Sara no conocía y que perdió cuatro veces seguidas y que le hizo gracia de todas formas porque Ángela celebraba cada punto suyo con una seriedad exagerada que era claramente de broma.

Antes de irse Ángela le preguntó si necesitaba algo.

Sara pensó.

¿Puedes volver mañana?, dijo.

Vuelvo mañana, dijo Ángela.

Y volvió. Y el día siguiente. Y el siguiente.

Una mañana, después de varios días, Sara le hizo una pregunta mientras Ángela le enderezaba la oreja torcida de Pipo.

¿Y el niño que estaba conmigo?, preguntó Sara.

Ángela no cambió la expresión pero algo pasó en sus ojos, algo muy rápido que Sara notó sin entender.

¿Qué niño?, dijo Ángela despacio.

El que me sujetaba, dijo Sara. En el árbol. Me sujetaba muy fuerte.

Ángela asintió despacio.

Están buscando a todas las personas que estaban en el camping, dijo. Cuando sepamos algo te cuento.

Sara asintió. Luego miró las montañas por la ventana y no dijo nada más.

Nadie volvió a mencionarle al niño del árbol.

Y Sara aprendió a no preguntar. Como había aprendido a no preguntar por papá y mamá. Porque había preguntas cuyas respuestas hacían algo en la cara de los adultos que Sara no quería ver.

Así que guardó al niño del árbol en el mismo sitio donde guardaba las otras cosas. Dentro. Muy adentro. Donde las cosas no duelen tanto si no las miras directamente.

El último día, antes de que llegara la familia de acogida, Ángela le había dejado algo en la mesilla. Un papel doblado, pequeño, con las reglas de la escoba escritas con letra redonda y cuidadosa para que Sara pudiera jugar sola si encontraba una baraja. Arriba, en la esquina, con ese mismo bolígrafo azul que siempre llevaba en el bolsillo de la bata: su nombre. Ángela.

Pipo llevaba puesta una camiseta pequeña, de otra muñeca, que mamá le había cosido para que no tuviera frío en invierno. Tenía un bolsillo diminuto en la parte de delante, del tamaño justo para una chapa o una piedra pequeña. Sara dobló el papel todo lo que pudo y lo metió ahí, con la lógica de los seis años: las cosas importantes van en el sitio más seguro que conoces, sin saber que debajo de la camiseta, dentro del propio cuerpo del conejo, había algo más que Ángela había guardado antes que ella, en un sitio todavía más seguro.

CAPÍTULO 16

Ángela. Hospital de Jaca, agosto de 1996

Llevaba once años en servicios sociales cuando llegó el caso de Sara Villalba.

Once años era tiempo suficiente para haber aprendido a no llevarse el trabajo a casa. Tiempo suficiente para saber que si te implicas demasiado con cada caso acabas roto, y que de poco sirves roto. Tiempo suficiente para haber desarrollado esa distancia profesional que no es frialdad sino supervivencia, que es la diferencia entre poder seguir haciendo el trabajo mañana o no poder.

Ella lo sabía.

Lo sabía y lo practicaba y la mayoría de las veces le funcionaba.

La mayoría de las veces.

El caso llegó un miércoles por la mañana. Una llamada del hospital de Jaca. Menor sin tutores identificados, superviviente de la riada del camping Las Nieves. Seis años. Sin familia localizada. Sin nada excepto un conejo de peluche con la oreja torcida.

Ángela cogió su bolso y fue al hospital.

Supo desde la primera tarde que esta niña iba a ser distinta.

No por nada que Sara dijera o hiciera. Por lo contrario: por lo que no decía, por la manera en que se sentaba a mirar las montañas por la ventana con una concentración que no era propia de una niña de seis años, como si ya hubiera aprendido, en una sola noche, que había preguntas que era mejor no hacer en voz alta.

Se sentó en la silla que había junto a la cama sin preguntar si podía. Eso lo había aprendido hace años. Preguntar convierte el gesto en algo que puede rechazarse, y lo que necesitan esos niños no es que les pregunten sino que alguien simplemente esté.

Están en un sitio donde están bien, le dijo aquella primera tarde. Pero ahora mismo no pueden venir.

Era la verdad dicha de la única manera que podía decirse en ese momento. No toda la verdad, porque toda la verdad de golpe a una

niña de seis años no es compasión sino crueldad. Pero tampoco una mentira. Nunca una mentira. Eso lo tenía claro desde el principio.

Ángela volvió al día siguiente.

Y el siguiente. Y el siguiente.

No porque el protocolo lo exigiera exactamente así. Sino porque había algo en esa niña que no le permitía no volver. Eso le pasaba a veces, después de once años. Raramente, pero le pasaba. Un caso que se te metía por algún sitio que no habías dejado abierto y que ya no podías cerrar del todo aunque quisieras.

Sara Villalba era uno de esos casos.

No lo analizó demasiado. Aprendió hace tiempo que analizar en exceso por qué te importa un caso más que otro no lleva a ningún sitio útil. Lo que importa es estar presente.

Ángela le había enseñado juegos de cartas que su madre le había enseñado a ella de niña, juegos sencillos con nombres que ya nadie recordaba. Sara aprendía rápido y ganaba a menudo y cuando ganaba ponía la cara de quien no quiere que se note que le alegra ganar, y se le notaba igual.

Hablaron de las montañas.

De lo que se veía por la ventana. De los nombres de las cumbres que Ángela no sabía del todo pero que intentaba inventarse con suficiente convicción para que parecieran reales. Sara escuchaba con la misma seriedad con la que se guardan las frases importantes de las personas que quieres, por si acaso.

Por si acaso.

Ángela sabía lo que significaba ese por si acaso aunque Sara no lo supiera todavía.

La última tarde, antes de que el sistema tomara el control y los expedientes y los tutores y todo lo que venía después, Ángela se quedó sola en la habitación mientras Sara dormía.

Había algo que había estado pensando hacer desde hacía días. Algo que no estaba en ningún protocolo ni en ningún manual. Algo que era solo suyo, una decisión pequeña y silenciosa que nadie le había pedido que tomara.

Fue a buscar aguja e hilo.

Trabajó despacio, con cuidado. Tocaba algo que no debía romperse, y lo sabía. Guardó dentro de Pipo algo que estaba segura de que Sara iba a necesitar algún día. Algo que le daría fuerza cuando llegara el momento. Algo que nadie podría quitarle aunque le quitaran todo lo demás.

Cosió la abertura.

Luego giró el conejo y lo miró.

Lo dejó en su sitio y salió de la habitación sin hacer ruido para no despertar a la niña.

Ángela siguió en servicios sociales diecisiete años más.

Siguió sentándose sin preguntar. Siguió aprendiendo los nombres de las montañas inventadas. Siguió volviendo al día siguiente cuando algo no le permitía no volver.

Hubo otros casos. Niños que se quedaban dentro de alguna manera aunque los soltaras. Los llevaba con ella, no con dolor sino con una presencia discreta, de las cosas que forman parte de ti sin que hayas decidido que así fuera.

No supo nunca si aquello que había guardado dentro de Pipo llegó a encontrarse. Si Sara lo encontró cuando lo necesitaba. Si le dio la fuerza que ella pensaba que le daría.

Hay cosas que se hacen sin saber si sirven de algo.

Se hacen de todas formas.

CAPÍTULO 17

Sara. Huesca y alrededores, 1996-2002

Sara tuvo tres casas antes de la de Carmen.

La primera duró ocho meses, en un piso de las afueras de Huesca con una pareja mayor que ya había criado a sus propios hijos y que se ofrecieron por generosidad más que por instinto. Eran buena gente. No sabían qué hacer con una niña que no lloraba.

Porque eso era lo que desconcertaba a todo el mundo: Sara no lloraba. No en los momentos en que se suponía que tenía que llorar, no delante de nadie, no cuando le preguntaban si estaba bien y ella decía que sí con esa seriedad de adulta pequeña que Ángela ya había visto en el hospital y que nadie más supo leer después. Lloraba sola, de noche, con la cara metida en la almohada para que nadie la oyera. Eso no lo sabía nadie. Ni siquiera Ángela lo supo hasta mucho después.

La pareja de Huesca lo intentó. Pero criar a una niña que sonrío cuando le preguntas si está triste no es algo para lo que nadie se prepara, y a los ocho meses pidieron, con mucha delicadeza y mucha culpa, que la trasladaran a otro sitio, porque temían no estar haciéndolo bien y una niña como Sara merecía a alguien que supiera hacerlo mejor que ellos.

La segunda casa duró un año y medio. Una familia numerosa en un pueblo cerca de Barbastro, cinco hijos propios y Sara la sexta, en una casa donde siempre había ruido y siempre había alguien pero donde Sara aprendió, sin que nadie se lo enseñara, a ocupar el menor espacio posible. A comer rápido. A no pedir nunca la última ración. Se fue de esa casa sin que nadie hiciera nada mal, exactamente. Solo que al padre le salió un trabajo en Cantabria, fuera de Aragón, y un acogimiento no viaja de una comunidad a otra con la misma facilidad que una familia. El expediente se quedó donde estaba. Sara también.

La tercera casa duró cuatro meses y no merece más que esa frase.

Después de la tercera casa, el sistema dejó de intentarlo con familias durante un tiempo. Sara pasó tres años y medio en un centro de menores en las afueras de Huesca, un edificio de ladrillo con demasiados niños y muy pocos adultos para tantos niños, donde

terminó de aprender la lección que ya había empezado antes: que no pedir nada era la manera más segura de que nadie te decepcionara.

Ángela ya no llevaba el caso para entonces. Había pasado a otros expedientes, otros niños... Pero había una cosa que hacía siempre, sin que nadie se lo pidiera y sin decírselo a nadie: una vez al año pedía el expediente de Sara Villalba y lo leía entero, de arriba abajo, como quien revisa una herida que ya debería haber cicatrizado y no lo ha hecho del todo.

Le tocó leerlo en primavera aquel año, el año en que Sara estaba a punto de cumplir doce. Y esta vez el expediente traía una novedad: después de tres años y medio en el centro, alguien había propuesto intentarlo otra vez con una familia.

Ángela leyó el informe dos veces.

Una funcionaria nueva, sin conocer el caso, había escrito que la menor presenta dificultades de vinculación y que sería recomendable valorar un entorno con mayor experiencia en gestión emocional. Ángela conocía ese lenguaje. Lo había escrito ella misma cientos de veces. Sabía exactamente lo que significaba y lo que no decía: que nadie había sabido ver que una niña que no llora no es una niña sin vínculos. Es una niña que aprendió, una sola noche de agosto, que llorar no traía de vuelta a nadie.

Cerró el expediente.

Cogió el teléfono.

Carmen no trabajaba en servicios sociales. Nunca lo había hecho. Era profesora de instituto, daba matemáticas, y había acogido a dos adolescentes antes, ninguno de los dos con un final feliz del todo, pero los dos mejor de lo que habrían estado sin ella, que era la única medida con la que Carmen aceptaba juzgarse a sí misma.

Se conocían de una formación de acogimiento, años atrás. Habían coincidido en un curso de fin de semana en Huesca, se habían sentado juntas por casualidad, y algo en la manera directa que tenía Carmen de hacer preguntas, sin rodeos, sin ese tono compasivo que Ángela llevaba treinta años aprendiendo a desconfiar, le había hecho guardar su número.

Tengo una niña, dijo Ángela cuando Carmen descolgó. Once años. No es mi caso, ya no lo llevo, pero he leído su expediente todos

los agostos desde que tenía seis y sé algo de ella que nadie más parece saber.

¿Qué?

Que no necesita que nadie le pida que hable. Necesita a alguien que se quede aunque no hable.

Carmen no dijo nada durante un momento.

¿Por qué me llamas a mí?

Porque tú no me preguntaste nunca por qué quería acoger, dijo Ángela. Solo preguntaste qué necesitaban ellos.

Sara llegó a casa de Carmen un sábado de septiembre, recién cumplidos los doce años, con una maleta pequeña y Pipo metido dentro, y con esa expresión que Carmen reconocería después, muchas veces, en los años siguientes: la cara de alguien que ha aprendido a no esperar que las cosas duren.

Carmen no le preguntó cómo se sentía.

Le preguntó si tenía hambre, le enseñó su habitación, le dijo que la puerta se quedaba abierta si ella quería y cerrada si prefería eso, y luego la dejó sola el tiempo que hiciera falta.

Sara se sentó en la cama nueva con Pipo en el regazo.

No lloró.

Pero por primera vez en cinco años, no sintió la necesidad de fingir que estaba bien delante de nadie. Y eso, aunque tardó mucho en poder nombrarlo, fue el principio de algo que se parecía, por fin, a quedarse.

CAPÍTULO 18

Sara. Zaragoza, septiembre de 2008

El piso tenía las paredes color crema y olía a humedad y a los años de otros.

Sara lo había visitado tres veces antes de firmarlo. La primera con la señora de la inmobiliaria, que hablaba sin parar de la luminosidad y de la reforma reciente y que señalaba cosas con un bolígrafo como si eso hiciera que parecieran mejores de lo que eran. La segunda sola, con la excusa de medirlo pero en realidad para quedarse quieta en el centro del salón vacío y escuchar si el silencio de ese sitio era soportable. La tercera con Carmen, su madre adoptiva, que dijo que el barrio era bueno y que el casero parecía serio y que si necesitaba algo ya sabía dónde estaban.

Lo había firmado esa misma tarde.

Tenía dieciocho años y doscientos euros en la cuenta y un contrato de camarera en un bar de tapas del centro que pagaba seiscientos al mes en negro y que le dejaba las tardes libres para ir a la universidad, que era lo que importaba.

Periodismo. Había tardado cuatro años en decidirlo y luego un momento en estar segura.

Llevó sus cosas en dos viajes. La primera vez en el coche de Carmen, que no dijo nada pero que metió en el maletero una caja con sábanas y toallas y un juego de sartenes que Sara no había pedido y que fueron lo primero que desempacó cuando llegó porque era lo más concreto que tenía. La segunda vez sola, en el autobús, con una mochila y una bolsa grande de tela.

En la mochila iba Pipo.

No lo había pensado mucho. Lo cogió de la estantería de su habitación en casa de Carmen con ese gesto automático de quien recoge algo que siempre está en el mismo sitio y que nunca se plantea dejar atrás. Pipo llevaba en esa estantería seis años, desde que Sara había llegado a esa casa con doce. Antes de esa estantería había pasado por una balda metálica en el centro de menores; antes de eso, por las estanterías de tres casas de acogida distintas que no

llegaron a funcionar, y antes de todo eso, por el hospital de Jaca, con la oreja húmeda y el olor raro.

Siempre había estado.

Lo puso en la estantería del salón del piso nuevo, en el segundo estante desde arriba, y se quedó mirándolo un momento.

Esa noche durmió en el suelo del salón porque la cama todavía no había llegado, con el saco de dormir que le había prestado una compañera del instituto y la ventana entreabierta porque el piso olía demasiado a cerrado. Por la ventana entraba el ruido de Zaragoza, los coches, alguna voz lejana, el sonido de una ciudad que no dormía del todo nunca.

No durmió bien.

No era el suelo ni el ruido. Era otra cosa. Esa sensación extraña de estar en un sitio que todavía no era suyo del todo, de estar entre dos mundos, el que había dejado y el que todavía no había empezado.

A las tres de la mañana se levantó y fue al salón y se sentó en el suelo frente a la estantería vacía donde solo estaba Pipo. La luz de la calle entraba por la ventana y lo iluminaba de lado, débil, esa claridad de las noches de ciudad que nunca son del todo oscuras.

Sara lo miró durante un rato.

Pensó en la noche de la riada. En el árbol. En las manos del niño sujetándola en la oscuridad. Pensó en el hospital de Jaca y en Ángela y en las cartas que jugaban por las tardes y en las montañas que se veían por la ventana. Pensó en sus padres, que no habían llegado a ver ese piso ni ese barrio ni esa ciudad ni ninguna de las cosas que ella había hecho en doce años.

Pensó en todo eso con la calma extraña de las tres de la mañana, cuando las cosas pesan de otra manera, más honesta, sin los disimulos del día.

Luego se levantó, fue a la cocina, se hizo una manzanilla con el hornillo y los cacharros de Carmen, y volvió al saco de dormir.

A las siete sonó el despertador.

Se levantó. Se duchó en el baño que olía a humedad y a los años de otros. Se hizo un café. Metió los libros en la mochila.

Primer día de universidad.

Antes de salir se paró un momento en la puerta del salón y miró a Pipo en la estantería.

Ya estamos, dijo en voz baja.

No era para nadie. O quizás era para todos. Para el niño del árbol que nunca volvió. Para Ángela que volvía todos los días. Para Miguel y María Villalba que habían repasado una lista tres veces antes de irse de vacaciones y que merecían haber vuelto.

Cerró la puerta del piso.

Bajó las escaleras.

Salió a la calle.

Zaragoza en septiembre a las ocho de la mañana, con la luz de final de verano: todavía calor, pero ya avisando de que no iba a durar. Sara caminó hacia la parada del autobús con la mochila al hombro y los libros dentro y la cabeza mirando hacia delante.

Había cosas que no podía cambiar.

Pero había otras que sí.

CAPÍTULO 19

Solana y Rozada. Huesca, agosto de 1996

El despacho de Rozada daba al patio interior de la Diputación y en agosto el patio estaba vacío y silencioso y eso era lo único bueno que tenía reunirse allí en pleno mes de agosto cuando todo el mundo estaba de vacaciones o fingía estarlo.

Ramón Solana cerró la puerta él mismo antes de sentarse.

Ignacio Rozada, presidente de la Diputación Provincial de Huesca, estaba detrás de su mesa con una expresión que llevaba tres días perfeccionando. La expresión de alguien consternado pero sereno. De alguien que lamenta profundamente lo ocurrido y está volcado en la gestión de la tragedia. La había practicado para las cámaras y le había salido bien. Los periódicos hablaban de su implicación personal, de su presencia en la zona, de las lágrimas que según algunos testigos se le habían visto en los ojos durante la visita oficial al lugar.

Solana no había llorado.

¿Cuántos muertos?, dijo Solana sentándose.

Setenta y dos confirmados, dijo Rozada. Puede llegar a ochenta.

Solana asintió. Miró sus manos sobre la mesa.

El informe del 93, dijo.

Localizado y retirado del archivo general la semana pasada. Rozada habló sin inflexión, como quien lee una lista de la compra. Queda una copia en el archivo técnico de la sección de urbanismo pero está clasificada y el acceso está restringido.

¿Castán?

Castán no va a hablar.

¿Estás seguro?

Rozada lo miró por primera vez desde que Solana había entrado.

Le hemos dejado claro lo que está en juego, dijo. Para todos.

Solana se levantó y fue a la ventana. El patio vacío, las macetas con geranios que nadie había regado en días, el calor quieto de agosto aplastando todo.

Había tomado la decisión en 1994 con la información que tenía. O con la información que había querido tener, que no era exactamente

lo mismo pero que en ese momento le había parecido suficiente. El camping generaba empleo, generaba turismo, generaba dinero que llegaba a la comarca y a los bolsillos correctos. El informe de Castán era la opinión de un técnico cauteloso, uno de esos funcionarios que siempre encuentran un motivo para decir que no.

Así se lo había dicho a sí mismo en 1994.

Así intentaba seguir diciéndoselo en agosto de 1996.

Cada vez le costaba más.

Va a haber investigación, dijo sin girarse.

Va a haberla, dijo Rozada. Y va a llegar hasta donde tiene que llegar y no más. Tenemos a las personas adecuadas en los lugares adecuados.

¿Y las familias?

Las familias quieren respuestas y las familias van a recibir respuestas. Las respuestas correctas.

Solana se giró.

Rozada tenía en ese momento una expresión que Solana conocía bien porque la había visto en espejos. La expresión de alguien que ha tomado una decisión irreversible y ha decidido que la única manera de vivir con ella es no mirarla directamente. Como se mira el sol. De lado, con cuidado, el tiempo justo.

Nadie puede saber que el informe existió, dijo Solana.

Nadie lo va a saber, dijo Rozada.

Solana cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

Hay una cosa más, dijo Rozada sin moverse de detrás de su mesa.

Solana esperó.

El viudo. El del bebé. Ha salido en todos los periódicos. Un hombre joven, sin familia ya, sin nada que perder y con más tiempo por delante que cualquiera de los demás para hacer las preguntas que no le convienen a nadie. Si alguien empieza a hacer preguntas en algún momento...

Lo tengo localizado, dijo Solana. De momento no hace falta nada más que eso. Saber dónde está.

Rozada le miró.

¿Y si se hunde y empieza a moverse?

La gente que se hunde no se mueve, dijo Solana. Se hunde. Si en algún momento hace falta hacer algo más, lo haré. Pero todavía no.

Rozada no dijo nada durante un momento.

¿Y si algún día conecta los puntos?

Para entonces ya sabré qué hacer con él, dijo Solana. Es un hombre solo y sin nada. Esa clase de hombres se pueden moldear cuando llega el momento.

En algún hospital de Jaca había supervivientes. Había leído algo en los periódicos, niños rescatados, familias rotas. No había leído los nombres. Había decidido no leer los nombres.

Salió del despacho sin decir nada más.

En el pasillo el aire acondicionado zumbaba con ese zumbido constante de las instituciones, ese sonido de fondo que lleva décadas siendo el mismo y que nadie escucha ya porque forma parte del silencio.

Ramón Solana bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo, salió a la calle y se puso las gafas de sol.

Afuera hacía un calor brutal.

CAPÍTULO 20

Luis Ferrer Ara. Huesca, octubre de 1994

Luis Ferrer Ara tardó tres días en decidir que no iba a firmar la versión que le pedían.

No era una decisión fácil. Tenía treinta y ocho años, un contrato en la Diputación Provincial que pagaba bien para ser funcionario, una hipoteca a veinte años sobre un piso de setenta metros en el centro de Huesca, y una hija de cuatro años que se llamaba Elena y que llevaba dos semanas con una otitis que no terminaba de curarse y que cada vez que lloraba por las noches le recordaba para qué trabajaba exactamente.

Un año antes había estado en el valle del Gállego. Había medido el terreno, había analizado los datos de crecida histórica del Arás, había consultado los registros de la Confederación Hidrográfica y había leído tres estudios geológicos sobre la zona. Y había escrito en su informe, con la claridad que le permitía ser técnico y no político, que el terreno propuesto para el camping Las Nieves estaba en zona de riesgo de inundación severa y que no era apto para uso recreativo permanente.

No apto.

Dos palabras. Las más claras que sabía escribir. Fermín Castán, su jefe de servicio, lo había firmado sin dudarlo.

La llamada llegó un año después, una mañana. Un número que no reconoció. Una voz que sí reconoció, aunque solo la había oído dos veces en reuniones de departamento. Ramón Solana. El jefe del área. El hombre que firmaba por encima de él.

Luis, dijo Solana. Sin apellido. Como si se conocieran de toda la vida. ¿Tienes un momento?

No era una pregunta.

Se vieron en un bar del casco antiguo de Huesca, lejos de la Diputación. Solana llegó puntual, con ese traje gris suyo que siempre parecía recién planchado, y pidió un café con una naturalidad de hombre que sabe que en cualquier sitio al que entra le van a atender bien.

He leído tu informe, dijo.

Es lo que hay, dijo Luis.

Es lo que tú has visto, dijo Solana. Hay otras maneras de ver las mismas cosas.

Luis miró su café.

Los datos son los datos, dijo.

Los datos son interpretaciones, dijo Solana. Sonrió. Era una sonrisa tranquila, sin amenaza visible, la sonrisa de alguien que lleva años teniendo razón en todas las conversaciones. Mira, Luis. Hay un proyecto importante para la comarca. Empleo, turismo, desarrollo. Gente que lleva años esperando que alguien apueste por esta zona. El camping es el primero de varios proyectos. Si sale bien abre una puerta que lleva décadas cerrada.

Y si sale mal, dijo Luis, alguien puede morir.

Solana no cambió la expresión.

El Arás no ha tenido una crecida significativa en cuarenta años, dijo.

Precisamente por eso, dijo Luis. Los ríos de montaña no avisan. Cuando llevan décadas sin crecida el cauce se olvida y la gente construye encima. Eso es exactamente lo que dice mi informe.

Solana lo miró durante un momento. Luego bebió su café despacio.

¿Cuánto llevas en la Diputación?, preguntó.

Nueve años.

¿Y tu contrato?

Luis sintió algo frío moverse en su estómago.

Es indefinido, dijo.

Los contratos indefinidos tienen cláusulas, dijo Solana. Lo dijo sin inflexión, como un hecho administrativo, sin levantar la voz. Y los departamentos tienen presupuestos que se revisan cada año. No te estoy amenazando, Luis. Te estoy explicando cómo funcionan las cosas.

Luis miró la mesa. El mantel de papel. El azucarero de plástico. Las cosas pequeñas y concretas del mundo real que siguieron siendo exactamente lo que eran mientras algo cambiaba en el aire del bar.

Necesito que lo revises, dijo Solana. Que le eches otro vistazo con calma. A veces los mismos datos dan para más de una lectura.

Mi opinión no es una opinión, dijo Luis. Es un análisis.

Todo análisis tiene un margen de interpretación. Solana se levantó. Dejó un billete en la mesa sin mirar cuánto era. Piénsalo.

Tienes hasta el viernes.

Se fue sin darle la mano.

Luis se quedó en el bar hasta que el camarero le preguntó si quería algo más. Dijo que no. Pagó su café aunque Solana había dejado dinero de sobra en la mesa y salió a la calle.

Esa noche Elena durmió bien por primera vez en dos semanas. Luis estuvo sentado en el borde de su cama mirándola durante un rato después de que se quedara dormida. Cuatro años. Los dientes de leche. El pelo rizado que había heredado de su madre. La manera en que apretaba los puños incluso durmiendo, como si estuviera sujetando algo importante.

El viernes llamó a Solana.

Le dijo que no iba a cambiar el informe.

Hubo un silencio al otro lado.

De acuerdo, dijo Solana. Su voz no había cambiado nada. Gracias por llamar, Luis.

Colgó.

Durante tres semanas no pasó nada. Luis siguió yendo a trabajar, siguió haciendo sus informes, siguió recogiendo a Elena en el colegio los miércoles y los viernes que le correspondían. Pensó que quizás se había equivocado sobre Solana. Que quizás era más pragmático que amenazante. Que quizás las cosas eran más simples de lo que parecían.

El 19 de octubre llegó al trabajo y su tarjeta no abrió el torniquete de entrada.

Fue a recepción. La chica de recepción le miró incómoda, con la cara de quien sabe algo que preferiría no saber y le dijo que esperara un momento. Vino un hombre de recursos humanos al que Luis no había visto nunca con una carpeta fina y una expresión que era básicamente una disculpa preventiva.

Le explicaron que su contrato había sido rescindido por causas organizativas. Que tenían treinta días para abonarle la liquidación. Que podía recoger sus cosas del despacho acompañado de un responsable de seguridad.

Luis escuchó todo sin decir nada.

Luego preguntó si podía usar el teléfono para llamar a un abogado.

Le dijeron que podía usar su móvil en la calle.

Salió a la calle. Sacó el móvil. Lo miró durante un momento sin llamar a nadie.

Luego llamó a Castán.

Fermín Castán era la única persona que podía entender exactamente lo que había en juego: el técnico que un año antes había firmado su propio informe, con la misma conclusión, y que llevaba desde entonces esperando a ver qué pasaba con la suya. Cogió al segundo tono y escuchó en silencio mientras Luis le contaba lo que había pasado. Cuando Luis terminó hubo un silencio largo.

Luis, dijo Castán.

Lo sé, dijo Luis.

Tienen personas en todos los sitios.

Lo sé.

Si vas a un abogado necesitas pruebas. Y las pruebas están en el archivo de la Diputación.

Lo sé, dijo Luis por tercera vez. Por eso te llamo. Necesito que saques una copia del informe antes de que lo hagan desaparecer.

Un silencio distinto.

Fermín.

Tengo una hija, dijo Castán. Su voz había bajado de tono. Tiene dieciséis años.

Luis cerró los ojos.

Yo también tengo una hija, dijo. Tiene cuatro.

Otro silencio.

Dame unos días, dijo Castán.

No tenemos días, dijo Luis. Si no actúa antes del viernes ese informe desaparece.

No hubo respuesta.

Luis miró la fachada de la Diputación Provincial desde la acera de enfrente. El edificio de piedra gris, las ventanas con las persianas reguladas, la bandera de Aragón moviéndose despacio en la terraza.

Nueve años.

Llamó a su abogado desde la calle. Le explicó la situación. El abogado le dijo que sin el informe original o una copia certificada era muy difícil demostrar nada. Que los despidos por causas organizativas eran legalmente complicados de combatir. Que necesitaba tiempo para estudiar el caso.

Luis le dijo que tenía hasta el viernes.

El abogado le dijo que eso no era tiempo suficiente.

Luis colgó.

Esa tarde recogió a Elena en el colegio como cada miércoles. Ella venía con un dibujo que había hecho en clase, un dibujo de una casa con un árbol y un sol enorme naranja. Se lo enseñó en cuanto le vio.

Somos nosotros, dijo señalando dos figuras junto a la casa. Tú y yo.

Luis miró el dibujo.

¿Y el árbol?, preguntó.

El árbol es para subirse, dijo Elena. Como si fuera obvio.

Luis dobló el dibujo con cuidado y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Una semana después desapareció.

No hubo señales de violencia en su piso. No hubo testigos. No hubo cuerpo. Solo un hombre de treinta y ocho años que un miércoles por la mañana salió de su casa con las llaves del coche y no volvió.

La Guardia Civil abrió un expediente de persona desaparecida. Lo investigaron durante seis meses. Luego lo archivaron.

El camping Las Nieves abrió en febrero de 1995.

En agosto de 1996 el Arás se llevó todo lo que había en su orilla.

CAPÍTULO 21

Solana. Zaragoza, octubre de 2026

El despacho de Ramón Solana ocupaba la planta entera de un edificio de cristal y piedra en el Paseo de la Independencia de Zaragoza, con vistas al Ebro por un lado y a la Basílica del Pilar por el otro.

Lo había elegido él mismo cuando construyó el edificio en 2008. No por vanidad, aunque la vanidad también estaba, sino porque había aprendido muy pronto que los espacios dicen cosas de quien los ocupa antes de que esa persona abra la boca. Un despacho así decía llegué, decía me quedé, decía no me voy a ningún sitio.

Tenía setenta y un años y el aspecto de alguien que había cuidado bien lo que tenía. No alto pero sí erguido, con ese porte de los hombres que nunca han tenido que disculparse por ocupar espacio. El pelo completamente blanco desde los cincuenta, lo que en su caso había resultado ser una ventaja porque le daba una autoridad que el pelo oscuro no habría dado. Manos cuidadas. Traje gris oscuro de corte italiano. Un reloj discreto y caro en la muñeca izquierda.

Esa mañana estaba mirando el Ebro cuando sonó el teléfono.

Era Javier Bernal.

Bernal era la clase de persona que no aparece en ningún organigrama pero sin la cual ciertos organigramas no funcionan. Llevaba diecisiete años resolviendo los problemas de Solana que no podían resolverse por los canales habituales. Era discreto, eficiente y caro, y las tres cosas eran igual de importantes.

¿Lo de Castán está resuelto? dijo Solana mientras seguía mirando el Ebro.

Castán ya no es un problema, dijo Bernal.

Solana cerró los ojos un momento. Setenta y cuatro años. Un hombre solo en un piso de Jaca con una conciencia que no había sabido callar hasta el final.

La periodista, continuó Bernal. Está en Jaca. Fue a ver a Castán y lo encontró muerto. La Guardia Civil la interrogó brevemente, declaró que iba a hacerle una entrevista profesional. Se lo creyeron.

¿Y cómo...?

Suicidio, dijo Bernal de forma tajante. Nadie va a ponerlo en duda.

Solana se giró despacio y fue a sentarse detrás de su mesa. La mesa era de nogal, grande, con pocos papeles encima porque Solana había aprendido hace décadas que los papeles son rastros y los rastros son problemas.

¿Y tu hermano, Eusebio?, dijo Solana.

Eusebio. Bernal habló sin ninguna inflexión, como si el nombre no le costara nada, aunque compartiera apellido con él. Fui a verlo hace unos días. Le di un nombre. Mariano Lasierra, Cádiz. Eusebio se lo dijo a Villalba, se lo tragó y se fue.

¿Seguro?

Seguro.

Solana asintió, satisfecho.

No sabía, y Bernal tampoco, que Eusebio se había llevado un dedo a la oreja mientras mentía, ni que la periodista había salido de aquella cocina sabiendo exactamente lo contrario de lo que le habían enviado a creer.

Solana juntó las manos sobre la mesa. Miró sus nudillos, la piel algo manchada ya de la edad, las venas más marcadas de lo que eran hace diez años.

Treinta y dos años. Había pasado treinta y dos años construyendo encima de aquella decisión de 1994. El grupo hotelero con cuatro complejos en los Pirineos aragoneses. La fundación que llevaba su nombre y que financiaba becas de desarrollo rural en la montaña, que era una ironía que había aprendido a no mirar. Las fotos con presidentes de comunidad, con ministros, con el rey en una ocasión. El nombre limpio. La vida respetable.

Y ahora una periodista de un medio pequeño de Huesca tirando de un hilo que llevaba más de treinta años enterrado.

Otra cosa, dijo Bernal. Hay un hombre con ella ahora. Su redactor jefe. Marcos Allué. No se separa de ella.

¿Cuánto sabe él?

Lo que ella le haya contado.

Solana asintió despacio.

Quiero saber todo lo que hace, dijo. Dónde va, con quién habla, qué busca. Todo.

Entendido.

Y Bernal.

¿Sí?

Discreción. Nada que llame la atención. Todavía.

La línea se cortó.

Castán había sido fácil. Un hombre mayor, solo, sin nadie que se extrañara si dejaba de contestar al teléfono durante un par de días.

Villalba no era así. Tenía un redactor jefe que ya no se apartaba de su lado, ni de día ni de noche, alguien que sabría en minutos si dejaba de contestar al teléfono. Deshacerse de alguien así no era lo mismo que deshacerse de un hombre al que nadie iba a buscar hasta pasados los días. Todavía no, se dijo. En su debido momento.

Pensó en la pregunta que Roberto le había hecho la noche anterior. ¿Hay alguien más trabajando en esto además de mí? La había despachado con una frase, pero la pregunta se le había quedado dentro más de lo que esperaba.

Roberto estaba empezando a ver. Después de veintiocho años de no mirar, Roberto estaba empezando a mirar.

Eso era un problema que Bernal no podía resolver. Roberto no era Castán. Roberto no era Ferrer Ara. Roberto era otra cosa completamente. Alguien que sabía demasiado desde hacía demasiado tiempo y que si decidía hablar podía hacer más daño que cualquier periodista. Pero Roberto se lo debía todo, no podía fallarle.

Se quedó un momento quieto mirando la Basílica del Pilar a través del cristal. Llevaba décadas mirando esa cúpula desde ese despacho y nunca había encontrado en ella nada parecido al consuelo que se suponía que debía ofrecer. Pero era parte del paisaje y los paisajes se vuelven invisibles con el tiempo.

Como ciertas cosas.

Como ciertos nombres en ciertos expedientes.

Como el sonido de un río creciendo en la oscuridad de agosto.

Se levantó, fue a la ventana, y llamó a su secretaria para cancelar la reunión de las doce.

Necesitaba pensar.

CAPÍTULO 22

Sara y Marcos. Jaca, octubre de 2026

Marcos había conseguido dos habitaciones contiguas en un hotel pequeño de la calle Mayor, dos plantas de piedra oscura y una recepcionista que les miró con la discreción de quien ha visto muchas cosas y no pregunta por ninguna.

Sara no había dormido.

Lo había intentado, que era lo que Marcos le había dicho que hiciera, pero su cabeza tenía otros planes. Había pasado la noche en la silla junto a la ventana de su habitación con el portátil encima y el archivo de documentos que llevaba años construyendo abierto en la pantalla. Buscando. Conectando. Tirando de hilos que llevaban a otros hilos.

A las siete de la mañana llamó a la puerta de Marcos.

Él abrió en treinta segundos, completamente vestido, con el café ya hecho en la cafetera de la habitación. Sara le miró.

¿Has dormido?, preguntó.

Algo, dijo él. ¿Tú?

No.

Ya.

Le pasó una taza y se sentaron los dos en las sillas junto a la ventana. Afuera la calle Mayor de Jaca empezaba a despertar despacio, los primeros comercios abriendo, alguien barriendo la acera, el frío de octubre pegado todavía a los soportales de piedra.

Lo que me pediste anoche, dijo Marcos. Roberto Díaz.

Sara dejó la taza en la mesa.

¿Qué tienes?

Empleado del Grupo Solana desde 1998, dijo Marcos. Dos años después de la riada. Lleva casi treinta años trabajando para Ramón Solana. Hombre de confianza, según varias fuentes del sector. Sin antecedentes, sin conflictos registrados. Una vida entera construida dentro de esa empresa desde los veinticuatro años.

Sara no dijo nada durante un momento.

Desde los veinticuatro, dijo finalmente.

Sí.

Perdió a su mujer y a su hijo en la riada con veintidós años, dijo Sara. Y dos años después, sin trabajo y sin nada, Solana le dio trabajo.

Sí.

Los dos se quedaron en silencio con eso un momento. Por la ventana un comerciante subía la persiana de la panadería de enfrente con ese ruido metálico que se repite cada mañana en todas las calles del mundo sin que nadie le preste atención.

No creo que Roberto sepa todo, dijo Sara.

Marcos la miró.

¿Por qué?

Porque si lo supiera no habría podido hacer lo que ha hecho. Hay personas que pueden vivir con eso y personas que no pueden. Roberto es de las que no pueden. Lo sé porque lo he visto en su cara cada vez que hablaba de su mujer y de su hijo.

¿Y eso cambia algo?

Sara pensó en eso durante un momento.

Cambia lo que hago ahora, dijo.

Se quedó mirando la pantalla apagada un momento antes de decidirse.

CAPÍTULO 23

Sara. Jaca, octubre de 2026

Salió al pasillo del hotel para hacer la llamada.

Roberto contestó al tercer tono, con esa voz todavía espesa de quien acaba de despertarse.

Sara. ¿Qué pasa?

Nada malo, dijo ella. O eso espero. ¿Tienes un minuto?

Claro.

Sara se apoyó en la pared del pasillo, buscando el tono correcto, el que no sonara a lo que en realidad era.

Llevamos ya unas semanas hablando, dijo. Y me he dado cuenta de que yo te he contado muchas cosas. Lo de mi hermano. Lo del camping. Cosas que no le cuento a casi nadie. Y tú me has escuchado siempre, pero nunca me has contado mucho de ti.

Roberto no dijo nada durante un momento.

¿A qué viene esto?

A que los dos perdimos a gente esa noche, dijo Sara. Y llevas casi treinta años trabajando para el hombre que dirigía la Diputación cuando se autorizó el camping. Eso no es una pregunta con trampa, Roberto. Es solo que me gustaría entenderlo. Entenderte a ti.

El silencio que siguió fue distinto a los demás. Más largo. Más incómodo.

Solana me dio trabajo cuando no tenía nada, dijo Roberto al fin. Eso es lo único que puedo decirte con seguridad. El resto... el resto lo he ido dejando de mirar durante mucho tiempo.

¿Y ahora?

Ahora ya no puedo dejar de mirarlo. Roberto soltó el aire despacio, como si llevara aguantándolo desde hacía días. Sara, fue Solana quién firmó la autorización del camping. Lo firmó él mismo, con su propio cargo, en el 94. Nunca hablamos de eso. Nunca. Y llevo treinta años sin preguntarme por qué.

Sara cerró los ojos un momento, dejando que la confirmación se asentara.

Hay alguien más, dijo Roberto entonces, casi en voz baja, como si decirlo más alto lo hiciera más real. Ignacio Rozada. Fue socio en

los primeros años. Todavía se ven, aunque Solana nunca lo menciona delante de nadie, pero yo sí lo sé.

¿Por qué me cuentas esto ahora, Roberto?

La pregunta se quedó en el aire más tiempo del que Sara esperaba.

Porque me lo has preguntado como una persona, dijo al final. Y hacía mucho que nadie me preguntaba nada así.

Colgó antes de que Sara pudiera decir nada más.

Se quedó de pie en el pasillo, con el teléfono todavía caliente contra la oreja. No sabía si acababa de ganar un aliado o si Roberto, en cuanto colgara, iba a hacer la otra llamada, la que llevaba casi treinta años sabiendo hacer mejor que ninguna otra cosa.

Volvió a la habitación.

Marcos la miró desde la silla junto a la ventana.

¿Todo bien?

Tenemos dos nombres, dijo Sara. Solana y Rozada.

CAPÍTULO 24

Sara y Marcos. Jaca, octubre de 2026

Si Roberto tiene razón, dijo Marcos, tiene que haber algo que lo confirme. Algo que no dependa solo de su palabra.

Empecé a tirar de esto en cuanto recibí el informe del 93, hace tres semanas, dijo Sara. Antes no tenía ningún hilo del que tirar. El informe llevaba el nombre de Ferrer Ara, y desde ahí fui hacia atrás: quién lo despidió, quién firmó la autorización que ignoró lo que él había escrito. Encontré la resolución en la hemeroteca digital del Boletín Oficial de la Provincia hace un par de semanas. Las resoluciones de la Diputación de esos años están todas escaneadas y son de acceso público, aunque nadie las busque nunca. La tenía guardada, esperando a que sirviera de algo.

El camping Las Nieves obtuvo la autorización definitiva de uso recreativo en diciembre de 1994, dos meses después de que Ferrer Ara desapareciera. La resolución no cita ningún informe técnico previo, ni lo adjunta. Lo normal habría sido citarlo, aunque fuera para descartarlo. Aquí no hay nada, como si nunca hubiera existido a efectos oficiales, y la propia resolución declaraba directamente la idoneidad del emplazamiento y autorizaba el uso recreativo permanente, saltándose el trámite que la habría frenado. La firmó el jefe del área de ordenación territorial y turismo de la Diputación Provincial de Huesca. Sara abrió el portátil y le giró la pantalla. Se llama Ramón Solana Vega.

Marcos miró la pantalla. Una resolución administrativa escaneada, con membrete de la Diputación, fecha de diciembre de 1994, y al pie una firma y un nombre mecanografiado.

Ramón Solana Vega, repitió.

Sí. Sara cerró el portátil. Busqué el nombre anoche. Ramón Solana Vega, setenta y un años. Empresario. Fundador y presidente del Grupo Solana, cuatro complejos hoteleros en los Pirineos aragoneses. Sede en Zaragoza, Paseo de la Independencia. Tiene también una fundación que lleva su nombre, becas de desarrollo rural en la montaña.

Marcos la miró.

*Una fundación de desarrollo rural en la montaña, dijo despacio.
Sí.*

El hombre que autorizó un camping en zona de riesgo de inundación tiene una fundación de desarrollo rural en la montaña.

Sí.

Los dos se quedaron en silencio un momento. Por la ventana un gato cruzó la calle Mayor, soberano e indiferente, como son los gatos con las cosas humanas.

¿Cuándo dejó la Diputación?, preguntó Marcos.

En 1998. Dos años después de la riada. Se fue a montar su empresa. El primer hotel lo abrió en 2001, en el valle de Tena. Luego otro en Benasque. Luego dos más. En veinte años construyó un grupo hotelero que factura doce millones al año.

Construido encima de un secreto.

Construido encima de más de ochenta muertos, dijo Sara. Lo dijo sin inflexión, como siempre, pero Marcos vio algo en sus ojos que no era solo la frialdad profesional de siempre.

Se levantó y fue a la ventana.

Luis Ferrer Ara desapareció en octubre del 94, dijo. Dos meses antes de que Solana firmara esa autorización. Cuatro meses antes de que el camping abriera.

¿Crees que Solana tuvo algo que ver?

Creo que Ferrer Ara redactó el informe que decía no apto. Creo que alguien le presionó para que callara y no calló. Y creo que Ramón Solana tenía mucho que perder si ese informe llegaba a manos equivocadas antes de que el camping abriera.

Marcos asintió despacio.

Es una cadena, dijo. Ferrer Ara en el 94. La riada en el 96. Las investigaciones judiciales que no llegaron a ningún sitio. Castán silenciado durante más de treinta años. Y ahora, muerto.

Y yo aquí, dijo Sara.

Y tú aquí. Marcos la miró. ¿Solana sabe quién eres?

Sara pensó en el sobre. En el matasellos de Huesca. En alguien que sabía lo que ella estaba buscando antes de que ella llegara a Castán.

Creo que sí, dijo. Creo que lleva tiempo sabiéndolo.

Entonces sabe que tienes el informe del 93.

Y sabe que ahora tengo su nombre.

El silencio entre los dos duró un momento. La cafetera de Marcos hizo un ruido pequeño al enfriarse.

Necesitamos más, dijo Marcos. Su nombre en una resolución administrativa de 1994 no es suficiente para publicar. Necesitamos conectarlo con Ferrer Ara. Necesitamos demostrar que sabía lo que había en ese informe antes de firmar la autorización.

Lo sé. Sara cogió su taza. Por eso tenemos que ir a Zaragoza.

Marcos la miró.

¿A Zaragoza?

Solana tiene un despacho en el Paseo de la Independencia. Antes de eso, dijo Sara, quiero cerrar lo de Rozada. Confirmé su nombre en el registro mercantil. Socio fundador del Grupo Solana, dinero puesto en el primer hotel en 2001.

Yo tengo el resto, dijo Marcos, sin levantar la vista del portátil. Estaba mirando la hemeroteca mientras hablabas. En 1996 era presidente de la Diputación Provincial de Huesca. No necesitaba comisión de confianza ni despacho cedido para clasificar un archivo. Tenía autoridad de sobra él solo.

Sara le giró su pantalla.

Con esa autoridad, dijo, no hace falta preguntarse mucho quién pudo ordenar que se restringiera el archivo técnico tres semanas después de la riada. Todavía no puedo probarlo con un papel. Pero encaja.

Marcos levantó la vista de la pantalla.

Tiene que ser el que enterró el informe, dijo Marcos despacio. El que lo clasificó para que nadie más pudiera verlo.

El mismo, dijo Sara.

Necesito confirmar todo esto en persona, dijo Marcos. Lo que hemos sacado es de internet, y en internet se equivoca cualquiera. Mañana me acerco al registro y a la hemeroteca a preguntarlo cara a cara, antes de que esto salga publicado con mi firma.

¿Es necesario?

Si alguien me pregunta después cómo lo comprobé, quiero poder decir que hablé con una persona, no que confié en una base de datos.

Marcos se levantó despacio y fue a la ventana. Miró la calle Mayor sin decir nada durante un momento.

No es solo Solana, dijo.

Nunca lo fue, dijo Sara. Es una red. Llevan treinta años protegiéndose mutuamente.

¿Y Castán?

Castán era el eslabón más débil. El único que tenía conciencia. El único que al final no pudo más.

Marcos se giró.

Hay que tener mucho cuidado, Sara.

Lo sé.

No, escúchame. Se acercó a ella. Esto ya no es solo un reportaje. Hay un hombre muerto. Hay un técnico desaparecido hace treinta y dos años. Y hay dos personas con poder y recursos suficientes para haber mantenido todo esto enterrado durante tres décadas. Si saben que estás cerca van a moverse.

Ya se están moviendo, dijo Sara. Por eso tenemos que movernos más rápido que ellos.

Por algo siempre pensé que eras de las mejores periodistas que conozco, dijo Marcos.

No hacía falta que lo dijera. Lo sabía desde el día que la contrató, pero llevaba doce años sin decírselo en voz alta.

Sara no supo qué contestar a eso.

Sabía que le faltaba poco. Lo había sabido desde la noche anterior, sentada junto a la ventana con el archivo abierto delante: que todas las piezas ya estaban sobre la mesa y que solo hacía falta encontrar el orden correcto, las teclas adecuadas, para que el dibujo entero apareciera de golpe. La muerte de Castán, por horrible que fuera, la había empujado en la dirección correcta justo cuando más perdida estaba. El gesto de Eusebio en aquella cocina le había confirmado que alguien la vigilaba. Y ahora Roberto, que llevaba semanas comportándose como un hombre que ya no confiaba del todo en quien le pagaba el sueldo.

Todo junto.

Encajaba.

Sintió algo parecido al vértigo, esa sensación de estar por fin en el sitio correcto después de treinta años dando vueltas alrededor de él sin saberlo.

Marcos debió de ver algo en su cara, porque se acercó y la abrazó, sin decir nada, sin pedir permiso, de esa manera en que se abraza a alguien que ha estado cargando algo demasiado grande y demasiado tiempo sola.

Sara se dejó abrazar.

Fue solo un momento. Pero fue el primero en meses en que no pensó en Solana, ni en Rozada, ni en su hermano, ni en nada que no fuera el calor de otra persona sosteniéndola de pie.

Se separaron despacio.

Ninguno de los dos dijo nada sobre lo que acababa de pasar. Pero algo había cambiado ligeramente en el aire entre ellos, algo que los dos notaron y que los dos decidieron, por ahora, dejar sin nombre.

Marcos la miró durante un momento largo. Luego asintió.

Zaragoza, dijo.

Zaragoza, dijo Sara.

Recogieron en veinte minutos y bajaron a la calle. El frío de Jaca les recibió limpio y directo, ese frío pirenaico de octubre que no avisa. Sara miró hacia el norte, hacia donde las montañas empezaban detrás de los tejados de la ciudad.

Luego entró en el coche.

CAPÍTULO 25

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

Llegaron a Zaragoza a las dos de la tarde.

Marcos la dejó en la puerta de su edificio y ella le dijo que subía un momento a cambiarse y a coger más ropa y que luego quedaban para comer y repasar lo que tenían. Marcos asintió y dijo que la esperaba en el bar de la esquina, llevaban desde el café de la mañana.

Sara subió las escaleras en lugar del ascensor como siempre. Costumbre de años, el ascensor era lento y las escaleras le ayudaban a pensar. Cuatro pisos. En el tercero se cruzó con la vecina del quinto que bajaba con el perro y que le dijo buenas tardes sin mirarla demasiado, eso no había cambiado.

Sacó las llaves.

La puerta estaba cerrada. La cerradura no mostraba señales de fuerza. Todo exactamente como lo había dejado cuatro días antes.

Pero algo no estaba bien.

Lo supo antes de abrir. No era un pensamiento, era una sensación física, algo en el aire del rellano que no cuadraba, como cuando entras en una habitación donde ha habido alguien hace poco aunque ya no esté. Un olor que no era exactamente un olor. Una temperatura que no era exactamente diferente.

Abrió despacio.

Y entonces lo oyó.

Un crujido. Madera, no metal, el sonido concreto del suelo del pasillo cuando alguien pisa el tablón suelto que había junto a la puerta del archivo, ese que ella misma evitaba pisar de noche para no despertarse a sí misma con el ruido. Venía de dentro. De un piso que se suponía vacío.

Sara no entró.

Doce años de oficio le habían enseñado una sola regla útil en momentos así: el instinto no se discute, se obedece primero y se analiza después. Cerró la puerta tan despacio como la había abierto, sin que el pestillo hiciera ruido, y bajó los cuatro pisos de dos en dos, sin pensar en el ascensor, sin pensar en nada que no fuera la calle y

el bar de la esquina donde Marcos la esperaba con dos cafés que todavía no se había bebido.

Marcos la vio llegar y no necesitó preguntar. Se levantó antes de que ella terminara de hablar y los dos subieron juntos, él delante, con ese cuerpo suyo interponiéndose entre ella y la puerta de una manera que no era valentía declarada sino simple costumbre de querer estar primero donde hubiera riesgo. Llamó en voz alta antes de entrar, anunciando que estaban ahí, que eran dos, dando tiempo a quien fuera para irse por donde hubiera entrado antes de tener que enfrentarse a nadie.

Funcionó. O no hizo falta, porque cuando entraron el piso ya estaba vacío.

Sara se quedó un momento en el pasillo con el corazón todavía a destiempo. Pensó, sin querer pensarlo, en lo fácil que habría sido entrar sola, sin avisar, llamando por costumbre, igual que llevaba años entrando sola en ese piso. Y en que la única razón de que ahora mismo estuviera respirando en ese pasillo y no tirada en el suelo del archivo era haber bajado a buscar a Marcos en vez de entrar a comprobarlo ella misma.

El piso estaba en orden. Las luces apagadas, las persianas como las había dejado, la taza del último café todavía en el fregadero. Nada roto, nada volcado, nada fuera de su sitio en la cocina ni en el salón ni en el pasillo.

Fue al archivo.

Se quedó en el marco de la puerta sin encender la luz durante un momento. Luego la encendió.

Las estanterías estaban en orden. Las cajas de cartón en su sitio, las carpetas alineadas, el mapa del valle del Gállego con sus puntos rojos todavía sujeto con chinchetas en la pared del fondo.

Pero el corcho no estaba igual.

Sara lo miró durante un momento largo. Los hilos. Las fotos. Los nombres. Casi todo seguía donde lo había dejado.

Casi.

Había una foto nueva.

Un hombre que ella nunca había visto, clavado en el centro del corcho, con un hilo tendido hasta el nudo donde convergían Castán y el informe del 93. Sin nombre debajo. Sin nota. Solo la cara. Una foto vieja, con las esquinas gastadas, del tipo que se guarda en una carpeta durante décadas antes de volver a salir a la luz.

Alguien había estado en el archivo.

Alguien que sabía lo que hacía. Que había entrado sin forzar la cerradura, había revisado el material con cuidado, había intentado dejarlo todo exactamente como estaba. Casi lo había conseguido.

Sara se quedó quieta en medio del archivo durante un momento. Luego llamó a Marcos, que esperaba en el pasillo, y le señaló el corcho.

Marcos lo estudió.

¿Estás segura?

Esta cara no es mía, dijo Sara. Alguien la ha clavado ahí, con el hilo hasta Castán.

Marcos se acercó a mirarla de cerca.

Una cara nueva, sin nombre, conectada a lo que ya sabemos. Quieren que perdamos días investigando a alguien que no existe.

¿Como con Mariano Lasierra?, dijo Sara.

Marcos negó con la cabeza.

Lasierra existe, dijo. Conseguí su teléfono, me presenté y le hablé de ti. Te conocía por tus artículos de prensa sobre la riada. Y esta vez sí tiene que ver con todo. Trabajó en la Diputación de Huesca en el 93 y en el 94, cerca de Solana. Ni siquiera fue capataz nunca. Eso de Eusebio también era mentira.

¿Haciendo qué?

Todavía no lo sé del todo. Pero dimitió sin dar explicaciones a mediados del 94 y se mudó a Cádiz. Monta un negocio de importación que sigue llevando hoy.

¿Por qué dimitió?

Eso le pregunté. Se quedó callado un momento largo, y luego dijo que había sido una decisión personal, que no tenía nada más que añadir. La misma frase, casi palabra por palabra, tres veces distintas.

Como si se la hubiera aprendido de memoria, dijo Sara.

Eso pensé yo también, dijo Marcos. Pero miré las fechas después de colgar. Dimitió el 24 de octubre de 1994. Cinco días después de que despidieran a Ferrer Ara.

Sara sintió que la pieza encajaba con un chasquido casi audible.

Vio lo que le pasó a Ferrer Ara y se fue antes de que le pasara a él, dijo Sara.

Eso creo, dijo Marcos. Y justo antes de colgar dijo algo que no encajaba con el resto de la llamada. Dígle a la señorita Villalba

que tenga cuidado con el sol de Cádiz, que aquí quema más de lo que la gente cree. Y colgó.

Sara se quedó en silencio un momento.

Eso no es una despedida educada, dijo.

No, dijo Marcos. Es un hombre diciéndote que tengas cuidado, sin poder decírtelo de ninguna otra manera.

¿Cuándo estuviste aquí por última vez?

Hace cuatro días. Antes de ir a Jaca.

Marcos asintió despacio. Fue a la ventana del archivo y miró hacia abajo, hacia la calle. Un coche aparcado en doble fila que llevaba ahí cuando habían llegado. Un hombre leyendo el periódico en el banco de enfrente que no había levantado la vista cuando entraron.

¿Cuánto tiempo llevamos aparcados ahí fuera?, dijo.

Diez minutos, dijo Sara.

El hombre del banco lleva ahí desde antes de que llegáramos.

Sara fue a la ventana. Miró al hombre. Cincuenta y tantos años, abrigo oscuro, periódico doblado. La clase de persona que no llama la atención precisamente porque parece alguien que no llama la atención.

Puede ser una coincidencia, dijo.

Puede, dijo Marcos.

Los dos sabían que no lo era.

Sara se apartó de la ventana. Fue a las estanterías y empezó a revisar las cajas una por una, eficiente, sabiendo exactamente lo que tenía y dónde lo tenía. Marcos la dejó trabajar en silencio.

Cinco minutos después Sara se detuvo.

El sobre, dijo.

¿Qué?

El sobre. El que me mandaron con las fotocopias del informe del 93. Sara señaló una caja en el segundo estante. Estaba aquí. Lo guardé en esta caja dentro de una bolsa de plástico para no contaminar más las huellas.

¿Y?

La bolsa está. El sobre también. Sara la miró. Pero lo han abierto. La bolsa estaba sellada y ahora no lo está.

Marcos se acercó. Miró la bolsa sin tocarla.

Han analizado el sobre, dijo.

Buscando si hay algo más, dijo Sara. Algo que Castán dejara sin que yo lo supiera. Algo que los identifique a ellos, no a él.

¿Y hay algo?

No. Ya lo comprobé cuando llegó. Papel estándar, sin huellas útiles. Sara dejó la bolsa en su sitio. Pero el hecho de que hayan venido a buscarlo significa que les preocupa. Que no están seguros de que Castán no dejara ningún otro rastro antes de morir.

Y ahora saben que tú tampoco tienes nada que los identifique directamente.

Sí. Sara miró el corcho. Y saben exactamente lo que tengo. Lo que sé. Hasta dónde he llegado.

Pensó en Roberto.

No lo dijo en voz alta. Pero la idea estaba ahí, instalada desde la llamada en el pasillo del hotel de Jaca. Los dos nombres que le había dado, Solana y Rozada, habían resultado ser exactamente los correctos. Eso podía significar dos cosas, y las dos la inquietaban por igual: que Roberto por fin se había atrevido a romper treinta años de silencio, o que le había dado justo lo suficiente para parecer un aliado mientras seguía informando a quien de verdad le pagaba el sueldo. Cada conversación con él, revisada ahora bajo esa duda, podía leerse de las dos maneras a la vez, y no había forma de saber cuál era la verdadera hasta que fuera demasiado tarde para que importara.

No había vuelto a hablar con él desde Jaca.

No sabía todavía qué hacer con eso.

El silencio entre los dos duró un momento.

Sara, dijo Marcos.

No me digas que me vaya a un hotel, contestó Sara.

Te iba a decir que no puedes quedarte aquí sola.

Sara le miró.

Tengo trabajo que hacer, dijo.

Lo sé. Y puedes hacerlo. Marcos la miró con una firmeza tranquila que no era imposición sino otra cosa, algo que Sara todavía estaba aprendiendo a recibir sin esquivarlo. Pero no aquí sola. Esta noche.

Sara miró el archivo. Las cajas que llevaba años acumulando, el corcho que había levantado en tres semanas, el mapa con los puntos rojos. Todo lo que había construido, lo antiguo y lo reciente, en esa habitación que ahora tenía las manos de otra persona encima.

Sintió algo que no era exactamente miedo. Era más parecido a rabia. A la rabia fría y útil de quien entiende que el juego ha

cambiado de escala y decide seguir jugando de todas formas.

Coge lo que necesites, dijo Marcos. El portátil, los documentos clave. Lo que no puedes permitirte perder.

Sara asintió.

Tardó quince minutos en meter en una mochila lo esencial. El portátil, las fotocopias del informe del 93 en la bolsa de plástico, tres carpetas con documentación que había ido recopilando, su cuaderno de notas. Pipo no, Pipo se quedaba. Llevaba años en la estantería del salón y nadie se lo iba a llevar.

Antes de salir se quedó un momento en el marco de la puerta del archivo.

Miró el corcho una última vez. Los nombres. Los hilos. El mapa.

Ramón Solana Vega.

Ya voy, dijo en voz baja. No era exactamente para él. Era para Luis Ferrer Ara, que llevaba treinta y dos años desaparecido sin que nadie hubiera respondido por ello. Era para Castán, que había esperado treinta años para mandar un sobre y no había llegado a ver lo que contenía. Era para una familia de Bronchales que fue de vacaciones a los Pirineos y no volvió.

Cerró la puerta del archivo, pero antes cogió la foto que alguien había puesto ahí.

Bajó las escaleras con Marcos.

En la calle el hombre del banco seguía leyendo el periódico. Sara pasó por delante de él sin mirarlo. Marcos tampoco lo miró.

Doblaron la esquina.

¿Adónde vamos?, preguntó Sara.

A un sitio donde nadie nos busque esta noche, dijo Marcos.

¿Rozada primero? Pensé que veníamos por Solana.

Solana tiene abogados y treinta años de práctica en no decir nada, dijo Marcos. Rozada está jubilado, más aislado, y con más que perder personalmente ahora que ya no tiene un cargo que lo proteja. Si cede algo, lo usamos después contra Solana. Y además, se instaló en Zaragoza cuando se hizo socio suyo. Está aquí, al alcance.

Pero antes necesito un día, dijo Marcos.

¿Para qué?

Para confirmar todo esto en persona. Lo que tenemos es de internet, y antes de ir a por un expresidente de la Diputación

necesito poder decir que lo comprobé yo mismo, no una base de datos.

Sara asintió despacio.

Entonces yo aprovecho para acercarme a Biescas, dijo. Le debo una visita a Eusebio.

Marcos la miró.

¿Sola?

Va a ser un día, Marcos. Voy, hablo con él, y vuelvo.

No me gusta que vayas sola allí. Después de lo del piso, después de todo.

Lo sé. Pero necesito decirle que lo de Lasierra no llevó a ningún sitio, que entendí lo que me dijo con el gesto, que no voy a ponerle en peligro otra vez. Se lo debo, y tengo que hacerlo yo, no tú.

Marcos no dijo nada durante un momento.

Lláname en cuanto llegues. Y en cuanto salgas.

Lo haré.

Y esta noche estás de vuelta, para poder ir mañana a por Rozada.

Esta noche, dijo Sara. Lo prometo.

CAPÍTULO 26

Solana y Bernal. Zaragoza, octubre de 2026

La llamada llegó esa misma tarde.

Entré yo, dijo Bernal sin preámbulo. Anoche. La revisé entera.

¿Y?

Nada que pueda usarse contra nosotros. Fotos, un mapa, nombres unidos con hilos. Suposiciones. Conjeturas. No hay un solo documento que nos conecte de una forma que resista a un abogado.

Solana se quedó en silencio un momento.

¿Está segura de algo?

Sospecha. No es lo mismo que saber. Bernal hizo una pausa. El sobre lo tiene, pero está limpio. Sin huellas, sin remitente que se pueda rastrear. Lo único que tiene de verdad es intuición periodística, y eso no se presenta ante un juez.

¿Hay algo sobre Rozada?

Nada. Ni su nombre, ni una nota, ni un hilo que lleve hasta él. Si lo está investigando, no lo tiene todavía en ese archivo.

Solana miró el Ebro.

El título se lo había quedado Rozada. El negocio se lo había quedado él. Con los años había aprendido que solo uno de los dos servía de algo cuando las cosas se torcían.

Entonces no hay prisa.

Todavía no, dijo Bernal. Pero se está acercando más rápido de lo que me gustaría.

Colgó sin despedirse, como siempre.

CAPÍTULO 27

Marcos y Sara. Huesca y Biescas, octubre de 2026

El registro mercantil de Huesca olía a papel viejo y a calefacción demasiado alta. Marcos esperó cuarenta minutos hasta que un funcionario con gesto de estar haciéndole un favor personal le sacó la ficha de constitución del Grupo Solana, con la firma de Ignacio Rozada como socio fundador, igual que en la copia digital que ya tenía. Pidió una fotocopia. El funcionario dudó, miró a los lados, y se la dio.

En la hemeroteca municipal, dos calles más allá, encontró lo mismo: la noticia de 1996 sobre el nombramiento de Rozada, el papel amarillento oliendo a naftalina. Fotografió las dos páginas con el móvil.

No pensó, mientras las guardaba en la carpeta, que alguien pudiera estar tomando nota de que había estado allí.

En Biescas, Sara aparcó cerca de la plaza y esperó.

Eusebio salía a comprar el pan casi siempre a la misma hora, según le había contado un vecino sin darle importancia. Lo vio cruzar la plaza con una bolsa de tela vacía en la mano, y se acercó antes de que llegara a la panadería.

Eusebio, dijo.

Él se paró. La miró con esa mezcla de miedo y algo parecido al alivio que ya le había visto la primera vez.

Solo quería decirle que lo entendí, dijo Sara. Lo de Lasierra. Sé que era mentira, y sé por qué me la dio. No voy a volver a ponerle en un aprieto así. No hacía falta que se arriesgara, y aun así lo hizo.

Eusebio no dijo nada durante un momento.

Sara sacó la foto que habían encontrado clavada en el corcho.

Una cosa más, dijo. La última. ¿Le conoce?

Eusebio la miró más tiempo del necesario.

Mariano Lasierra, dijo. Hace mucho que no le veía. Trabajaba para la Diputación, antes de que se fuera de aquí. Mi hermano y él

se conocían de entonces.

Sara sintió que algo se cerraba del todo.

Váyase, dijo por fin, en voz baja. No por usted. Por mí.

Sara asintió.

Cúidese, Eusebio.

Se fue sin mirar atrás, dejándolo en la plaza con la bolsa de tela y el pan todavía por comprar.

CAPÍTULO 28

Roberto. Zaragoza, octubre de 2026

Sara no contestaba.

Roberto la había llamado dos veces desde aquella llamada suya, la que le hizo a ella una noche, con dos nombres dichos en voz baja después de treinta años de no decir ninguno. La primera esa misma noche, todavía con la sensación extraña de haber dicho en voz alta algo que llevaba semanas callando. La segunda a la mañana siguiente, ya con la noticia de Castán confirmada en todos los periódicos, necesitando saber si ella estaba bien, si lo que le había dado le había servido de algo o la había puesto en más peligro del que ya corría.

Las dos veces el teléfono sonó hasta el contestador.

Las dos veces Roberto se quedó mirando la pantalla durante un momento después, con una sensación que no sabía nombrar pero que reconocía de otras épocas de su vida, de antes, cuando algo se rompía sin que nadie te avisara y solo lo entendías por el silencio que dejaba detrás.

Probó una tercera vez esa misma tarde.

Contestador otra vez.

No dejó mensaje.

Se quedó de pie en su cocina con el teléfono en la mano y el café enfriándose en la encimera, el mismo sitio exacto donde había leído la noticia de Castán apenas unos días antes. Pensó en aquella llamada, en lo fácil que había sido decir dos nombres en voz baja después de treinta años de no decir ninguno, y en lo difícil que estaba resultando ahora no saber qué había hecho ella con ellos.

No sabía si el silencio significaba que Sara ya no confiaba en él, lógico, después de todo, por qué iba a confiar en el hombre que llevaba tantos años cobrando un sueldo de Solana, o que confiaba en él lo suficiente como para no ponerle en peligro llamándole a un teléfono que quizás ya no era seguro. O algo peor, algo que no se permitía nombrar del todo: que ya no podía llamar a nadie.

Roberto se sentó en la silla de la cocina.

Pensó en Castán. En la noticia de un miércoles por la mañana, la misma que ya conocía cuando decidió llamar a Sara de todas formas. Sabía lo que le había pasado a un hombre por saber demasiado, y aun así le dio los dos nombres. Eso no lo había pensado con estas palabras hasta ahora: que no había sido un gesto pequeño. Había sido exactamente el tipo de cosa que a Castán le había costado la vida.

Eso significaba que alguien seguía vigilando. Que los nombres que le había dado a Sara, pensando que era un gesto pequeño, privado, entre los dos, quizás no lo habían sido tanto.

Y ahora Sara no contestaba al teléfono.

Las dos cosas juntas pesaban de una manera distinta a cada una por separado.

Roberto se levantó.

Cogió las llaves del coche.

No llamó antes. No pidió cita. Condujo hasta el Paseo de la Independencia con una calma que por fuera no se distinguía de la de cualquier otro día y que por dentro era otra cosa completamente, algo que llevaba formándose desde la noticia de Castán y que el silencio de Sara acababa de terminar de cuajar.

La secretaria le miró cuando entró.

Roberto, dijo. No tenías cita.

Lo sé, dijo Roberto. Dile que estoy aquí.

La secretaria cogió el teléfono. Habló en voz baja. Esperó. Luego miró a Roberto con la cara de quien transmite un mensaje que preferiría no transmitir.

Puedes pasar, dijo.

Solana estaba de pie junto a la ventana cuando Roberto entró. El Ebro abajo, la Basílica al fondo, ese despacho que decía llegué y me quedé y no me voy a ningún sitio. Roberto lo había admirado muchas veces. Esa claridad de los espacios que saben exactamente lo que son.

Ahora le parecía otra cosa.

Roberto, dijo Solana sin girarse. Siéntate.

Prefiero estar de pie.

Solana se giró.

Le miró durante un momento, evaluándole, buscando en la cara de Roberto lo que estaba dispuesto a mostrar y lo que no. Era bueno en eso. Llevaba décadas leyendo a las personas antes de que abrieran la boca.

¿Qué quieres saber?, dijo.

Roberto no contestó enseguida. Miró el despacho. La mesa de nogal con pocos papeles. Las fotos con presidentes y ministros. La fundación con su nombre en un marco discreto junto a la ventana. Todo lo que Solana había construido en tres décadas.

Sara Villalba no me coge el teléfono, dijo Roberto.

Algo cruzó la cara de Solana. Tan rápido que casi no existió.

¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Eso es lo que quiero saber, dijo Roberto. Quiero saber por qué me llamaste entonces. Por qué fuiste a buscarme.

Solana no cambió la expresión.

Ya lo sabes, dijo. Perdiste a tu familia en la riada. Necesitabas...

No, le interrumpió Roberto. Eso es lo que me dijiste entonces. Quiero saber la verdad.

Silencio.

Solana fue a sentarse detrás de su mesa. Lo hizo despacio, con la misma calma de siempre, como si el tiempo fuera algo que él administraba y no algo que pasaba. Juntó las manos encima de la mesa.

La verdad, dijo, es que vi tu caso en las noticias. Un hombre joven que había perdido a su mujer y a su hijo. Me pareció una injusticia.

¿Solo eso?

Solo eso.

Roberto le miró.

¿Y el informe del 93?, dijo.

Algo se le tensó a Solana en la mandíbula, un segundo, apenas nada. Luego volvió a ser la misma cara de siempre.

¿Qué informe?

El que decía que el terreno del camping no era apto, dijo Roberto. El que firmó Castán. El que usted enterró antes de firmar la autorización en el 94.

Solana no dijo nada.

Llevo toda la vida sin preguntar, dijo Roberto. Mirando para otro lado porque me convenía mirar para otro lado. Porque usted me sacó del agujero cuando no tenía nada y yo no quise saber a qué precio. Pero Castán está muerto. Y Sara Villalba fue a verle el día anterior. Y usted me dijo que eran dos cosas separadas.

Son dos cosas separadas, dijo Solana. Su voz seguía siendo la misma. Tranquila. Razonable. La voz de siempre.

¿Como Luis Ferrer Ara?, dijo Roberto.

El silencio que siguió fue diferente a todos los anteriores.

Solana le miró durante un momento largo. Luego miró sus manos encima de la mesa. Luego volvió a mirarle a él.

Roberto, dijo finalmente. Hay cosas que pasaron hace mucho tiempo que no pueden cambiarse. Lo que puedo decirte es que todo lo que hice lo hice pensando en el bien de la comarca. En el desarrollo. En el empleo. En familias que llevaban décadas sin oportunidades.

Ochenta y siete personas, dijo Roberto.

Fue un accidente.

Un accidente que usted sabía que podía ocurrir y firmó de todas formas.

El técnico habló de riesgo, no de certeza, dijo Solana. Hay una diferencia. Siempre la ha habido. Nadie firma pensando en lo peor. Se firma pensando en lo probable.

No apto, dijo Roberto. No decía riesgo probable. Decía no apto. Dos palabras. Las he leído.

Solana cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió otra vez algo en su cara había cambiado de sitio sin terminar de derrumbarse.

Aquella comarca llevaba décadas sin una sola oportunidad real, dijo. El camping iba a dar trabajo a doscientas familias. Doscientas, Roberto. Yo crecí viendo cómo esta tierra se vaciaba pueblo a pueblo. No es tan sencillo como tú lo pintas.

No le he preguntado por qué lo hizo, dijo Roberto. Eso ya lo entiendo. Le he preguntado si sabía que podía pasar esto.

Solana no contestó enseguida.

Llevaba toda la vida sin contestar esa pregunta. No porque nadie se la hubiera hecho con esas palabras exactas, sino porque él mismo había aprendido a desviarla cada vez que se le acercaba demasiado, con la misma destreza con la que apartaba cualquier otra cosa que no le convenía mirar de frente. Había construido un edificio entero de

razones encima de esa pregunta. El técnico era joven y exageraba. Los informes de riesgo siempre eran conservadores por sistema, era su trabajo asustar para cubrirse. Otros campings en zonas parecidas llevaban décadas sin que pasara nada. Y aunque pasara, aunque pasara de verdad, la responsabilidad se repartía entre tantas manos, tantas firmas, tantos despachos, que ya no era suya sola, no podía serlo, treinta personas habían tocado ese expediente antes de que llegara a él.

El edificio llevaba décadas de pie.

Marzo de 1994. Un despacho más pequeño que este, en un edificio de la Diputación que ya no existía como tal, con una ventana que daba a un patio interior y no al Ebro. Solana tenía treinta y nueve años, un puesto que acababa de ganar a pulso, y encima de la mesa, abierto por la página siete, el informe técnico con la firma de Fermín Castán.

No apto.

Lo había leído tres veces aquella tarde. La primera vez con la intención sincera de archivarlo y buscar otro emplazamiento, porque en marzo de 1994 Ramón Solana todavía era, o todavía se creía, un hombre que archivaba los informes que decían no apto. La segunda vez ya con el proyecto entero desplegado encima del escritorio al lado: los planos, las cifras de empleo, la carta de los dos empresarios de Huesca que llevaban meses esperando una respuesta y que habían dejado caer, sin decirlo del todo, que su paciencia tenía fecha de caducidad. La tercera vez con el bolígrafo ya en la mano.

Hubo un momento, breve, que Solana llevaba toda una vida intentando no recordar con esta nitidez, en que estuvo a punto de no firmar. En que descolgó el teléfono para llamar a Castán y preguntarle, en confianza, qué tan seguro estaba, si había margen, si existía una versión de aquel proyecto que no pisara la zona marcada en rojo. Llegó a marcar las tres primeras cifras.

Colgó.

No porque hubiera decidido nada todavía. Sino porque, en algún sitio que no se permitió nombrar entonces, ya sabía que si hablaba con Castán otra vez, si le daba al técnico la oportunidad de repetirle en voz alta lo que ya había escrito en el papel, ya no iba a poder

firmar. Y necesitaba poder firmar. Aquel proyecto era la puerta que llevaba esperando toda su carrera, la que le sacaría de la Diputación y le pondría un despacho propio, una comarca agradecida, un nombre que la gente pronunciaría con respeto en vez de con la indiferencia con que se pronuncian los nombres de los funcionarios intercambiables.

Así que no volvió a llamar.

Firmó.

No era todavía la autorización definitiva. Era la orden interna para que el expediente siguiera adelante como si aquel informe no existiera.

Y en el segundo exacto en que la tinta tocó el papel sintió algo que entonces llamó alivio y que en realidad era la primera piedra de todo lo que vendría después: la sensación, limpia y casi física, de haber cruzado una línea que ya no se podía volver a cruzar en sentido contrario. A partir de ese segundo solo quedaban dos caminos. Vivir con lo que acababa de hacer, o no volver a mirarlo nunca más de frente. Eligió el segundo sin saber todavía, en marzo de 1994, todo lo que ese segundo camino le iba a costar con el tiempo.

Lo había mantenido en pie a base de no entrar en él. De cambiar de habitación cada vez que se acercaba demasiado a esa pregunta concreta. Lo había sostenido con la fundación que llevaba su nombre, con las becas, con cada cheque firmado para la comarca que era, en parte, aunque nunca se lo hubiera dicho a nadie con esas palabras, una manera de pagar algo que el dinero no podía pagar. Lo había sostenido contratando a Roberto, dándole una vida, queriéndole de verdad, porque cuidar de un hombre al que el río le había quitado todo era más fácil que preguntarse si el río había tenido ayuda.

Y lo había sostenido, las últimas tres décadas, a base de hacer cosas peores que firmar un papel.

Ferrer Ara, que solo quería hacer su trabajo y desapareció por hacerlo. Castán, que llevaba toda una vida callado y que aun así, al final, no fue suficiente. Un hombre inocente no necesita matar para proteger un error. Solo un culpable necesita silenciar a los testigos de su propia culpa, y Solana lo sabía, lo había sabido cada una de esas

veces, con la misma claridad fría con que había sabido, desde el 93, que el informe decía no apto. Cada orden que había dado desde entonces no había sido la defensa de un hombre que creía estar libre de culpa. Había sido la confesión, repetida una y otra vez en la única forma que se permitía hacerla: actuando como alguien que tiene mucho que perder porque sabe exactamente cuánto debe.

Pero un edificio construido para no entrar en una habitación sigue teniendo esa habitación dentro.

Y ahora, con Castán muerto por su orden, con Ferrer Ara desaparecido por su orden treinta y dos años antes, con una periodista a días de publicar y un hombre al que quería como a un hijo plantado delante de su mesa preguntándole lo único que llevaba toda la vida evitando preguntarse a sí mismo, Solana descubrió que ya no le quedaban habitaciones nuevas a las que mudarse.

Había gastado toda una vida de inteligencia y de dinero y de poder en no tener que llegar a este minuto. Y aun así había llegado.

Sí, dijo Solana.

Lo dijo bajo. Sin la calma de antes. Como si la palabra le costara un esfuerzo físico que no tenía relación con lo pequeña que era.

Lo sabía, repitió. Lo supe en el momento en que firmé. No me lo dijo nadie después. Lo supe entonces, con la pluma en la mano, y firmé de todas formas.

Roberto no se movió.

Era la primera vez en todo ese tiempo que oía a Ramón Solana decir una frase sin que sonara calculada de antemano.

Llevo treinta años diciéndome que fue el río, dijo Solana. Que fueron los protocolos, que no avisaron a tiempo, que fue Castán por no insistir más, que fue mala suerte, que ese verano cayó más agua de la que había caído en cien años. Treinta años buscando a quién más echarle la culpa para no tener que mirarme solo a mí. Hizo una pausa larga. Y ya no me queda nadie más a quien dársela.

Se quedó mirando sus propias manos encima de la mesa de nogal, las manos cuidadas de un hombre que llevaba décadas sin ensuciárselas directamente, y por primera vez parecieron pesarle.

Fui yo, dijo. No el río. No el técnico. No Castán. Fui yo, con esa firma, en ese despacho, hace treinta y dos años. Lo he sabido siempre. Y todo lo que he hecho desde entonces ha sido una manera muy cara de no decirlo en voz alta.

Solana no contestó.

Roberto miró sus manos. Las mismas manos que habían cogido a Mateo en brazos esa última tarde. Ese peso imposiblemente pequeño y real.

¿Lo sabía?, dijo Roberto. Cuando me buscó después de la riada. ¿Sabía que mi mujer y mi hijo estaban muertos por una decisión suya?

Solana no apartó la mirada esta vez.

Sí, dijo. Lo sabía.

Se hizo el silencio más largo de todos.

Roberto miró a Solana durante un momento. Ese hombre de setenta y un años con el pelo blanco y el traje gris y las manos cuidadas encima de la mesa de nogal. El hombre que le había sacado del agujero. El hombre que le había dado una vida cuando no tenía ninguna. El hombre que durante todos esos años había sido lo más parecido a una figura paterna que Roberto había tenido desde que perdió todo lo demás.

Y el hombre que sabía exactamente lo que le había quitado cuando fue a buscarlo.

¿Por qué me lo contó?, dijo Roberto en voz baja. Lo del informe. Hace años, en aquella sobremesa. ¿Por qué me lo contó?

Solana le miró.

Algo cruzó su cara que Roberto no había visto nunca en él. No culpa exactamente. Algo más antiguo y más cansado que la culpa.

Porque llevaba años sin poder contárselo a nadie, dijo Solana. Y tú nunca ibas a preguntar.

Roberto asintió despacio.

Eso era todo.

Eso era exactamente todo.

Se levantó. Cogió su chaqueta del respaldo de la silla donde la había dejado al entrar.

Roberto, dijo Solana.

Él se paró pero no se giró.

Lo que hay entre nosotros, dijo Solana, no tiene que ver con lo que pasó en el 96. Eso es verdad. Te busqué por el bebé. Por Mateo. Porque había algo en esa historia que no pude ignorar aunque hubiera querido. Eso también es verdad.

Roberto se quedó quieto un momento.

Lo sé, dijo.

Entonces...

Lo sé, repitió Roberto. Y da igual.

Salió del despacho sin mirar atrás.

En el ascensor se quedó mirando sus manos. Las mismas de siempre. Cincuenta y dos años y las manos de un hombre que ha pasado veintiocho años sin preguntar y que acaba de preguntar y que ahora tiene que decidir qué hace con las respuestas.

Salió a la calle.

El frío de octubre en Zaragoza, ese frío seco que no engaña a nadie. El Paseo de la Independencia con su tráfico y su gente y sus tiendas abiertas y su vida normal siguiendo su curso sin saber nada de nada.

Roberto caminó.

Sacó el teléfono. Marcó el número de Sara una cuarta vez.

Contestador otra vez.

Esta vez sí dejó mensaje.

Sara. Soy Roberto. Sé que sabes algo. No sé exactamente qué, pero lo sé porque no me coges el teléfono y tú no eres de las que dejan de contestar sin motivo. Necesito hablar contigo. No para defenderme. Para contarte lo que de verdad sé, que es menos de lo que crees y más de lo que querría. Estoy en Zaragoza. Llámame cuando puedas. O no me llames y voy yo. Pero necesito que esto se diga en voz alta entre nosotros antes de que lo digas tú en voz alta para todo el mundo.

Colgó.

No tenía un destino concreto todavía.

Pero sabía adónde tenía que llegar.

CAPÍTULO 29

Solana y Bernal. Zaragoza, octubre de 2026

La llamada de Bernal llegó el mismo día que Sara volvió a Biescas.

Solana estaba terminando una reunión con su director financiero sobre la ampliación del complejo de Benasque cuando sonó el teléfono. Dejó salir al director, cerró la puerta y descolgó.

Tenemos un problema nuevo, dijo Bernal.

Solana se sentó despacio.

Cuéntame.

La periodista sigue tirando del hilo, más rápido de lo que pensábamos. Su redactor jefe ha estado preguntando en el registro mercantil de Huesca y en la hemeroteca municipal. Tengo gente en los dos sitios que me avisa cuando alguien pregunta por nombres que no debería preguntar. Ya tenemos confirmado que conecta tu nombre con Ferrer Ara y con Rozada, no solo con la resolución del 94.

Solana no dijo nada durante un momento. Miró por la ventana el Ebro, que esa tarde bajaba oscuro bajo un cielo encapotado. Treinta años. Una periodista de un medio que no leía nadie había llegado hasta él en tres semanas con una fotocopia y una conexión a internet, y ahora también un hombre al que había sacado del agujero hacía tanto tiempo, preguntándole cosas que no debería haber tardado tanto en preguntar.

¿Puede probarlo?

Todavía no. No tiene el original del informe. No tiene nada que la conecte a ti directamente más allá de papeles administrativos de hace décadas. Pero sigue buscando más.

Solana se levantó y fue a la ventana. Ahí abajo, indiferente, el río seguía moviéndose hacia el mar, constante, de las cosas que no necesitan que nadie las mire para seguir siendo lo que son.

¿Dónde está ahora?

En Biescas, dijo Bernal. Ha vuelto esta mañana. Sola. El redactor se ha quedado en Huesca.

Solana se quedó callado un momento.

¿Estás seguro?

Nos lo confirmaron hace dos horas. Mi gente allí la reconoció en cuanto llegó. No hay duda.

Esto ya no se resuelve solo con vigilarla, dijo Solana.

Lo sé.

Ocúpate de ella. Hoy.

Bernal no dijo nada durante un segundo.

Solana se quedó quieto mirando el río.

¿Sabemos dónde está ahora mismo?

Subió al collado del Telera esta mañana. Sigue ahí.

El collado del Telera.

Solana sintió algo que no era exactamente miedo. Era algo más antiguo y más frío. La certeza de que algunas cosas no pueden dejarse sin resolver. Que hay momentos en que la prudencia y la acción se convierten en la misma cosa.

No contestó enseguida. Se levantó con el teléfono todavía pegado a la oreja y caminó hasta el cristal, y abajo, en el Paseo de la Independencia, una mujer cruzaba con un niño de la mano, parada en el semáforo, esperando a que cambiara aunque no venía ningún coche, enseñándole con eso a esperar aunque nadie estuviera mirando. Solana la vio cruzar cuando el semáforo cambió. No supo por qué se fijó en ella precisamente entonces, de todas las personas que cruzaban ese paseo cada minuto del día sin que él les diera nunca un segundo pensamiento.

Treinta y dos años antes había estado sentado frente a un técnico de treinta y ocho años en un bar del casco antiguo de Huesca, con un mantel de papel entre los dos y un azucarero de plástico, y había dicho los datos son interpretaciones con la misma voz tranquila que estaba usando ahora. Entonces no había tenido que decidir nada en el momento: había bastado con esperar, con dejar que el viernes llegara solo, con dejar que otros movieran las piezas que él había puesto en marcha. Esta vez no había viernes que esperar. Bernal seguía al teléfono. La decisión era suya, ahora, en este minuto exacto, con esa mujer y ese niño ya fuera de su vista y la ciudad siguiendo su curso abajo sin que le importara nada de lo que se decidiera en ese despacho.

Pensó, durante el segundo y medio que tardó en volver a hablar, en Roberto esa misma tarde, en ese mismo despacho, preguntándole por Luis Ferrer Ara y saliendo después sin mirar atrás, por primera vez en veintiocho años sin esperar a que él diera la conversación por

terminada. En que esa pregunta ya no iba a dejar de hacérsela. Pensó que después de esto no iba a haber manera de seguir llamándolo a su despacho como si nada, de seguir fingiendo que lo que le había dado a Roberto en 1998 había sido generosidad y no necesidad de tener a alguien cerca que nunca preguntara. Pensó que esta orden, la que estaba a punto de dar, era distinta a la de 1994 en una sola cosa: en 1994 no había sabido con certeza que alguien iba a morir. Ahora sí lo sabía. Lo decidió de todas formas, con la misma mano que sujetaba el teléfono apoyada contra el cristal frío, sintiendo el pulso un poco más alto de lo normal y decidiendo no prestarle atención, porque prestarle atención era admitir que el pulso tenía motivos para estar así.

Resuélvelo, dijo.

¿Estás seguro?

Resuélvelo, repitió. La misma voz de siempre. Sin inflexión. Sin levantar el tono.

Cortó antes de que pudiera contestar.

Se quedó un momento mirando el teléfono en la mano. Luego lo dejó en la mesa y volvió a mirar el Ebro.

No dijo el nombre en voz alta, ni siquiera para sí mismo. No hacía falta. Había aprendido hace mucho tiempo que decir los nombres en voz alta hace que las cosas pesen más de lo que deben pesar.

Llamó a su secretaria y le dijo que cancelara la agenda del día siguiente.

Necesitaba estar en otro sitio cuando pasara.

Bernal. Carretera de Biescas, octubre de 2026

Bernal colgó el teléfono y se quedó un momento con la mano todavía cerrada sobre él, como si pudiera retener algo de la conversación apretando lo suficiente.

Llevaba diecisiete años recibiendo esa palabra de Solana. Resuélvelo. La había oído tantas veces que ya no tenía que pensar en lo que significaba: el cuerpo la entendía antes que la cabeza, igual que un perro entiende un silbido sin necesitar traducción. Pero esta vez, mientras arrancaba el coche y salía a la carretera que subía hacia el valle del Gállego con las primeras luces de la tarde cayendo

oblicuas sobre los chopos, se sorprendió pensando en el nombre que no tenía.

Una mujer. Treinta y tantos años. Pelo oscuro.

Eso era todo lo que sabía, y era suficiente, y por primera vez en mucho tiempo notó que la suficiencia no le bastaba del todo.

Pensó en Eusebio.

No solía pensar en su hermano cuando trabajaba. Eran dos cosas separadas, las había mantenido separadas durante todos esos años a base de no dejar que se tocaran, como dos cables que no se pueden cruzar sin que salte la chispa. Pero la carretera que llevaba a Biescas era la misma carretera que llevaba a la calle del Mercado, a la puerta verde, a las manos quietas de Eusebio encima del hule, y esa tarde, por algún motivo que no quiso examinar demasiado, los dos caminos se le mezclaron en la cabeza al mismo tiempo.

Eusebio llevaba treinta años sin dormir bien por una sola noche de agosto en la que no había hecho nada, solo había visto algo y se había callado porque Bernal le había enseñado, con paciencia, con visitas espaciadas y palabras nunca del todo amenazantes, lo que costaba no callarse.

Y ahora él, Bernal, iba a subir a una montaña a hacer algo de lo que no iba a poder no acordarse durante los años que le quedaran, fueran los que fueran.

Eso era la diferencia entre los dos hermanos, pensó. A Eusebio el silencio se lo habían impuesto desde fuera. El suyo se lo había buscado él mismo, trabajo a trabajo, durante diecisiete años, hasta que ya no sabía distinguir si seguía haciéndolo por el dinero o porque dejar de hacerlo significaba reconocer todo lo que ya había hecho.

No se permitió llegar más lejos que eso.

Encendió la radio. Apagó la radio.

El collado del Telera apareció a lo lejos, con la última luz pegada a la piedra caliza, dorada y quieta, ajena por completo a lo que subía hacia ella por la carretera.

Bernal pensó, brevemente, que ojalá la mujer no estuviera donde Solana creía que iba a estar.

Fue el último pensamiento que se permitió antes de aparcar y empezar a subir.

Subió durante casi una hora antes de verla.

Estaba de espaldas, sentada en una roca cerca del borde, mirando el valle. Pelo oscuro, hasta los hombros, un poco alborotado por el

viento de la altura. Complexión media. Un abrigo oscuro que le quedaba ligeramente holgado, como si no hiciera demasiado caso a esas cosas. Bernal se quedó quieto un momento, a una distancia prudente, comprobando.

Encajaba. Encajaba con la descripción que le habían dado, con las pocas fotografías que había reunido a lo largo de los años de una mujer que se cuidaba de no dejarse fotografiar mucho. El pelo. La altura. La manera de sentarse con las piernas recogidas, como alguien acostumbrado a estar solo y no necesitar ocupar más espacio del necesario.

No hacía falta verle la cara. Nunca hacía falta. Eso lo había aprendido hacía años: la cara complica las cosas, humaniza lo que tiene que quedarse simple. Bastaba con lo que ya tenía.

Se acercó despacio. El viento que subía por la ladera y la distancia hasta el borde hacían casi innecesaria la discreción. Ella no se giró. Seguía mirando el valle, el Gállego brillando abajo como un hilo de plata, ajena a todo, ajena a él, ajena a los minutos que le quedaban.

Fue rápido.

Bajó sin mirar atrás.

No pensó en su cara, porque no la había visto. Pensó en el trabajo hecho, en la llamada que tenía que hacer, en que esa noche, por primera vez en varios días, iba a poder dormir sin la sensación de tener algo pendiente.

Alicia. Valle del Gállego, octubre de 2026

Alicia Sánchez llevaba tres días intentando entender por qué había ido.

No tenía una respuesta clara. Tenía treinta y seis años, un trabajo en Valencia como diseñadora gráfica, un piso compartido con una amiga y ninguna razón concreta para haber cogido el coche un lunes por la mañana y haber conducido hasta el Pirineo aragonés sola.

Excepto que sí la tenía.

La tenía desde hacía treinta años, guardada en un sitio donde las cosas no se miran pero tampoco desaparecen.

Tenía seis años cuando sus padres la llevaron al camping Las Nieves. Recordaba poco. El perro Canelo corriendo entre las tiendas. Una niña de su edad con un conejo de peluche que se llamaba Pipo.

Las montañas tan altas que parecían mentira. La noche en que todo cambió no la recordaba casi nada. Solo el frío, y los brazos de su padre cogiéndola, y luego nada más hasta el hospital.

Sus padres habían sobrevivido. Y Javi, su hermano. Solo Rafa, el mayor, no había llegado.

Treinta años llevaba Rafa en un cementerio de Valencia. Y treinta años llevaba Alicia sin haber vuelto al sitio donde lo perdieron.

Hasta ahora.

No sabía muy bien qué esperaba encontrar. El camping ya no existía, claro. El terreno llevaba décadas sin uso, con la naturaleza recuperando despacio lo que el hombre le había quitado. Había paseado por la orilla del Gállego con las manos en los bolsillos y había mirado el agua y había pensado que el río no sabía nada de lo que había hecho. Que los ríos no recuerdan.

Esa mañana había subido al collado del Telera.

No tenía ninguna razón para subir al collado. Pero alguien en la pensión le había dicho que las vistas desde arriba eran de las mejores de la zona y que en octubre con la luz de la tarde valía la pena el esfuerzo. Y Alicia llevaba tres días buscando algo que no sabía nombrar y quizás era eso, las vistas, el horizonte abierto, la sensación de ver las cosas desde lejos.

Había tardado dos horas en subir.

El camino había empezado entre bojes y hayas que la tarde de octubre teñía de un amarillo sucio y honesto, sin pretensiones de belleza. Luego el bosque se había ido abriendo despacio, los árboles cada vez más espaciados, las rocas tomando el protagonismo, tímidas primero entre la hierba y luego ya sin disculparse, grises y enormes y cubiertas de líquenes color naranja que eran lo más vivo del camino. El viento había llegado a la última hora, limpio y frío, con ese olor a nieve que no es olor a nada concreto sino a ausencia de todo lo demás.

Cuando llegó arriba se quedó parada.

No por el cansancio. Por lo que había al otro lado.

El valle del Gállego se abría abajo, con la amplitud que solo tienen los valles pirenaicos, encajonado entre laderas que no son suaves sino verticales, abruptas, que suben al cielo sin pedir permiso. Los chopos habían amarilleado en los bordes del río y formaban una franja de oro pálido que cortaba el verde oscuro de los pinos en las laderas. El Gállego brillaba en el fondo como una línea de plata

delgada y caprichosa. Biescas allá abajo, pequeña, con sus tejados de pizarra y su torre y sus calles que desde aquí no eran nada, un puñado de piedras entre la inmensidad.

Al norte, cerrando el horizonte, las cumbres. El Telera con su perfil inconfundible, en diente de sierra irregular, con la nieve nueva de la semana anterior todavía en las partes en sombra. Más allá, hacia el este, las crestas del Tendeñera y por encima de todo el Balaitus, que en octubre ya tenía la nieve permanente en la cara norte y que desde aquí parecía el final del mundo, el lugar donde la tierra decide que ya es suficiente y cede el sitio al cielo.

La luz de la tarde entraba horizontal desde el oeste y hacía algo extraño con las sombras, alargándolas de una manera que no era amenazante sino solemne, como cuando en una iglesia la luz entra por una ventana alta y lo deja todo quieto. Las rocas del collado brillaban con ese tono dorado rojizo que tienen la piedra caliza cuando el sol la roza de lado. El aire olía a romero y a tierra fría y a algo que Alicia no supo nombrar pero que era el olor del Pirineo en octubre, un olor que no existe en ningún otro sitio del mundo y que una vez lo has olido lo reconoces para siempre aunque lleves treinta años sin volver.

Y las montañas seguían ahí. Exactamente iguales. Sin saber nada de Rafa ni del camping ni de la noche del 7 de agosto. Sin haber cambiado nada en todo ese tiempo, lo cual era la cosa más extraña y la más consoladora a la vez.

Se había sentado en una roca y había sacado el móvil y había hecho fotos.

Luego había guardado el móvil y se había quedado mirando sin hacer nada durante un rato que no supo medir.

No oyó nada.

Todo fue muy rápido y muy silencioso, como cuando el mundo decide algo sin consultarte.

La encontraron al día siguiente, de madrugada.

Un pastor que llevaba cuarenta y tres años subiendo al collado antes de que amaneciera.

CAPÍTULO 30

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

La llamada llegó a las nueve de la mañana.

Un teniente de la Guardia Civil de Jaca. Voz tranquila, profesional, de quien ha hecho muchas llamadas así y ha aprendido que la calma es una forma de respeto. Le dijo que habían encontrado a una mujer en el collado del Telera. Que su nombre había aparecido en el expediente de Fermín Castán como persona de interés. Que necesitaban hacerle algunas preguntas.

Sara escuchó todo sin interrumpir.

Le preguntó si podían decirle algo sobre la víctima. El teniente dijo que la investigación estaba en curso y que de momento no podía facilitar datos. Le preguntó si estaría disponible para una llamada esa misma tarde. Sara dijo que sí.

El teniente le dio las gracias y colgó.

Se quedó mirando el teléfono durante un momento. Luego abrió el portátil.

Marcos estaba en la habitación de al lado. Llamó a su puerta y le contó la llamada en tres frases. Él se sentó en el borde de la cama y la escuchó sin decir nada.

Una mujer, dijo cuando Sara terminó.

En el collado del Telera.

Los dos lo pensaron al mismo tiempo sin decirlo en voz alta. El collado del Telera estaba a veinte minutos de Biescas. A veinte minutos del lugar donde treinta años antes había estado el camping Las Nieves.

Sara abrió el buscador.

Empezó por las noticias locales de Aragón. Buscó collado Telera, mujer, octubre. Apareció una nota breve en el digital de El Pirineo. Cuerpo hallado en zona de montaña de difícil acceso en el término municipal de Biescas. La Guardia Civil investiga las circunstancias. Sin más datos.

No tenía sentido buscar entre miles de desapariciones al azar. Pero había un sitio concreto donde una mujer relacionada con la riada de Biescas podía haber dejado rastro: el grupo cerrado de

familiares y supervivientes, del que Sara era miembro desde hacía años, más por trabajo que por pertenencia, uno de esos grupos que se abren después de una tragedia y ya no vuelven a cerrarse del todo.

Entró.

No tuvo que buscar mucho.

Una publicación fijada arriba del todo por los administradores, de esa misma mañana. Javier Sánchez pedía ayuda para encontrar a su hermana. Llevaba cuatro días sin dar señales. Había cogido el coche sola hacia el Pirineo el lunes anterior, sin decir muy bien por qué, y desde entonces nadie sabía nada de ella. Adjuntaba una foto. Una mujer de pelo oscuro, sonriendo en lo que parecía una terraza de verano.

Sara miró la foto durante un tiempo largo.

Una mujer de treinta y seis años sonriendo en una terraza de verano. Pelo oscuro. Una sonrisa que era de alguien que había tardado en aprender a sonreír así, con facilidad, sin guardarse nada.

Algo en esa cara le sonaba.

No de una manera clara. No era un reconocimiento, era apenas una sospecha de reconocimiento, esa sensación incómoda de cruzarte con alguien en la calle y no saber si lo conoces de algo o si simplemente tiene una cara de las que se parecen a otras caras. Sara se quedó mirando la foto un rato largo intentando que la sensación se convirtiera en algo más concreto y no lo consiguió.

Alicia Sánchez. Treinta y seis años. Valencia.

Sara hizo clic en el perfil.

Era público. No del todo raro en alguien que se ganaba la vida con el diseño: una cuenta profesional abierta, pensada para que los clientes pudieran ver el trabajo sin tener que pedir amistad primero, y que arrastraba con ella, sin que Alicia probablemente lo hubiera pensado nunca, los años de fotos personales de antes de que existieran los perfiles profesionales separados.

No tenía una razón clara para hacerlo. O sí la tenía, pero no quería nombrarla todavía, ni siquiera para sí misma: las dos eran supervivientes de la misma riada, las dos tenían la misma edad casi exacta, y si esta mujer había estado en el camping Las Nieves en agosto del 96, existía la posibilidad, remota pero real, de que se hubieran conocido. De que hubieran jugado juntas esos días, como jugaban todos los niños de los campings, con la intensidad de las amistades que duran una semana y lo son todo mientras duran.

Quería saberlo. Necesitaba saberlo.

El perfil de Alicia tenía pocas publicaciones, la mayoría de los últimos años. Una terraza con amigos. Un viaje a Oporto. El estudio de diseño en el barrio del Carmen. Sara fue bajando, no por orden cronológico inverso sino retrocediendo en el tiempo, pinchando en fotos antiguas, en publicaciones marcadas hace ocho años, hace diez, buscando algo que no sabía nombrar todavía pero que sabría reconocer si lo encontraba.

Llegó a una foto de hacía dieciocho años.

Alicia con dieciocho años, sentada en un porche, con un perro grande de color canela apoyado contra sus piernas, los dos mirando a la cámara con la felicidad simple de las fotos de verano. El pie de foto decía: *Canelo, mi compañero de vida inseparable. Doce años juntos y los que nos queden.*

Sara se quedó completamente quieta.

Canelo.

El nombre llegó con un peso que no tenía ninguna razón lógica para tener, y sin embargo lo tenía, entero, como si llevara todo ese tiempo esperando a que alguien lo dijera en voz alta para que ella pudiera reconocerlo. Canelo. El perro grande color miel que se plantaba delante de los niños como si los oliera desde lejos. El perro que entraba y salía del río sacudiéndose encima de las dos. El perro que aquella noche, en el caos y la oscuridad y el agua subiendo, había desaparecido sin que nadie volviera a mencionarlo.

Que Canelo no estaba.

Sara amplió la foto. Miró al perro. Miró a la chica de dieciocho años con la mano hundida en su pelaje.

No era la cara lo que reconocía. Era el perro.

Y si el perro era Canelo, entonces la niña de seis años que había jugado con ella aquel agosto, la que sujetaba la correa con una seriedad que no era de su edad, la que se llamaba a sí misma de una manera que durante todos esos años Sara había guardado en la memoria sin cuestionarla nunca, no se llamaba como Sara siempre había creído.

Sara cerró los ojos un momento.

Heidi, pensó. Se hacía llamar Heidi.

Había sido un juego, al principio. Sara lo recordaba ahora con una claridad que llevaba mucho tiempo sin tener: la niña había dicho el primer día que ese verano se llamaba Heidi, como la de los dibujos,

que vivía en las montañas con su abuelo y que ella también vivía en las montañas esa semana, así que tenía sentido. Que no quería que la llamaran de otra manera mientras durara el camping. Sara, con seis años, no había encontrado ninguna razón para no creérselo. Los niños de seis años no piden explicaciones a esas cosas. Si una amiga decía que se llamaba Heidi esa semana, se llamaba Heidi esa semana, y daba igual lo que dijera su madre o lo que pusiera en su carné, porque entre las dos había un acuerdo que no necesitaba ser verdad para los demás.

Se lo había dicho una vez, al principio, pero Sara no lo recordaba. Lo había enterrado bajo semanas y luego años y luego décadas de llamarla solo Heidi, hasta que ya no quedaba sitio en la memoria para el nombre de verdad.

Y durante todo ese tiempo, cada vez que había pensado en aquella niña de seis años con la que había inventado historias de montañas, la había llamado Heidi sin que nadie le dijera que se equivocaba, porque nadie a quien preguntar sabía que había algo que corregir.

Alicia.

Heidi era Alicia.

Alicia, dijo en voz baja.

Marcos levantó la cabeza.

Sara no apartó los ojos de la pantalla.

Había ido al camping Las Nieves con seis años igual que Sara. Había perdido a su hermano igual que Sara. Había crecido cargando con eso igual que Sara. Y treinta años después había cogido el coche un lunes por la mañana y había vuelto al valle buscando algo que no sabía nombrar del todo.

Exactamente igual que habría hecho ella.

¿Y si la habían matado creyendo que era ella?

Sara cerró los ojos un momento.

No fue un pensamiento ordenado. Le subió desde el estómago antes de que pudiera darle forma de palabras, una pregunta que no se había hecho nunca porque nunca antes había tenido que hacérsela: por qué ella y no yo.

Llevaba treinta años cargando con la pregunta al revés. Por qué yo y no ellos. Por qué sobrevivió cuando sus padres no, cuando tantos otros no. Había aprendido a vivir con esa culpa concreta, la había ordenado como ordenaba todo, la había guardado en una

carpeta dentro de otra carpeta en la habitación de al lado, junto con todo lo demás que no podía cambiar.

Esta era nueva. Esta no tenía años de práctica detrás. Alguien había subido a una montaña con su misma edad, su mismo pelo, el mismo nombre prestado de una niña que jugaba a ser otra, y había muerto en el sitio donde debería haber estado ella, por una razón que no tenía nada que ver con Alicia y todo que ver con Sara. Con lo que Sara sabía. Con a quién había llamado. Con las preguntas que llevaba tres semanas sin dejar de hacer.

No lloró. No era todavía ese tipo de cosa, y no estaba segura de que fuera a serlo nunca del todo. Era más bien una quietud nueva, distinta de cualquier otra quietud que conociera: el peso exacto de entender que la muerte de otra persona te pertenece un poco, aunque tú no hayas hecho nada más que seguir haciendo tu trabajo.

Cuando los abrió la foto del perfil seguía ahí. Alicia sonriendo en una terraza de verano sin saber todavía lo que iba a pasar. Sin saber que décadas después alguien iba a retroceder dieciocho años en su muro de Facebook y reconocer a un perro antes que a ella misma.

Sara no dijo nada más. Se levantó de la silla y fue a la ventana. Fuera Zaragoza seguía siendo Zaragoza, los tejados, el frío de octubre, el Ebro a lo lejos. El mundo que no se enteraba de nada.

Marcos la vio quedarse así, de espaldas, demasiado quieta para ser solo cansancio, y se levantó de la cama. *¿Qué pasa?, dijo.* Sara no se giró. *Nada, dijo.* Pero la voz no le salió como nada, y él no insistió, porque sabía que con Sara insistir nunca servía de nada, que las cosas salían cuando salían y no antes. *Castán tenía mi nombre en una nota, dijo Sara por fin, sin volverse. Y ahora hay una mujer muerta que se parecía a mí.* Marcos no dijo nada durante un momento. Luego se acercó y le puso una mano en el hombro, despacio, sin forzar nada. *No es tu culpa, dijo.* Sara no contestó. Siguió mirando los tejados de Zaragoza, el Ebro a lo lejos, sin saber todavía si le creía.

Canelo había sobrevivido aquella noche.

Era lo único bueno que había en toda esta historia, pensó Sara. Que el perro había sobrevivido. Que había tenido doce años más, y los que le quedaran después de esa foto, con una niña que se había hecho llamar Heidi un verano y que había crecido sin que Sara llegara nunca a conocer su nombre verdadero a tiempo.

CAPÍTULO 31

Roberto. Zaragoza, octubre de 2026

Sara le llamó a mediodía, unas horas después de colgar a la Guardia Civil.

Roberto estaba en la cocina, con el café todavía sin tocar, cuando vio el nombre en la pantalla. Se quedó mirándolo un segundo de más antes de descolgar, ese segundo en que un hombre decide si va a defenderse o si va a dejar que le caiga encima lo que tenga que caerle.

Sara.

Recibí tu mensaje, dijo ella. Su voz era plana. La misma voz profesional de siempre, pero Roberto llevaba semanas aprendiendo a oír lo que había debajo de esa voz y ahora oía algo que no era frialdad. Era cansancio. El cansancio de alguien que lleva días cargando con una certeza que no ha podido soltar todavía.

Necesito verte, dijo Roberto.

Lo sé.

Nadie habló durante un momento.

¿Dónde estás?, dijo Roberto.

Zaragoza. Volvimos ayer.

Puedo estar donde quieras en veinte minutos.

Sara no contestó enseguida.

El bar de la plaza de San Felipe, dijo finalmente. A las diez.

Colgó antes de que Roberto pudiera decir nada más.

Roberto se quedó con el teléfono en la mano. Miró el café frío en la encimera. Pensó que debería sentir miedo, o algo parecido al miedo, y en cambio sentía otra cosa, una especie de alivio áspero, el alivio de quien ha estado sosteniendo algo con los brazos extendidos durante mucho tiempo y por fin va a poder dejarlo en algún sitio aunque ese sitio le cueste todo lo que tiene.

Se vistió. Cogió las llaves.

Antes de salir abrió el cajón de la mesilla.

Sacó la foto de Noelia con Mateo.

Esta vez no la volvió a guardar. Se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta, donde llevaba años sin llevar nada que no fueran papeles de trabajo, y salió a la calle con ella ahí, cerca del pecho,

como quien lleva algo que necesita tener a mano para poder decir la verdad sin que se le rompa la voz a mitad de la frase.

Sara llegó antes que él.

Estaba sentada en una mesa del fondo, de espaldas a la pared, con la costumbre de elegir siempre el sitio desde donde se ve la puerta. Roberto la reconoció desde lejos por la postura antes que por la cara, esa manera de estar quieta que no era relajación sino vigilancia contenida.

Se sentó enfrente.

No pidió nada. No miró la carta. Los dos se quedaron un momento sin decir nada, mirándose de esa forma en que se miran las personas que están a punto de decirse algo que va a cambiar lo que han sido hasta ese momento.

Ya sé que trabajas para Solana. Me lo dijiste tú mismo, dijo Sara. Lo dijo con una calma fría que Roberto ya conocía, la de alguien que ha decidido no temblar aunque por dentro esté temblando. Lo que no sé es si me buscaste tú a mí, o si te mandaron a buscarme.

Roberto no dijo nada durante un momento.

¿Desde el principio?

Desde el principio, dijo Roberto. Me pidió que me acercara a ti. Que supiera lo que tenías. Que te ralentizara si hacía falta.

Le diste a Solana el nombre de Castán la misma tarde que te lo dije, dijo Sara.

Sí.

Y le dijiste que fuera con cuidado. Que si le asustaba podía cerrarse para siempre.

También.

Eusebio Bernal.

Roberto cerró los ojos un segundo.

Ese no lo sabía del todo, dijo. Sabía que existía. Sabía que Solana lo tenía controlado de alguna manera. No sabía que era el hermano de Bernal hasta que tú lo descubriste. Lo supe después, cuando até los cabos yo también.

Sara le miró durante un momento largo.

Le diste mi nombre a Solana la misma noche que te lo dije, dijo Sara. Y Castán murió antes de que yo llegara a hablar con él. Y aun así seguí confiando en ti. Porque me hablaste de Mateo el primer día y eso fue suficiente para que dejara de hacer lo que llevo doce años haciendo, que es no confiar en nadie sin verificar primero.

Roberto no dijo nada.

Eso es lo que más me cuesta perdonar, dijo Sara. No las pistas. Que usaras a tu hijo para desarmarme.

Ahí estaba. La frase que Roberto había temido desde que cogió el teléfono a mediodía.

No lo usé, dijo. Su voz salió más baja de lo que pretendía. Mateo no es algo que yo use. Es lo único que tengo que es solo mío. Lo que te conté de él es verdad cada palabra. Que sonreía con tres meses. Que Noelia me lo puso en brazos. Que esa sonrisa era mi vida. Eso no fue una herramienta, Sara. Eso es lo único limpio que me queda. Lo demás, las pistas, las llamadas a Solana, eso es lo sucio. Pero Mateo no.

Sara no dijo nada durante un momento.

Entonces por qué, dijo finalmente. Por qué seguiste haciéndolo después de contarme eso. Después de que los dos supiéramos lo del bebé. Cómo pudiste seguir mintiéndome con esa verdad todavía en el aire entre los dos.

Roberto miró sus manos sobre la mesa.

Porque lleva treinta años dándome de comer, dijo. Porque cuando no tenía nada me dio una vida y nunca pregunté el precio porque no quería saber si podía pagarlo. Y porque una parte de mí, una parte que me da vergüenza decir en voz alta, todavía quería creer que era verdad lo que él me dijo. Que me buscó por Mateo. Que hubo algo limpio en todo esto aunque viniera de un hombre sucio.

¿Y ahora?

Ahora sé que las dos cosas son verdad a la vez, dijo Roberto. Me buscó por el bebé. Y también enterró un informe que mató a ochenta y siete personas. Las dos cosas. No una disculpa de la otra.

Sara le miró durante un momento largo.

Castán murió la noche después de que te hablara de él, dijo. ¿Lo sabías? ¿Sabías lo que iba a pasar cuando le dijiste su nombre a Solana?

No, dijo Roberto. Y eso es verdad también, aunque no sirva de nada. No lo sabía. Lo supe después, cuando vi la noticia. Y fui a verle. A Solana. Le pregunté directamente por primera vez en veintiocho años.

¿Qué te dijo?

Que Castán y tú erais dos cosas separadas. Que el río mató a mi mujer y a mi hijo, no él. Lo dijo con la misma voz tranquila de siempre. Como si treinta años de práctica le hubieran enseñado a decir esas cosas sin que le temblara nada.

¿Le crees?

Roberto tardó un momento en contestar.

No, dijo. Ya no.

Sacó algo del bolsillo interior de la chaqueta. No la foto. Un papel doblado, pequeño, con una letra apretada que no era la suya.

Esto es lo único que tengo que de verdad puede servirte, dijo. Hace tres años Solana me pidió que fuera a Jaca a ver a Castán. Para asegurarme de que seguía callado. Me negué. Le dije que tenía una reunión que no podía cancelar. No era verdad. Solo no quería ir.

¿Y quién fue?

Bernal, dijo Roberto. Fue Bernal en mi lugar. Tengo la fecha, la hora, y un mensaje de Solana confirmándomelo después, dándome las gracias por avisarle a tiempo de que yo no podía ir. Lo guardé sin saber por qué. Quizás porque una parte de mí ya sabía que algún día lo iba a necesitar.

Sara cogió el papel. Lo leyó. Lo leyó otra vez.

Esto conecta a Bernal con Jaca tres años antes de que muriera Castán, dijo. Esto demuestra que llevaban tiempo vigilándole.

Sí.

¿Por qué me lo das?

Roberto la miró.

Porque Mateo se merece que alguien diga la verdad sobre por qué murió, dijo. Y porque tú también. Y porque llevo treinta años eligiendo no mirar y ya no me queda nada bueno que proteger eligiendo seguir así.

Sara dobló el papel con cuidado.

Esto no te limpia, dijo.

Lo sé.

Voy a tener que poner tu nombre en el reportaje. Lo que hiciste, aunque sea con razones que entiendo.

Lo sé, dijo Roberto. Y está bien.

Sara le miró durante un momento más.

¿Por qué está bien?

Porque es lo único limpio que puedo hacer ya, dijo Roberto. Decir la verdad aunque me cueste todo lo que tengo. Es lo que debería haber hecho hace treinta años en vez de aceptar el trabajo sin preguntar.

El camarero se acercó. Sara pidió un café. Roberto pidió lo mismo, casi por inercia, sin pensarlo.

Se quedaron un momento en silencio, los dos con las manos sobre la mesa, cerca pero sin tocarse, dos personas que habían llegado a la misma verdad por caminos opuestos y que ahora tenían que decidir qué hacer con el hecho de haberse encontrado en ese punto exacto.

Lo siento, dijo Roberto finalmente. Por Mateo. Sé que no sirve de mucho decirlo ahora. Pero lo siento.

Sara asintió despacio.

No dijo que le perdonaba.

No dijo que no.

Cuéntame todo lo que sepas de Bernal, dijo. Desde el principio.

Roberto empezó a hablar.

CAPÍTULO 32

Sara y Marcos. Zaragoza, octubre de 2026

Salieron del bar pasadas las tres, con la cabeza todavía llena de todo lo que Roberto acababa de contarles sobre Bernal. Rozada vivía en un ático del Paseo de Sagasta, con vistas al Parque Grande y una placa de bronce en el portal que decía Fundación Rozada-Solana, Desarrollo y Territorio. Marcos la señaló sin decir nada. Sara ya la había visto en el registro mercantil, pero verla colgada de una puerta real era distinto.

Les abrió una mujer de servicio de unos sesenta años. Los hizo esperar en un vestíbulo de parqué antiguo y una lámpara de araña que llevaba décadas sin actualizarse, como todo en esa casa.

Rozada los recibió en su despacho. Setenta y ocho años, delgado, con esa elegancia seca de los hombres acostumbrados a que la gente les pida las cosas con cuidado.

Sara Villalba, dijo, antes de que ella pudiera presentarse. He leído sus artículos. Todos.

Entonces sabe por qué estoy aquí.

Sé que está aquí. No sé por qué cree que voy a hablar con usted.

Sara sacó una copia de la resolución del Boletín Oficial de la Provincia y la dejó sobre la mesa, entre los dos.

Diciembre de 1994, dijo. Ramón Solana firma la autorización del camping Las Nieves. Sin informe técnico adjunto. Sin que nadie lo cuestione. ¿Sabe por qué nadie lo cuestionó?

Rozada no miró el papel.

No tengo ni idea de lo que firmaba mi socio hace treinta años.

Socio, dijo Marcos. Desde cuándo, exactamente.

Algo cruzó la cara de Rozada. Muy rápido, casi nada.

Eso está en el registro mercantil. Usted ya lo sabe, si se ha molestado en mirar.

Lo que no está en el registro, dijo Sara, es quién ordenó clasificar el archivo técnico del ayuntamiento en agosto de 1996. Tres semanas después de la riada.

El silencio duró más de lo que debería.

Presidente de la Diputación Provincial de Huesca, dijo Sara. Tenía autoridad de sobra para hacerlo. Y lo hizo.

Está especulando.

Estoy diciendo lo único que encaja con los hechos que sí puedo probar, dijo Sara. Y usted no lo está negando.

Rozada se levantó. Fue a la ventana, igual que Solana hacía en su despacho con el Ebro, aunque aquí solo había un parque con niños jugando y ninguna vista que pesara tanto.

¿Qué es lo que quiere, señorita Villalba?

La verdad, dijo Sara. Publicada. Con su nombre y el de Solana, los dos, en el mismo párrafo.

Y a cambio, dijo Rozada, ¿qué me ofrece usted?

Nada, dijo Sara. No hago tratos.

Rozada se rio, corto, sin ninguna alegría en ello.

Entonces no tenemos nada de qué hablar.

Ha muerto una mujer, dijo Sara. Se llamaba Alicia Sánchez. Tenía treinta y seis años. La mataron confundiéndola conmigo.

Por primera vez, algo pareció alcanzar a Rozada de verdad. No fue mucho. Un parpadeo más lento de lo normal. Pero fue algo.

Yo no tuve nada que ver con eso, dijo. Ni lo sabía.

Le creo, dijo Sara. Pero usted puso la primera piedra hace treinta años, y todo lo que ha pasado desde entonces se ha construido encima de ella. Castán. Ferrer Ara. Alicia. Usted no apretó el gatillo ninguna vez. Pero clasificó el archivo que habría parado todo esto antes de que empezara.

Rozada no contestó.

Cuando esto se publique, dijo Sara, y se va a publicar, con usted o sin su versión, preferiría que la gente supiera que al menos le dieron la oportunidad de explicarse.

Rozada se quedó de pie junto a la ventana un momento largo.

Salgan de mi casa, dijo por fin. Sin dureza. Sin nada, en realidad. Solo cansancio.

Sara recogió el papel de la mesa. Lo dobló despacio.

Una última cosa, dijo. ¿Por qué clasificó el archivo?

Rozada la miró.

Porque Solana me lo pidió, dijo. Y porque en 1996 todavía creía que le debía algo. Tardé quince años en darme cuenta de que no era verdad. Y otros quince en no saber qué hacer con eso.

No dijo nada más.

Sara y Marcos salieron sin que nadie los acompañara a la puerta.

En el ascensor, Marcos rompió el silencio.

No ha dicho que no.

No, dijo Sara. Y eso es casi tan bueno como que dijera que sí.

Salieron a la calle. El Parque Grande enfrente, con sus niños y sus perros y su vida normal siguiendo su curso, como si en el edificio de detrás no acabara de admitirse, casi sin palabras, el origen de todo.

¿Y ahora?, dijo Marcos.

Ahora escribo, dijo Sara. Y Solana y Rozada aparecen juntos en el mismo párrafo, como debió ser desde el principio.

CAPÍTULO 33

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

Le vino entera una frase que llevaba treinta años sin recordar: Pipó es mejor que Canelo, pero no se lo digas. Se la había dicho a una niña que se llamaba Heidi esa semana, sin saber que esa semana se le iba a acabar en una sola noche de agosto, ni que el nombre real de esa niña iba a tardar treinta años en llegarle.

Sara se quedó sentada en el suelo de la habitación del hotel mucho después de que la imagen volviera entera.

Buscó la entrevista que había encontrado antes, la del periódico local de Valencia, y la releyó con esta luz nueva.

Perdí a mi hermano mayor. Rafa tenía dieciséis años. Mis padres y mi hermano Javi sobrevivieron, y yo también, pero Rafa no. Durante muchos años no hablé de ello. Luego aprendí que no hablar no significa olvidar. Solo significa cargar con ello en silencio.

Sara leyó eso tres veces.

Sara cerró el portátil.

El hotel estaba en silencio. Fuera Zaragoza seguía su noche sin saber nada de nada. Y en algún cementerio de Valencia Rafa Sánchez llevaba treinta años esperando que alguien dijera en voz alta por qué.

Eso también se lo debían a Alicia.

No solo la verdad sobre Solana. También eso. Que el nombre de Alicia Sánchez apareciera en el reportaje. Que no fuera solo un cuerpo encontrado en un collado sino una mujer de treinta y seis años que había perdido a su hermano de niña y que había crecido y había construido una vida y que había vuelto al valle buscando lo mismo que buscan todos los que sobreviven cuando la culpa de otros lo hace posible.

Sara cogió el cuaderno y escribió su nombre.

Alicia Sánchez. Valencia. Treinta y seis años.

Y debajo escribió el nombre de su hermano.

Rafael Sánchez. Valencia. Dieciséis años. 7 de agosto de 1996.

Los dejó ahí escritos en el cuaderno y apagó la luz.

CAPÍTULO 34

Sara. Zaragoza, octubre de 2026

No durmió esa noche.

Se quedó tumbada con los ojos abiertos en la oscuridad del piso prestado, y cuando por fin empezó a vencerla el sueño no fue la cara de Alicia la que le vino a buscar, sino alguien a quien llevaba treinta años sin dejar entrar del todo. Si una superviviente podía construir treinta años de vida encima de aquella noche, ella también había construido los suyos encima de otra ausencia que nunca había terminado de enterrar.

Óscar rondaba cerca aquel verano. Diez años, y fingía no estar pendiente de su hermana pequeña cuando lo estaba siempre. A veces se acercaba y las miraba un momento sin decir nada y luego se iba con los chicos mayores. Sara lo sabía. Sabía que estaba ahí aunque no lo mirara.

Óscar.

Sara apoyó la frente en el cristal frío de la ventana.

Había pensado en él muchas veces a lo largo de los años. No siempre con dolor. A veces simplemente con la presencia difusa de alguien que formó parte de ti en un momento que ya no existe. Un niño de diez años en un árbol en la oscuridad sujetándola con los dos brazos. La última imagen que tenía de él era esa. Los brazos. El agua subiendo despacio hasta los pies. Las dos manos agarradas mientras esperaban algo que no sabían nombrar. Y luego nada. Ni rescate, ni despedida, ni un último momento que pudiera guardar entero. Solo el árbol, y después el hospital, y en medio un vacío que durante treinta años no había sabido llenar de ninguna manera.

Nadie le había dicho nada concreto de él después. Ella con seis años y el shock y el sistema absorbiendo todo. Había aprendido muy pronto que había preguntas que hacían una cara en los adultos que era mejor no ver. Y había guardado a Óscar en el mismo sitio donde guardaba las otras cosas. Muy adentro. Donde las cosas no duelen tanto si no las miras directamente.

Pero Óscar seguía ahí. En el camping corriendo delante de ella. En el puente de Santa Elena llamándola desde la orilla. En la barca

de Búbal dejándola remar y la barca dando una vuelta entera y todos riéndose. Siempre ahí, en esos días que fueron los mejores y los últimos a la vez.

Sara.

Marcos estaba detrás de ella. No la tocó. Solo dijo su nombre, tranquilo, que era su forma de decir estoy aquí sin decir nada más.

Sara se giró.

La conocí en el camping, dijo. Tenía seis años. Tenía un perro.

Marcos asintió despacio.

Solana la confundió conmigo, dijo Sara. No era una pregunta, aunque tampoco podía llamarla certeza del todo. Era la única explicación que encajaba con todo lo demás. Alguien tuvo que verla en el valle, sola, pelo oscuro, la misma edad. Alguien tuvo que dar por hecho que esa mujer era la periodista que llevaba semanas haciendo preguntas. No tenía manera de probarlo. Pero encajaba, y encajaba tan bien que dolía.

Y estaba en el lugar exacto donde tú tenías razones para estar.

Sí.

El silencio entre los dos duró un momento.

Fui yo, dijo Sara. Tendría que haber sido yo.

No.

Marcos.

No, repitió. Sin dureza. Con esa firmeza tranquila suya. Solana cometió un error. Eso no te convierte a ti en responsable de nada.

Sara miró sus manos. Las tenía apoyadas en el alféizar de la ventana y no recordaba haberlas puesto allí.

Alicia fue al camping de niña como yo, dijo. Perdió a alguien como yo perdí a los míos. Y volvió al valle treinta años después buscando lo mismo que yo habría ido a buscar.

Hizo una pausa.

Y creo que la mataron en mi lugar.

Marcos no contestó.

Sara no se movió del alféizar. Miraba sus propias manos, que estaban quietas sobre la madera, y pensaba en Alicia con seis años diciendo *con la mano, supongo, como todo*. Treinta años de vida construida encima de esa noche. Un estudio de diseño en el barrio del Carmen. Un piso compartido con una amiga. Un viaje a Oporto. Una cuenta de Instagram casi sin actividad. Todo eso, y al final

volvió al mismo sitio y alguien la confundió con ella y la mató creyendo que hacía su trabajo.

Alicia no tenía que haber muerto.

Sara tenía que haber muerto.

Eso era lo que el cuerpo procesaba, no la cabeza. La cabeza sabía que no era así, que Solana había cometido un error, que ella no era responsable de nada. Pero el cuerpo no entiende de lógica cuando calcula deudas. El cuerpo lleva la cuenta de otra manera.

Sintió que algo se movía en el pecho. No lágrimas —Sara no lloraba fácilmente, lo había aprendido de niña y se le había quedado — sino algo anterior a las lágrimas, algo que se acumula cuando no lloras durante demasiado tiempo y que pesa más.

Marcos se acercó.

No dijo nada. No le preguntó si estaba bien porque los dos sabían que no estaba bien y la pregunta habría sido una mentira educada. Solo se puso a su lado, cerca, presente sin imponer, que era su manera de estar. Y luego, despacio, le puso una mano en la espalda. Solo eso. La palma abierta entre los omoplatos, quieta, sin moverse.

Sara cerró los ojos.

No supo cuánto tiempo estuvieron así. El piso en silencio. Zaragoza afuera siguiendo su noche sin enterarse de nada. La mano de Marcos en su espalda, quieta, sin moverse, sin pedir nada.

Cuando Sara abrió los ojos los tenía secos. Pero algo había bajado de sitio, algo que llevaba horas demasiado arriba.

Gracias, dijo en voz baja.

Marcos no contestó. Retiró la mano despacio.

¿Sabes que estoy aquí?, dijo.

No era una pregunta exactamente. Era algo distinto, algo que no necesitaba respuesta pero que quería decirse igual.

Lo sé, dijo Sara.

Y lo decía de verdad. No como una fórmula. Lo sabía de esa manera en que se saben las cosas que llevan tiempo siendo verdad antes de que las pongas en palabras.

Sara se apartó de la ventana.

Tengo que llamar al teniente, dijo.

¿Ahora?

Ahora. Cogió el teléfono. Y luego tenemos que encontrar la manera de conectar a Solana con esto. Porque Alicia se merece lo

mismo que Ferrer Ara y que Castán. Que alguien diga en voz alta lo que pasó.

Marcó el número del teniente.

Mientras esperaba a que descolgara miró por la ventana hacia el norte, hacia donde los Pirineos estaban aunque no se vieran desde ahí, detrás de los edificios y las nubes y los kilómetros de distancia.

Las montañas siempre están aunque no las veas.

Teniente Salas, dijo la voz al otro lado.

Soy Sara Villalba, dijo ella. Creo que sé quién es la mujer del collado. Y creo que sé por qué está muerta.

CAPÍTULO 35

Sara y Marcos. Valle del Gállego, octubre de 2026

Salas la escuchó esa noche sin interrumpir. Sara le contó lo de Heidi, lo de Canelo, que la mujer del collado se llamaba Alicia Sánchez y que había estado en el camping Las Nieves de niña, igual que ella. Le contó que las dos tenían la misma edad, el mismo pelo, la misma costumbre de volver sola a los sitios que dolían. No le dijo que creía que la habían matado por error, en su lugar. Eso todavía no sabía cómo decirlo en voz alta a un desconocido, ni siquiera a un teniente. Salas tomó notas, hizo pocas preguntas, y prometió confirmar la identidad cuanto antes.

La investigación los llevó de vuelta al valle tres días después.

No era lo que Sara había planeado. Había planeado quedarse en Zaragoza, trabajar desde el hotel, construir el caso desde los documentos y las llamadas y las búsquedas en bases de datos. Pero el teniente Salas había confirmado la identidad de Alicia Sánchez y había abierto una línea de investigación que conectaba los dos casos, Castán y Alicia, y había pedido a Sara que se personara en Jaca para ampliar su declaración.

Y había algo más.

Un vecino de Biescas había llamado a la Guardia Civil dos días después de encontrar el cuerpo. Un hombre mayor que había visto a Alicia en el pueblo los días anteriores a su muerte. Que había visto también, dijo, a otro hombre. Que la seguía.

Sara quería hablar con ese vecino antes que nadie.

Salieron de Zaragoza a las ocho de la mañana. Marcos conducía. Sara tenía el portátil abierto en el asiento del copiloto y miraba la pantalla pero no leía nada. El paisaje cambió despacio, la llanura del Ebro quedando atrás, los primeros relieves apareciendo en el horizonte, y luego la carretera empezando a subir y los montes cerrándose a los lados y el aire volviéndose otro.

Sara cerró el portátil cuando entraron en el valle del Gállego.

No podía evitarlo. Nunca podía evitarlo cuando volvía aquí, que era pocas veces y siempre por trabajo y siempre con la misma sensación: que el valle la reconocía aunque ella intentara no

reconocerlo a él. Los chopos amarillos en octubre. El río abajo, plateado entre las piedras. Las cumbres al fondo, algunas ya con la primera nieve de la temporada.

¿Estás bien?, dijo Marcos sin mirarla.

Sí, dijo Sara.

Marcos no dijo nada más. Siguió conduciendo.

Llegaron a Biescas a las once. Aparcaron en la plaza y fueron a pie hasta la dirección que el teniente les había dado. Una casa de piedra en una calle estrecha del casco antiguo, con una maceta de geranios mustios en la ventana del primero y un timbre que sonó demasiado fuerte en el silencio de la mañana.

El vecino se llamaba Aurelio Nasarre. Tenía setenta y ocho años y los ojos de alguien que ha pasado toda la vida mirando las montañas y ha aprendido a leer en ellas cosas que otros no ven.

Los hizo pasar a una cocina pequeña y caliente. Les puso café sin preguntar.

No se sentó enseguida. Se quedó de pie junto al fogón, removiendo un café que no había servido para él, y antes de que Sara pudiera preguntar nada dijo que no quería líos. Que su nieto trabajaba de recepcionista en el hotel de Solana en el valle de Tena, que era el único sueldo bueno que había entrado en esa casa en quince años, y que él no iba a ser quien se lo quitara por hablar de algo que a lo mejor ni siquiera tenía que ver con lo que ellos pensaban.

Sara no insistió. Le dijo que entendía perfectamente que no quisiera arriesgar nada, que ella solo quería entender qué le había pasado a una mujer de treinta y seis años que un día había paseado por esa misma calle y que ya no iba a volver a pasear por ninguna. No le pidió que firmara nada. No le pidió que pusiera su nombre en ningún sitio. Solo le pidió que se lo contara a ella, en esa cocina, una vez.

Aurelio se quedó callado un momento. Luego se sentó.

La chica llegó un lunes, dijo. La vi en la plaza ese mismo día. Luego la vi dos veces más, paseando por el río, haciendo fotos. Una chica sola, de ciudad, eso se nota. Miraba las cosas como si las viera por primera vez.

¿Y el hombre?, dijo Sara.

Aurelio dejó la taza en la mesa.

El segundo día. Un hombre en un coche aparcado cerca de la pensión. No bajó en ningún momento que yo viera. Solo estaba ahí. Un coche oscuro, no sé la marca, soy mayor para esas cosas. La matrícula no llegué a cogerla.

¿Lo vio más veces?

El día que subió al collado lo vi por la mañana. Aparcado en el mismo sitio. Y luego por la tarde ya no estaba.

Sara y Marcos se miraron.

¿Podría describir al hombre?, dijo Marcos.

No lo vi bien. Dentro del coche, con el cristal. Grande, complexión fuerte. Cuarenta y tantos, calculo, quizá cincuenta. Pelo oscuro, corto. Tenía un periódico apoyado en el volante, como si esperara leyendo, aunque no sé si de verdad lo leía o solo hacía tiempo. No sé decirle mucho más, era el cristal y la distancia.

Marcos anotó la descripción sin decir nada.

Sara sintió algo frío bajarle por la espalda que no tenía nada que ver con el viento que entraba por la puerta. Cincuenta y tantos años. Complexión fuerte. El mismo hombre del banco frente a su piso en Zaragoza, semanas atrás, con el mismo periódico doblado y la misma manera de no llamar la atención llamándola toda. No podía probarlo. Pero lo sabía con la misma certeza fría con la que sabía otras cosas que no podía probar.

Antes de que se levantaran, Aurelio les pidió una cosa. Que lo que había dicho lo usaran para saber, no para citarlo. Que no quería ver su nombre en ningún periódico ni delante de ningún juez. Sara se lo prometió. Era una fuente, no un testigo, y a veces eso también había que respetarlo.

Salieron de casa de Aurelio a la una.

El cielo había cambiado mientras estaban dentro. Nubes bajas que bajaban rápido desde el norte, ese tipo de nubes que en el Pirineo significan que el tiempo ha decidido algo. El viento olía a nieve aunque todavía no nevara.

No es Solana, dijo Sara en voz baja.

Setenta y un años, pelo blanco. No encaja con lo que ha descrito.

Alguien que trabaja para él, dijo Marcos. Alguien capaz de quedarse dos días aparcado sin que nadie sospeche.

Tenemos que decírselo a Salas, dijo Marcos.

Lo sé. Sara miró la calle. Pero primero quiero ver el lugar.

¿Qué lugar?

Donde estaba el camping.

Marcos la miró.

Sara.

Necesito verlo, dijo ella. No era una explicación. Era simplemente la verdad, dicha sin dramatismo, con una calma que no era frialdad sino otra cosa. He vuelto aquí muchas veces por trabajo y nunca he bajado al río. Siempre he evitado ese tramo. Hoy no.

Marcos la miró durante un momento. Luego asintió.

Cogieron el coche y siguieron la carretera que bordeaba el Gállego hacia el sur. Sara miraba por la ventanilla. El río a la derecha, más bajo que en agosto, con ese color verde oscuro del otoño. Los chopos desnudándose. Las laderas con los últimos colores antes del invierno.

Aparcaron donde la carretera se ensanchaba junto a un camino de tierra.

Bajaron.

El terreno junto al río estaba llano y cubierto de hierba alta. No quedaba nada del camping. Treinta años de naturaleza recuperando lo suyo. Solo si sabías lo que estabas buscando podías intuir, en la manera en que el terreno bajaba hacia el río, en la forma de las orillas, que allí había habido algo.

Sara caminó hacia el agua.

El valle tenía en octubre una quietud que en agosto no tenía. Los chopos a lo largo del río habían amarilleado casi del todo y sus hojas caían solas, sin viento, calmadas, como las cosas que saben cuándo es su momento. Las laderas al fondo, con los últimos rojos y naranjas de los arces antes de que el frío se los llevara. Y por encima de todo las cumbres, blancas ya, cerrando el horizonte con la autoridad tranquila que tienen las montañas cuando la nieve les devuelve el perfil.

Era un sitio hermoso. Eso era lo que más le costaba. Que fuera tan hermoso.

Se paró en la orilla. El Gállego bajaba tranquilo, con la calma de río de montaña en otoño, que no dice nada de lo que es capaz cuando decide serlo. Miró el agua durante un momento largo. Luego miró las

montañas al fondo, las crestas con la nieve nueva, el cielo que seguía cerrándose.

No oyó el coche.

Lo oyó Marcos.

Un motor rugiendo a toda velocidad por el camino de tierra, directo hacia ellos, sin frenar, sin dudar un segundo.

¡Sara!

No hubo tiempo para entender nada. Marcos la golpeó con todo el cuerpo, un empujón brutal que la lanzó hacia la ladera, hacia las piedras, lejos del camino. Los dos cayeron rodando entre la hierba y las rocas justo cuando el coche pasaba, rozándolos, levantando una nube de polvo y grava que les golpeó en la cara.

El coche no paró.

Dio un volantazo brusco al final del camino, patinó sobre la tierra suelta, y desapareció carretera arriba con el motor todavía a fondo.

Silencio.

Sara se quedó tumbada un momento, sin aire, con el hombro ardiendo donde había golpeado contra una piedra. Se palpó el antebrazo. Sangre en la palma de la mano, un raspón largo y sucio de tierra. Nada roto, creyó. Nada que no pudiera mover.

¿Estás bien?, dijo Marcos.

Tenía la ceja partida, un hilo de sangre bajándole hacia el ojo, y se sujetaba la muñeca derecha con la mano izquierda, la cara contraída.

Creo que sí, dijo Sara. ¿Y tú?

Sobreviviré, dijo Marcos. Intentó sonreír y no le salió del todo.

Se quedaron un momento sentados en la hierba, magullados, con el corazón todavía desbocado, mirando el camino de tierra vacío por donde el coche había desaparecido.

No ha sido un aviso, dijo Sara. Ha intentado matarnos.

Marcos no dijo nada. Se levantó despacio, con una mueca, y ayudó a Sara a levantarse.

Nos ha visto, dijo Sara. No era miedo lo que había en su voz. Era algo más frío y más útil que el miedo.

Sabe que estamos aquí, dijo Marcos. Sabe exactamente dónde estamos.

Y ahora sabe que no le importa que le veamos la cara, dijo Sara. Eso es peor.

Sara se pasó la manga por el raspón del antebrazo, más para limpiarlo que porque sirviera de algo. Pensó que si el golpe de

Marcos hubiera llegado medio segundo más tarde, esta reflexión la estaría teniendo otra persona sobre ella, no ella sobre el coche.

Marcos sacó el teléfono.

Llamo a Salas ahora mismo.

Sí, dijo Sara.

No apartó los ojos del camino de tierra mientras Marcos marcaba. El camino estaba vacío. El coche había desaparecido. Pero la sensación de que alguien al otro lado de esas curvas seguía sabiendo exactamente dónde estaban no desapareció con él.

Salas escuchó todo sin interrumpir. Dijo que llegaran a Jaca a las cuatro, tal como ya estaba previsto para la declaración, y que se lo contaran todo entonces, en persona, con calma.

Sara miró el río una vez más.

El Gállego bajaba tranquilo. Como siempre. Como si no supiera nada.

Pero los ríos de montaña no avisan.

Pararon en un centro de salud de Sabiñánigo, de camino. Nada roto, dijo la enfermera, aunque los dos van a estar doloridos unos días. Les limpió las heridas, les puso unos puntos de aproximación en la ceja de Marcos y un vendaje en el antebrazo de Sara, y les preguntó dos veces si querían que avisara a alguien. Los dos dijeron que no. Llegaron a Jaca a las cuatro menos diez, curados por fuera, con las manos todavía temblándoles un poco por dentro.

CAPÍTULO 36

Sara. Jaca, octubre de 2026

El teniente Salas los había citado en la comandancia de Jaca a las cuatro de la tarde.

Sara y Marcos llegaron diez minutos antes. La sala de espera era pequeña, con sillas de plástico azul y una ventana que daba a un patio interior donde un guardia civil fumaba apoyado en la pared. Sara no se sentó. Marcos sí, con ese pragmatismo suyo de hombre que aprovecha cualquier momento de quietud porque sabe que no va a durar.

A las cuatro menos cinco entró otro hombre por la puerta.

Sara lo vio de refilón mientras miraba por la ventana. Un hombre de unos cuarenta años, complexión fuerte, pelo oscuro con algunas canas en las sienes. Ropa de montaña, discreta. Una mochila pequeña en el hombro. Cara de haber conducido mucho rato.

Se sentó dos sillas más allá de Marcos sin mirar a nadie.

Sara volvió a mirar el patio.

Fueron pasando los minutos.

El hombre sacó algo del bolsillo. Una moneda. Veinticinco pesetas, dorada, con un agujero en el centro. Y empezó a hacerla pasar entre los nudillos con una fluidez que no era de alguien que acaba de aprender ese truco. Era de alguien que lleva décadas haciéndolo sin pensar, que lo hace cuando espera o cuando piensa o cuando el cuerpo necesita ocuparse de algo para que la cabeza pueda ir a otro sitio.

Nudillo a nudillo. Despacio. Con esa precisión de los gestos muy repetidos.

Sara lo miró sin querer.

Y algo se detuvo dentro de ella.

No fue un pensamiento. Fue anterior al pensamiento, más profundo, de esa capa donde viven las cosas que el cuerpo guarda aunque la mente las haya perdido. Porque ese movimiento, ese giro concreto de la moneda entre los nudillos con el pulgar empujando desde abajo, lo había visto antes. Muchas veces. No en ese hombre solamente. En un niño de diez años sentado en los escalones de una

era en Bronchales mientras su padre le enseñaba el truco con una moneda de veinticinco pesetas, dorada y con un agujero en el centro, de las que ya no existen. Y después, muchas tardes distintas, ese mismo niño haciéndoselo a ella, cuando lloraba, sentados los dos en el suelo de su habitación, hasta que dejaba de llorar sin darse cuenta de en qué momento exacto había pasado.

No puede ser, se dijo.

Siguió mirando las manos. El gesto seguía siendo el mismo. Exactamente el mismo ritmo, la misma inclinación del pulgar, la misma manera de atrapar la moneda cuando llegaba al meñique para empezar de nuevo.

No puede ser, repitió en su cabeza.

Subió la mirada hacia la cara. El perfil. La mandíbula, más ancha que la recordaba pero con esa misma forma. Una manera de inclinar la cabeza ligeramente hacia la derecha cuando pensaba, como buscando algo en el aire de ese lado. Las cejas, que eran las de su padre.

Su corazón hacía algo raro.

Treinta años diciéndose que su hermano había muerto en esa noche. Treinta años con el niño del árbol guardado en el sitio donde se guardan las cosas que no se pueden mirar directamente. Y ahora un hombre de cuarenta años en una silla de plástico azul haciendo pasar una moneda entre los nudillos de la misma manera exacta en que se la habían hecho pasar a ella, tantas tardes, tantas veces, en el suelo de una habitación que ya no existía.

Marcos la miró desde su silla. Notó algo en su cara y frunció el ceño ligeramente.

Sara no decía nada. No podía decir nada todavía. Había algo bloqueado entre lo que veía y lo que podía procesar, como cuando la luz tarda un momento en llegar después de encender el interruptor.

Su hermano estaba muerto. Lo había asumido de esa manera sorda con que se asumen las cosas cuando nadie te las dice de frente pero todos a tu alrededor actúan como si fueran verdad. Tenía seis años y nadie le explicó nada y ella misma había aprendido a no preguntar porque las preguntas hacían una cara en los adultos que era mejor no ver. Así que lo había guardado. Al niño del árbol lo había guardado en el mismo sitio donde guardaba las otras cosas y durante treinta años no lo había sacado.

Pero las manos.

Esas manos hacía treinta años habían sostenido a una niña de seis años en la oscuridad de un árbol. Y ahora estaban aquí, en una sala de espera de la Guardia Civil de Jaca, haciendo girar una moneda con una precisión que no se aprende de adulto.

Dio un paso. Luego otro. Sus pies se movían solos, sin que ella les diera una instrucción concreta, como cuando el cuerpo sabe algo antes que la cabeza y decide no esperar permiso. Se paró a un metro de él.

El hombre no la había visto todavía. Seguía mirando la moneda.

Sara abrió la boca. La cerró. No sabía qué decir. No había ninguna frase que sirviera para esto, ninguna que no sonara a locura o a error o a las dos cosas a la vez. Solo había una cosa que únicamente ellos dos podrían saber. Una sola cosa del mundo que nadie más había visto.

Le salió la voz muy baja. Casi sin sonido.

Me soltaste la mano en el árbol.

La moneda se detuvo.

El hombre levantó la cabeza.

La miró. Y en el momento en que sus ojos llegaron a los de ella Sara vio algo que no se puede fingir, ese reconocimiento que viene de antes de todo, de antes de los nombres y los años y las historias que nos contamos sobre quiénes somos.

Se quedó completamente quieto.

Sara, dijo.

No era una pregunta. Era la voz de alguien que ha pronunciado ese nombre miles de veces en silencio durante treinta años y ahora lo dice en voz alta por primera vez y descubre que suena exactamente igual que lo imaginaba.

La moneda cayó al suelo.

Ninguno de los dos la recogió.

Marcos se había levantado de la silla y estaba de pie a un lado, en silencio, ocupando el espacio justo sin invadir nada.

Sara cruzó el paso que los separaba y se paró delante de él. Óscar se levantó despacio, como si el cuerpo tardara en recibir las instrucciones. La miraba sin dejar de mirarla.

Sara le puso una mano en el brazo.

Solo eso. Una mano en el brazo, encima de la manga de la chaqueta de montaña. Pero fue suficiente para que algo se rompiera

en algún sitio, silenciosamente, como se rompen las cosas que llevan demasiado tiempo aguantando.

Óscar cerró los ojos.

Cuando los abrió los tenía húmedos pero la voz le salió entera.

Pensé que eras tú, dijo. En las noticias. La mujer del collado. Treinta y seis años. El mismo sitio. Hizo una pausa. Vine a comprobarlo.

Lo sé, dijo Sara.

No podía saber si eras tú, dijo. Lo dijo como una disculpa y como una explicación y como el resumen de treinta años en seis palabras. La noticia no daba el nombre. Y tú llevabas media vida sin aparecer en ningún sitio donde yo supiera buscar.

Me adoptaron, dijo Sara. Me cambié el apellido.

Óscar asintió despacio. Como si eso explicara algo que había llevado años sin explicación.

¿Cuánto tiempo llevas buscándome?, preguntó Sara.

Desde que recordé que existías. Una pausa. Años.

Sara le miró. Cuarenta años. El niño de diez que la había sujetado en la oscuridad convertido en este hombre con canas en las sienes y los ojos de alguien que ha cargado con algo pesado durante mucho tiempo.

¿Cómo te llamas ahora?, preguntó.

Algo cruzó su cara. Entre la ironía y el dolor.

Óscar Villalba, dijo. Al final lo recordé. Tardé años pero lo recordé.

Sara no dijo nada durante un momento.

Hay muchas cosas que contarte, dijo.

Lo sé. Óscar miró el suelo donde estaba la moneda. Se agachó y la recogió. La sostuvo un momento en la palma de la mano antes de guardarla. Y yo a ti.

¿Tienes tiempo?

Óscar levantó la vista.

Treinta años esperando, dijo. Tengo todo el tiempo del mundo.

Óscar la miró de arriba abajo entonces, como si la viera de verdad por primera vez, más allá del reconocimiento inicial.

¿Qué os ha pasado?, dijo. Señaló, con un gesto pequeño, la venda del antebrazo de Sara y la ceja de Marcos.

Es una larga historia, dijo Sara.

Óscar asintió despacio, sin insistir, aunque algo se le tensó en la mandíbula.

Entonces espero a que me la cuentes, dijo.

La puerta de la sala se abrió y el teniente Salas asomó la cabeza.

¿La señorita Villalba?

Soy yo, dijo Sara sin apartar los ojos de Óscar.

Y yo soy Óscar Villalba, dijo Óscar. Superviviente de la riada del Arás, agosto del 96. Creo que también querrán hablar conmigo.

El teniente los miró a los dos. Luego a Marcos. Luego otra vez a los dos.

Pasen, dijo.

Sara y Óscar entraron juntos por primera vez en treinta años.

La moneda de veinticinco pesetas seguía en su mano.

CAPÍTULO 37

Sara, Óscar y Marcos. Jaca, octubre de 2026

Salieron de la comandancia a las seis y media.

El teniente Salas los había escuchado durante dos horas. A Sara, a Óscar, a Marcos. Había tomado notas con una seriedad que no era indiferencia sino la concentración de alguien que entiende que lo que está oyendo es más grande de lo que parecía tres días antes. Al final había dicho que necesitaba consultar con sus superiores y que no se fueran lejos.

Ninguno de los tres tenía intención de irse lejos.

Encontraron un bar en la calle Mayor con mesas al fondo, lejos de la ventana y de la puerta, de esas mesas que invitan a hablar sin que nadie escuche. Marcos pidió tres cafés y algo de comer porque eran casi las siete y ninguno había comido desde el mediodía. El camarero trajo un plato de jamón y pan con tomate y lo dejó en el centro sin decir nada.

Óscar miraba la mesa.

Sara le miraba a él.

Había estado mirándole durante dos horas en la comandancia, buscando al niño de diez años dentro del hombre de cuarenta, encontrándolo a ratos en un gesto, en una manera de fruncir el ceño, en la forma en que escuchaba con todo el cuerpo quieto y la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha.

Cuéntame, dijo Sara.

Óscar levantó la vista.

¿Por dónde empiezo?

Por el principio.

Óscar asintió. Cogió el café. Lo sostuvo entre las manos como hacía Marcos cuando pensaba, y Sara pensó que los hombres que han pasado mucho tiempo solos aprenden a hacer eso, a sujetar cosas calientes mientras ordenan lo que llevan dentro.

No recuerdo el hospital, dijo. O casi nada. Imágenes sueltas, luz blanca, mucho ruido. Me dijeron después que estuve sin hablar varios días. Que cuando empecé a hablar no sabía mi nombre. No sabía nada.

Hizo una pausa.

Los médicos dijeron que era temporal. Que volvería. Pero no volvió. No de golpe, como esperaban. Pasaron semanas y seguía sin saber quién era. Me pusieron un nombre provisional en los papeles. David. No sé por qué David. Alguien eligió ese nombre y yo fui David durante mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo?, preguntó Sara.

Años. Lo dijo sin dramatismo, como un hecho. Fui David Arenas durante casi cinco años. Lo que tenía no era solo no saber quién era. Los médicos de Jaca dijeron que necesitaba algo que ellos no podían darme, un centro especializado en amnesia infantil postraumática, y el único con plaza libre estaba en Oviedo. No existían entonces los medios de hoy para identificar a nadie deprisa, y con el caos de esos días, tramitaron el traslado con la urgencia de que tuviera atención médica cuanto antes. Nadie llegó a identificarme a tiempo. Primero un centro de menores allí. Luego con una familia de acogida, primero en Oviedo y más tarde en Huesca. Gente buena, no tengo nada malo que decir de ellos. Pero yo no era yo. Era un niño que no sabía de dónde venía y que cada noche intentaba encontrar algo conocido en la oscuridad y no encontraba nada.

Sara no dijo nada.

Y entonces un día, dijo Óscar, estaba buscando pilas en un cajón de la cocina, en casa de mi familia de acogida, y encontré una bolsa que Diego había guardado desde el primer día. Mis cosas del hospital. Dentro estaba la moneda. La de veinticinco pesetas con el agujero. Y sin saber por qué empecé a hacerla pasar entre los nudillos.

Se detuvo.

Nunca había hecho eso antes. O eso creía. Pero mis manos lo sabían. Lo sabían perfectamente, como si lo hubieran hecho miles de veces. Y mientras la hacía girar algo se abrió. Una imagen. Un hombre mayor sentado en unos escalones de piedra enseñándome ese mismo truco. Manos grandes y morenas de trabajar la tierra. Una voz que decía así, con el pulgar así.

Le temblaba ligeramente la voz. Solo un poco. Lo suficiente para que Sara lo notara.

¿Papá?, dijo ella en voz baja.

Papá, dijo Óscar.

Marcos había dejado el café en la mesa y miraba el mantel.

Esa noche no dormí, continuó Óscar. Estuve dando vueltas a esa imagen, intentando estirla, intentando que me diera más. Y poco a poco fueron llegando otras cosas. Una cocina pequeña. Una calle con nieve. Un campanario. Y un nombre. Bronchales.

¿Cuánto tardaste en ir?

Casi dos años. Tenía catorce años y no podía ir solo. Esperé a tener dieciséis y a poder moverme con más libertad. Y fui.

Cogió un trozo de pan. Lo dejó en el plato sin comerlo.

Bronchales es un pueblo pequeño, dijo. La gente mayor recuerda todo. Fui a la plaza, pregunté por las familias que se dedicaban a la agricultura, a los que tenían hijos. Y una señora mayor me miró y me dijo eres el hijo de Miguel Villalba, tienes sus mismos ojos.

Sara cerró los suyos un momento.

Villalba, dijo.

Villalba, repitió Óscar. Así volví a tener apellido. Dieciséis años y un apellido. Luego busqué en los archivos de la riada. Había listas de víctimas, de supervivientes. Miguel Villalba. María Villalba. No aparecían como supervivientes. Una pausa. Y luego encontré otro nombre. Sara Villalba. Superviviente. Seis años.

Me buscaste.

Te busqué durante años. Lo dijo con una calma que costaba algo mantener, se notaba. Pero Sara Villalba no existía en ningún registro actual. Ningún padrón, ninguna dirección, ningún teléfono. Como si hubieras desaparecido.

Me adoptó Carmen a los doce años, dijo Sara. Nunca me cambió el apellido.

Lo deduje después. Pero en ese momento no lo sabía y no había manera legal de acceder a esa información. Los registros de adopción están protegidos. Óscar miró sus manos. Intenté buscar por otros caminos. Periodistas que hubieran cubierto la riada, asociaciones de familiares de víctimas. Nada. Y en algún momento dejé de buscar a Sara Villalba y empecé a buscar la verdad sobre lo que pasó. Porque si no podía encontrarte a ti al menos podía encontrar eso.

Sara le miró durante un momento.

Llevo doce años firmando como Sara Villalba, dijo. Reportajes. Sobre la riada. Están en internet. Cualquiera puede encontrarlos.

Lo sé. Ahora lo sé. Óscar miró la mesa. Dejé de leer lo que se publicaba sobre la riada hace muchos años. Cada aniversario eran las mismas cifras, las mismas fotos de archivo, y tu nombre sin aparecer nunca en ninguna parte. Llegó un punto en que abrir un periódico era volver a perderte. Así que me fui a los papeles del 94, a los registros, a Bronchales. A los sitios donde la verdad no tenía tu nombre y por eso no dolía buscarla. Hizo una pausa. Llevabas años ahí, firmando con nuestro apellido, y yo mirando hacia otro lado por no soportar el sitio donde no estabas.

Sara no dijo nada durante un momento. Había algo absurdo y perfectamente humano en eso: dos personas buscándose durante décadas por caminos que no se cruzaban precisamente porque los dos habían aprendido a protegerse del mismo dolor.

¿Y encontraste a Esteban Corral?, dijo Sara.

Óscar la miró.

¿Lo conoces?

No. Pero creo que es el hombre de la sierra de Albarracín que vio a Solana sacar los archivos.

Óscar asintió despacio.

Se llama Esteban Corral. Setenta y dos años. Es de un pueblo pequeño de la sierra, pero vive en Albarracín desde hace años. Se fue joven a trabajar de mantenimiento a la Diputación de Huesca, como hacía tanta gente de la zona entonces, y al jubilarse se instaló allí, que es más grande y tiene de todo. Pregunté por Bronchales en un bar y alguien me habló de él, me dijo que había trabajado toda la vida en la Diputación. Fui a verle a Albarracín hace tres años. Dijo que una noche de agosto del 96, pocas semanas después de la riada, vio a dos hombres sacar juntos una caja de archivos por la puerta trasera. Que uno era el presidente de la Diputación, y que al otro lo reconoció después, con los años, como el propio Solana. Que no lo había contado nunca porque nadie le había preguntado y porque no quería problemas.

¿Está dispuesto a declarar?

Se lo pregunté. Óscar hizo una pausa. Dijo que si alguien con nombre y apellidos se lo pedía en serio, sí.

Sara miró a Marcos. Marcos la miró a ella.

Tenemos el informe del 93, dijo Sara despacio, pensando en voz alta. Tenemos la resolución del 94 con la firma de Solana. Tenemos la desaparición de Ferrer Ara. Tenemos la muerte de Castán.

Tenemos a Aurelio Nasarre que vio a un hombre siguiendo a Alicia. Y ahora tenemos a Esteban Corral que puede poner a Rozada, con nombre y cara, sacando el archivo de la Diputación la misma noche que él mismo ordenó clasificarlo.

Y tenemos el intento contra vosotros en el río, dijo Óscar.

Que no podemos probar que fue Solana, dijo Marcos.

Todavía, dijo Sara.

El bar se había ido llenando despacio con la gente de después del trabajo. Voces, ruido de sillas, el televisor en la barra con las noticias de las ocho. El mundo normal siguiendo su curso.

Hay algo más, dijo Óscar.

Sara le miró.

He estado investigando esto por mi cuenta, dijo Óscar. Años. No tengo todo organizado todavía. Necesito un poco de tiempo para reunirlo bien.

¿Qué clase de cosas?, dijo Sara.

Nombres, dijo Óscar. Conexiones. Gente que financió cosas que no debería haber financiado. Pero quiero dártelo bien hecho, no a trozos en un bar.

Sara le miró durante un momento. Había algo en la manera en que lo decía, esa mezcla de querer ayudar y no saber todavía cómo hacerlo con alguien a quien apenas conocía, que Sara reconoció porque era exactamente lo que ella misma sentía.

Cuando estés listo, dijo Sara.

Marcos miraba a los dos sin decir nada. Discreto, como siempre.

¿Por qué no has publicado nada tú solo en todos estos años?, dijo Sara.

Porque no soy periodista, dijo Óscar. Y porque solo no era suficiente. Necesitaba a alguien que supiera cómo hacerlo inatacable.

Sara asintió.

Afuera la noche había caído sobre Jaca con ese frío limpio de octubre que baja de los Pirineos sin avisar. Dentro el bar olía a café y a gente y a ese calor colectivo de los sitios donde la vida sigue su curso normal.

¿Cuánto tiempo necesitáis para el reportaje?, dijo Óscar.

Marcos miró a Sara.

Semanas, probablemente, dijo Sara. Hay mucho que verificar todavía. Esteban Corral, los documentos bancarios, lo de Salas. No

hay prisa por hacerlo mal.

Vale, dijo Óscar.

Algo en su cara se soltó un poco, aunque no del todo. No era alivio exactamente. Era el principio de algo, el primer paso de un camino que los dos sabían que iba a ser largo, tanto el del reportaje como el otro, el que tenían entre ellos.

Sara lo vio.

Y pensó que treinta años era mucho tiempo para cargar solo con algo que debería haber sido de los dos.

CAPÍTULO 38

Sara y Óscar. La mañana siguiente. Jaca, octubre de 2026

Fue Marcos quien les dio el espacio.

Lo hizo sin decirlo. Discreto, como siempre. Esa mañana llegó al hotel con el portátil bajo el brazo y dijo que tenía llamadas que hacer y trabajo que adelantar y que no le esperaran para desayunar. Y antes de desaparecer por el pasillo le lanzó a Sara una mirada breve que ella entendió perfectamente.

Sara y Óscar se quedaron solos en el comedor del hotel con dos cafés que ninguno de los dos había pedido todavía.

No sabían por dónde empezar.

Eso fue lo primero que Sara notó, antes que nada: que no sabían. Que treinta años de ausencia no se llenan con una conversación de comandancia y una mano en el brazo. Que tenían la misma sangre y los mismos diez minutos en un árbol en la oscuridad y nada más. El resto era un hombre desconocido sentado enfrente, con canas en las sienes y una moneda en el bolsillo, al que ella debería conocer y no conocía.

¿Has dormido?, dijo Óscar.

No mucho, dijo Sara. ¿Tú?

Tampoco.

Solo el silencio.

El camarero se acercó y los dos pidieron café con una precisión innecesaria, de quien necesita decir algo concreto para no tener que decir nada más.

¿A qué te dedicas?, dijo Sara, después de un momento.

Se oyó a sí misma y le pareció una pregunta absurda. Era la pregunta que le harías a un desconocido en una boda. No a tu hermano.

Logística, dijo Óscar. Una empresa en Huesca. No es gran cosa.

Ya.

Otro silencio.

Sara miró su café. Óscar miró el suyo. Ninguno de los dos sabía mirar al otro durante más de un par de segundos seguidos sin que

algo se volviera demasiado grande para sostenerlo en una mesa de hotel a las nueve de la mañana.

Esto es raro, dijo Óscar de repente.

Sara levantó la vista.

Mucho, dijo ella. Casi sonrió, sin saber si lo que sentía tenía algo de gracioso o no. Llevo treinta años pensando que estabas muerto y ahora estás aquí pidiendo un café con leche y no sé qué decirte.

Yo llevo años buscándote y ahora que te encuentro tampoco sé, dijo Óscar. Pensé que sabría. Pensé que en cuanto te viera todo iba a encajar solo.

¿Y no encaja?

Óscar lo pensó.

Encaja una parte, dijo. La de antes. La del árbol. Esa parte encajó en el momento en que te vi. Pero el resto... el resto no sé cómo se hace. No sé cómo se es hermano de alguien a quien no conoces.

Sara asintió despacio. Era exactamente lo que ella sentía y no había sabido ponerle nombre.

Tengo que volver a Huesca la semana que viene, dijo Óscar. Trabajo.

Yo tengo que seguir aquí, dijo Sara. Con la investigación.

Los dos se quedaron con eso un momento, como si fuera una noticia, aunque ninguno de los dos esperaba otra cosa.

¿Podemos llamarnos?, dijo Óscar. Sé que suena raro. Llamarte a mi hermana. Pero no sé cómo decirlo de otra manera.

Lláname, dijo Sara. Está bien que suene raro.

Óscar asintió.

Terminaron el café sin mucho más que decirse. Cuando se levantaron, Óscar le tendió la mano, y a mitad de gesto pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y la retiró, incómodo, sin saber si un apretón de manos era demasiado poco o una mano en el brazo era demasiado.

Al final no hicieron ninguna de las dos cosas.

Solo se quedaron un momento de pie, cerca, sin tocarse, dos personas que tenían que aprender desde cero algo que para los demás era automático.

Hasta pronto, dijo Óscar.

Hasta pronto, dijo Sara.

Le vio salir por la puerta del hotel hacia el aparcamiento. No se giró. Ella tampoco lo habría esperado.

Se quedó sentada un rato más con el café frío.

Pensó que debería sentir algo grande. Alivio, alegría, lo que fuera que se suponía que sentías cuando recuperabas a un hermano que llevabas treinta años llorando. Pero lo que sentía era más pequeño y más confuso que eso. Una mezcla rara de gratitud y extrañeza, como cuando reconoces una canción pero no recuerdas de dónde.

Marcos volvió media hora después.

¿Qué tal?, dijo, sin preguntar más de lo necesario.

Raro, dijo Sara. Muy raro.

Marcos no insistió. Solo asintió, callado, que decía aquí estoy sin necesitar decirlo, y empezó a sacar los documentos del día.

CAPÍTULO 39

*Sara. Zaragoza, finales de octubre y primeros de noviembre de
2026*

Óscar llamó por primera vez seis días después.

Sara estaba en la habitación del hotel donde se había instalado tras lo del archivo invadido, con el portátil abierto y tres pestañas de registros mercantiles, cuando el teléfono vibró con un número que todavía no tenía guardado del todo bien, porque no sabía si guardarlo como Óscar o como Óscar Villalba o como hermano, que le parecía una palabra demasiado grande para meterla en una agenda.

Hola, dijo Óscar.

Hola.

Silencio.

¿Cómo va todo?, dijo él.

Despacio, dijo Sara. Construyendo el caso. ¿Y tú?

Trabajo. Lo de siempre.

Hablaron seis minutos. Sara los contó después, sin querer, mirando el reloj del móvil cuando colgaron. Seis minutos en los que se preguntaron cosas que ya sabían la respuesta —cómo va el tiempo por allí, has comido, qué tal duermes— porque ninguno de los dos se atrevía todavía a las preguntas que sí importaban.

Antes de colgar, Óscar dijo algo que la dejó quieta un momento.

Tenías una manera de reírte, dijo. De pequeña. Echabas la cabeza hacia atrás y te tapabas la boca con las dos manos a la vez, como si te diera vergüenza que se te viera reír tanto. Me he acordado esta mañana sin venir a cuento.

Sara no dijo nada durante un segundo.

No me acuerdo de eso, dijo.

Ya. Pero lo hacías.

Colgaron poco después. Sara se quedó con el teléfono en la mano, pensando en una risa que no recordaba tener, intentando encontrarla en algún sitio de dentro y no encontrándola, y sintiendo de todas formas que algo en ese gesto descrito le pertenecía, aunque la memoria no la acompañara.

La segunda llamada, diez días después del reencuentro, no salió bien. Sara estaba cansada, con la investigación atascada en los documentos bancarios, y contestó con menos paciencia de la que pretendía. Óscar preguntó cómo iba el caso; ella dijo que no era buen momento; él se disculpó sin necesidad y colgaron antes de lo habitual, los dos sabiendo que habían tocado, sin querer, el borde de algo que todavía no sabían cómo nombrar.

Sara se quedó mirando el teléfono un rato largo. Pensó en llamarle otra vez para arreglarlo, y no lo hizo. No supo por qué no lo hizo. Quizás porque no sabía aún qué se arreglaba entre dos personas que apenas habían empezado a construir algo que arreglar.

Pasaron cinco días sin hablar.

Sara lo notó de una manera que no esperaba notar el silencio de alguien a quien apenas conocía. Miraba el teléfono más de lo normal. Pensaba si debería llamar ella. No llamaba.

Al sexto día fue Óscar quien llamó.

Estaba pensando, dijo, sin preámbulo, en el frontón de Bronchales. Jugábamos a la pelota contra la pared, tú y yo. Tenías cinco años y no llegabas a darle bien pero no querías que nadie te ayudara. Te ponías furiosa si alguien intentaba enseñarte.

Sara cerró los ojos un momento.

Algo se movió, muy pequeño, en algún sitio dentro de ella. No era exactamente un recuerdo. Era más una sensación, la sombra de algo que podría haber sido un recuerdo si hubiera tenido más tiempo para serlo. Una pared. Una pelota. Una rabia pequeña de niña que no quiere ayuda.

No me acuerdo, dijo Sara en voz baja. Pero te creo.

Eso es lo raro, dijo Óscar. Que yo me acuerdo de cosas tuyas que tú no tienes. Y supongo que tú tienes cosas mías que yo no tengo. Como si entre los dos tuviéramos una persona completa y cada uno solo la mitad.

Sara no contestó enseguida.

Siento lo del otro día, dijo finalmente. Estaba agotada y lo pagué contigo.

No pasa nada, dijo Óscar. Yo tampoco sé hacer esto muy bien.

Ninguno de los dos sabe.

No, dijo Óscar. Pero estamos en ello.

Eso fue todo. No fue una reconciliación grande ni un momento de música de fondo. Fue solo eso, dos personas reconociendo en voz alta que estaban torpes y que iban a seguir estándolo un tiempo, y que estaba bien que así fuera.

CAPÍTULO 40

Sara. Zaragoza, finales de octubre y primeros de noviembre de 2026

Las llamadas se hicieron más frecuentes a partir de ahí, sin que ninguno de los dos lo decidiera de forma consciente.

No eran largas. Casi nunca pasaban de diez minutos. Pero empezaron a tener una forma distinta, menos forzada, con más silencios que ya no incomodaban tanto, esos silencios que solo se permiten las personas que empiezan a estar cómodas estando calladas juntas.

Óscar seguía soltando recuerdos sin avisar, como quien deja caer algo sin querer y luego se sorprende de haberlo soltado.

Te subías a los árboles, dijo una tarde. No al chocho del camping, antes. En Bronchales. Había un nogal detrás de casa y te subías más alto que yo aunque eras más pequeña, y luego no sabías bajar y tenía que subir a buscarte. Te enfadabas conmigo por eso también. Decías que tú podías bajar sola.

¿Y podía?

Nunca, dijo Óscar. Ni una sola vez. Pero lo decías cada vez con la misma seguridad.

Sara se rió, una risa corta y genuina que la cogió desprevenida a ella misma.

Eso sí lo reconozco, dijo. Lo de no aceptar ayuda. Eso no se me ha quitado.

Ya me he dado cuenta, dijo Óscar, y algo en su voz tenía gracia de verdad, la primera broma real entre los dos.

Empezó a pasar que Sara también recordaba cosas, a veces.

No grandes. Fragmentos. El olor de un jersey de lana mojada. Una voz cantando bajito en la oscuridad de una tienda de campaña. Unas manos grandes ayudándola a montar en una bici sin que ella se diera cuenta de que ya iba sola. Se los contaba a Óscar cuando llamaba, dudando siempre, con la cautela de quien no está segura de si lo que tiene es un recuerdo real o uno construido de tanto desearlo.

Eso último es papá, dijo Óscar la noche que ella le contó lo de la bici. Soltaba el sillín sin decirte nada. Decía que si lo decías te ponías nerviosa.

¿Tú te acuerdas de eso?

Me acuerdo de que yo aprendí igual, dijo Óscar. Y de que él decía que con las dos hacía lo mismo.

Los dos se quedaron callados con eso un momento, ese silencio nuevo, el que ya no pesaba.

No se habían visto desde Jaca. Las semanas habían pasado entre llamadas cortas y la investigación que avanzaba despacio en paralelo, y ninguno de los dos lo había mencionado, pero los dos sabían sin decirlo que algo se estaba reconstruyendo, despacio, sin prisa, de la única manera en que esas cosas se reconstruyen de verdad.

Faltaban tres semanas para que Esteban Corral hiciera su declaración formal.

Cuando Óscar la llamó esa última vez antes de Bronchales, su voz tenía algo distinto. Menos cuidado. Más cercanía.

Tengo que enseñarte algo, dijo. Algo que llevo guardando mucho tiempo. Pero quiero hacerlo en persona.

¿Qué es?

Cuando nos veamos, dijo Óscar. Hace falta verse para esto.

CAPÍTULO 41

Óscar. Hospital de Jaca, agosto de 1996

Lo primero que supo fue que tenía frío.

No supo su nombre. No supo dónde estaba. No supo cómo había llegado hasta esa cama ni por qué le dolía el brazo ni por qué había una mujer con bata blanca mirándole desde la puerta con una expresión que él no tenía palabras para describir, pero que reconoció: la de alguien que no sabe qué decirte.

Solo supo que tenía frío y que las sábanas eran demasiado blancas.

Intentó recordar.

Buscó en su cabeza como se busca algo en un cajón oscuro, a ciegas, esperando encontrar algo conocido bajo los dedos. Pero el cajón estaba vacío. O no estaba vacío sino lleno de algo que no era recuerdos sino otra cosa, algo denso y oscuro que lo cubría todo como el barro cubre el fondo de un río después de la crecida.

El agua.

Eso sí lo tenía. El agua subiendo. Un ruido que no era ruido sino todo el mundo convertido en ruido. Y los brazos. Sus brazos alrededor de algo, alrededor de alguien, apretando con una fuerza que no sabía que tenía.

Luego nada.

La mujer de la bata entró despacio.

¿Sabes cómo te llamas?, dijo.

Él la miró.

Buscó otra vez. El cajón oscuro. Sus dedos encontrando solo barro.

Negó con la cabeza.

La mujer asintió de una manera que a él le pareció que ya lo esperaba.

¿Sabes cuántos años tienes?

Buscó. Esta vez encontró algo, no una palabra sino una sensación, un número que era más una forma que un concepto.

Diez, dijo. Le salió la voz rara, como si llevara mucho tiempo sin usarla.

La mujer asintió otra vez y escribió algo en un papel sin mostrarle qué.

¿Sabes dónde estás?

Negó.

Estás en el hospital de Jaca, dijo ella. Te encontraron en el río. Estás a salvo.

A salvo.

Él miró la palabra desde dentro. La giró. La examinó. No entendía del todo qué significaba estar a salvo cuando no sabías de qué habías escapado ni quién eras ni si había alguien en el mundo que te estuviera buscando.

¿Tienes familia?, dijo la mujer.

El cajón oscuro.

Los dedos buscando.

Algo. Había algo. Una voz. Más de una voz. Una cocina. Olor a pan. Pero cuando intentaba agarrarlo se deshacía como se deshace el azúcar en el agua, sin dejar nada excepto la certeza de que había estado ahí un momento antes.

Negó con la cabeza.

No porque no tuviera familia. Sino porque no podía encontrarla.

Le pusieron un nombre provisional en los papeles.

David Arenas, dijeron. Por ahora David Arenas.

No le preguntaron si le gustaba. Y a él no le importó porque David era tan ajeno como cualquier otra cosa. Todo era ajeno. El nombre, la cama, la ropa que no era suya, el paisaje por la ventana, esas montañas que no reconocía aunque algo en él las mirara con una familiaridad que no sabía explicar.

Los primeros días fueron así. La mujer de la bata volvía cada mañana con las mismas preguntas. ¿Recuerdas algo? ¿Sabes cómo te llamas? ¿Te viene algo a la cabeza?

Él siempre decía que no.

No porque mintiera. Sino porque los fragmentos que llegaban eran tan pequeños y tan rotos que no sabía si eran recuerdos de verdad o cosas que se estaba inventando para llenar el vacío. Una mano grande. Un tractor rojo. Un perro que se llamaba algo con jota o con ge. Una canción que alguien cantaba muy bajito por las noches.

¿Eso era su familia? ¿O era cualquier familia?

No lo sabía.

Lo que sí sabía, con una certeza que no venía de los recuerdos sino de algún sitio más profundo, era que había alguien. Que antes de ese hospital y de ese río y de esa cama demasiado blanca había alguien que era suyo y él era de ellos. Y que ese alguien estaba buscándole o debería estar buscándole o ya no podía buscarle.

Esa última posibilidad era la que no podía mirar directamente.

Así que no la miraba.

De noche, cuando el hospital se quedaba en silencio y solo quedaban los pitidos lejanos de las máquinas y el paso suave de las enfermeras por el pasillo, él buscaba en el cajón oscuro con más calma. Sin urgencia. Dejando que los dedos se movieran solos.

A veces llegaba algo.

Una tarde de verano. Calor seco de meseta. Alguien diciendo su nombre, su nombre de verdad, no David, sino otro nombre que casi podía oír pero que se disolvía justo antes de tomar forma completa.

Él se quedaba quieto con eso. Lo sujetaba con cuidado, como se sujetan las cosas frágiles, sin apretar para no romperlo.

O.

La primera letra. Estaba casi seguro de que la primera letra era O.

Un día, dos semanas después, miró por la ventana y vio las montañas.

Las había visto todos los días desde que estaba allí. Pero ese día las vio de otra manera, con una atención súbita, la que tienen las cosas cuando de repente dejan de ser fondo y se convierten en figura.

Las reconocía.

No sabía de dónde ni desde cuándo ni con quién las había mirado antes. Pero las reconocía con el cuerpo entero, con una certeza sin origen, la única que no puede fabricarse.

Había estado en esas montañas.

Antes del río. Antes del barro. Antes de que todo se rompiera, había estado en esas montañas con alguien que le importaba más que cualquier otra cosa del mundo.

Se le llenaron los ojos.

No de tristeza exactamente. De algo más grande y más difuso. De la distancia entre lo que sabía que había tenido y lo que no podía recordar.

La enfermera que pasaba por el pasillo le vio desde la puerta y entró.

¿Estás bien?, dijo.

Él miró las montañas.

Las conozco, dijo.

La enfermera miró también hacia la ventana. Luego le miró a él.

¿Las montañas?

Sí.

¿Recuerdas algo más?

Buscó. El cajón. Los dedos moviéndose despacio.

Una O, dijo. Mi nombre empieza por O. Creo.

La enfermera escribió algo en su papel y salió al pasillo a buscar a alguien.

Él se quedó mirando las montañas.

En algún sitio detrás de esas cumbres estaba lo que había sido antes de ser David. Estaba su nombre entero. Estaba la cocina y la mano grande y el olor a pan y la voz que cantaba bajito.

Estaba todo lo que no podía recordar pero que sabía que existía.

Lo sabía porque lo echaba de menos.

Y no puedes echar de menos algo que no has tenido.

CAPÍTULO 42

Óscar. Oviedo, 1999-2002

La familia de acogida se llamaba los Pardo.

Él llegó a su casa en enero de 1999, con doce años y una mochila pequeña que le había dado el centro de menores con ropa nueva que no había elegido él. Diego y Rosa Pardo. Ella maestra de primaria, él funcionario de hacienda. Un piso en el centro de Oviedo con dos habitaciones y una cocina grande y un gato naranja que se llamaba Rufo y que tardó tres semanas en acercarse a él y luego ya no se separó.

Eran buenos.

No sabía cómo decirlo de otra manera. Eran buenos de esa manera sencilla y sin aspavientos de la gente que hace lo que hace porque cree que hay que hacerlo y no necesita que nadie se lo agradezca. Rosa le preguntaba cada noche qué quería cenar. Diego le llevaba al fútbol los domingos aunque a él el fútbol no le gustaba demasiado pero iba porque notaba que a Diego le importaba hacer esas cosas con él. Le compraron libros. Le llevaron al médico cuando tuvo anginas. Le felicitaron el cumpleaños aunque no sabían cuándo era exactamente su cumpleaños y eligieron una fecha de julio porque en julio hacía buen tiempo y se podía hacer algo fuera.

Él lo recibía todo.

No con frialdad. Sino con una distancia involuntaria, la de quien sabe que está en un sitio prestado. Que la cama en la que duerme no es su cama de verdad. Que los platos que come no saben igual que los platos de antes, aunque no pudiera recordar exactamente a qué sabían los platos de antes.

Se llamaba David Arenas en todos los papeles.

En el colegio era David. Con los Pardo era David. En la calle, cuando alguien le preguntaba cómo te llamas, decía David, automático, de quien lleva años respondiendo a ese nombre aunque cada vez que lo dice algo dentro de él lo registre como una pequeña mentira.

Pero había momentos.

Momentos en que algo se filtraba por las grietas. Una tarde en que Rosa estaba haciendo pan y el olor de la cocina le golpeó de una manera que no esperaba, brusco y preciso como un puño en el pecho. Un domingo en que Diego lo llevó a caminar junto al río Sella y el olor del agua, verde y fría, le encogió el estómago sin que supiera decir por qué. Una noche de tormenta en que el ruido del agua contra las ventanas le hizo levantarse de la cama y quedarse quieto en el pasillo sin saber por qué, con el corazón desbocado y las manos apretadas contra los costados.

Rosa le encontró allí.

No le preguntó qué le pasaba. Le puso una mano en el hombro y le dijo ven y le llevó a la cocina y le hizo una manzanilla y se sentó con él hasta que el corazón se calmó.

¿Quieres contarme algo?, dijo.

Él miró la taza.

No sé qué contarte, dijo. No sé qué me pasa.

No tienes que saber qué te pasa para contármelo, dijo Rosa.

Él pensó en eso un momento.

A veces, dijo despacio, siento que hay algo que debería recordar y no recuerdo. Como una palabra que tienes en la punta de la lengua. Pero no es una palabra. Es algo más grande.

Rosa no dijo nada.

¿Crees que algún día lo voy a recordar?, preguntó él.

Rosa lo miró durante un momento.

Creo que el cerebro guarda las cosas hasta que estás listo para recibirlas, dijo. Y que cuando estés listo, van a llegar.

Él no supo si creérselo. Pero lo guardó.

Los tres años con los Pardo se resumían en lo esencial: David Arenas, doce, trece, catorce años, una versión de sí mismo que funcionaba sin terminar de ser suya. Buenas notas. Un amigo, Iván, con quien hablaba de música y nunca de nada importante. Sábados con hora de vuelta. Buenas noches dichas cada noche.

Funcionaba.

Pero había algo que nunca terminaba de encajar. Algo que notaba cuando se miraba en el espejo del baño, en ese segundo antes de que la cara se vuelva familiar y ya no la ves de verdad. Un extrañamiento.

Como si la persona que le devolvía la mirada fuera alguien a quien conocía pero no del todo.

Una tarde de febrero, con catorce años, Diego le preguntó si quería que iniciaran el proceso de adopción formal.

Él se quedó quieto.

¿Qué significa eso?, dijo.

Que pasarías a llamarte David Pardo, dijo Diego. Que seríamos tu familia de manera oficial.

Él miró sus manos.

Pensó en la letra O. En el nombre que no podía recordar pero que sabía que existía. En la cocina y el olor a pan y la mano grande y morena enseñándole a pasar una moneda entre los nudillos.

Todavía no, dijo.

Diego no preguntó por qué. Solo asintió.

Cuando quieras, dijo. Aquí seguimos.

Él levantó la vista y miró a ese hombre que llevaba dos años llevándole al fútbol aunque a ninguno de los dos les gustaba demasiado y que había elegido julio para su cumpleaños porque en julio hacía buen tiempo.

Gracias, dijo.

Era la primera vez que lo decía de verdad.

CAPÍTULO 43

Óscar. Oviedo, febrero de 2001

Fue un martes por la tarde.

No había nada especial en ese martes. Rosa estaba haciendo la cena, algo con patatas que olía bien desde el pasillo. Diego leía el periódico en el salón con el gato Rufo encima de los pies. Él había llegado del instituto hacía una hora y estaba buscando pilas para el mando de la videoconsola en el cajón grande de la cocina, el que Diego usaba para guardar cosas sueltas: recibos, un martillo pequeño, cargadores de aparatos que ya no existían.

Al fondo del cajón, debajo de una carpeta de gomas, encontró una bolsa de plástico pequeña, cerrada, con una etiqueta escrita a mano: David, pertenencias, agosto 1996. Nunca la había visto antes. O no la recordaba.

La abrió.

Dentro había un jersey pequeño, unos calcetines, y una hoja del hospital de Jaca con la fecha y una lista de objetos personales. El primero de la lista era una moneda de veinticinco pesetas, de las doradas con un agujero en el centro. La sacó.

No supo por qué la cogió. Solo que sus dedos la reconocieron antes que su cabeza.

La sostuvo un momento en la palma de la mano, sintiendo el peso, el relieve del canto y el agujero en el centro. Y luego, sin saber por qué, la colocó entre el índice y el corazón y empezó a hacerla pasar entre los nudillos.

Nudillo a nudillo.

Sus manos lo sabían.

Lo supieron antes de que él lo supiera. Se movieron solas, precisas, gestos muy repetidos, con el pulgar empujando desde abajo en el momento exacto, con la muñeca girando levemente para atrapar la moneda cuando llegaba al meñique y empezar de nuevo.

El se quedó quieto mirando sus propias manos.

Nunca había hecho eso antes. O eso creía. Pero sus manos lo sabían perfectamente, como si lo hubieran hecho miles de veces,

como si ese gesto llevara años esperando en algún sitio dentro de él a que algo lo despertara.

Nudillo a nudillo. Espacio.

Y entonces llegó.

No fue gradual. Fue de golpe, como cuando enciendes la luz en una habitación oscura y de repente está todo ahí. Una imagen. Nítida y completa como no había tenido ninguna en cinco años de buscar en el cajón oscuro.

Un hombre.

Sentado en unos escalones de piedra. Manos grandes y morenas de trabajar la tierra. La luz de la tarde en el pueblo, esa luz seca de meseta que no se parece a ninguna otra. Y esas mismas manos sujetando una moneda de veinticinco pesetas y diciéndole así, con el pulgar así, ya verás.

Papá.

La palabra llegó entera. Sin duda. Sin fisura.

Papá.

La moneda cayó al suelo.

Él no la recogió. Se quedó sentado en la silla de la cocina con las manos abiertas en el regazo y algo moviéndose dentro de él que no podía nombrar todavía pero que era enorme, que era todo, que era los cinco años de silencio rompiéndose de golpe en una cocina de Oviedo un martes por la tarde.

Rosa se giró desde el fogón.

¿Estás bien?

Él no contestó enseguida.

Estaba intentando sujetar la imagen. Sostenerla con cuidado para que no se deshiciera como todas las anteriores. El hombre en los escalones. Las manos. La moneda. La luz del pueblo.

¿Cómo se llama mi pueblo?, dijo.

Rosa frunció el ceño.

No lo sabemos, cariño. Nunca lo hemos sabido.

Empieza por B, dijo él. Creo que empieza por B.

Abrió la boca. La cerró. Algo en su garganta apretando.

Bronchales, dijo.

No lo dijo seguro. Lo dijo como se dice algo que acabas de encontrar y todavía no sabes si es real o si te lo estás inventando. Pero en el momento en que la palabra salió de su boca supo que era

real. La reconoció en el cuerpo, en ese lugar donde viven las certezas que no necesitan explicación.

Rosa dejó la cuchara en el fogón y se acercó.

¿Bronchales?

Es un pueblo de Teruel, dijo él. Hay un campanario. Y una plaza con una fuente. Y los escalones donde mi padre me enseñó esto.

Miró la moneda en el suelo.

Tu padre, dijo Rosa en voz baja.

Sí.

Ella se sentó a su lado. No dijo nada durante un momento. Luego le puso una mano encima de la suya.

¿Recuerdas algo más?

Él buscó. El cajón ya no estaba tan oscuro. Había luz entrando por las grietas.

Una O, dijo. Mi nombre empieza por O. Lo supe en el hospital pero luego lo perdí. Ahora lo sé otra vez.

¿Solo la O?

Buscó más. Los escalones. El hombre. Las manos. Una voz llamándole desde dentro de la casa.

Óscar, dijo.

Despacio. Sílabas a sílabas. Como si lo probara.

Me llamo Óscar.

Años después Óscar trataría de explicar esto y nunca le saldría del todo bien. Que el niño de los Pardo, el que respondía a David y aprendía idiomas y sacaba buenas notas, lo recordaba como se recuerda a otra persona, desde fuera, con cariño pero sin pertenencia. Y que solo cuando volvía a aquellos escalones de piedra, a las manos de su padre, podía decir yo sin que la palabra le sonara prestada. Por eso, cuando contaba esos años, seguía contándolos como si le hubieran pasado a otro. Porque en cierto modo así había sido.

Rosa le dejó solo esa noche.

No lo dijo. Simplemente después de cenar recogió la mesa más despacio de lo habitual y le preguntó si necesitaba algo y cuando él dijo que no se fue al salón y cerró la puerta con la delicadeza de quien sabe cuándo el espacio importa más que la compañía.

Óscar se quedó en la cocina.

Tenía el nombre. Tenía el pueblo. Tenía la imagen del padre en los escalones de piedra. Tenía suficiente para buscar.

Lo primero que buscó no fue el teléfono del pueblo. Fue la lista.

Había salido en todos los periódicos en agosto del 96. Ochenta y siete nombres. Los había buscado antes, en los primeros meses del hospital, sin saber todavía qué estaba buscando. Ahora los buscó sabiendo.

Miguel Villalba Serrano. María Villalba Gracia.

Los dos estaban.

Se quedó mirando los nombres durante un tiempo que no supo medir. No lloró. O quizás sí pero no lo recordó después. Lo que recordó fue el silencio. El silencio de la cocina de los Pardo con el ordenador zumbando y los dos nombres en la pantalla y la certeza de que lo que había temido durante cinco años era verdad y de que saberlo no lo hacía más pequeño sino más real y más permanente.

Luego buscó los supervivientes.

Y encontró que había una niña de seis años sin identificar que había llegado al hospital de Jaca la noche del 7 de agosto.

Fue al cuarto donde Diego tenía el ordenador. Una torre grande y ruidosa con conexión telefónica que tardaba un minuto en arrancar. Se sentó. Buscó Bronchales en el buscador. Un pueblo de Teruel en la sierra de Albarracín, doscientos habitantes, altitud 1569 metros. Lo miró en el mapa. Casi seiscientos kilómetros. Un puntito entre las curvas de nivel.

Buscó el teléfono del ayuntamiento.

Lo encontró. Un número de nueve cifras que marcó en el fijo de la cocina con la sensación de estar haciendo algo sin vuelta atrás.

Descolgó una mujer mayor.

Él preguntó por los Villalba. Dijo que buscaba a una familia que se apellidaba Villalba. Que había vivido allí.

La mujer tardó un momento.

Los Villalba, dijo. Miguel y María. Claro que los conocía. Todo el pueblo los conocía. Se fueron de vacaciones al Pirineo en el verano del 96 y no volvieron. Un silencio. Los dos mayores no volvieron. Los niños sí, pero los niños acabaron en el sistema. No sé qué fue de ellos. La niña pequeña sí sé que la adoptaron, pero el mayor... ese chico mayor... a ese lo perdimos de vista.

Óscar apretó el auricular.

¿El chico mayor?, dijo. ¿No sabe nada de él?

Nada, dijo la mujer. Tenía diez años. En estos casos los niños desaparecen en el sistema y ya no hay manera. Si algún día aparece, que sepa que aquí la gente lo recuerda.

Él no dijo que era él.

No supo por qué. Quizás porque necesitaba más tiempo. Quizás porque decirlo en voz alta a una desconocida era hacerlo demasiado real demasiado pronto. Quizás porque lo que acababa de escuchar —que lo habían perdido de vista, que había desaparecido en el sistema— era exactamente lo que había sido durante cinco años y necesitaba un momento para sujetarlo.

Preguntó por la niña.

La niña, dijo la mujer, la adoptaron siendo pequeña. Le cambiaron el apellido, eso sí lo sé. Pero el nombre nuevo no lo sé. Esas cosas son confidenciales.

Óscar apuntó lo que sabía en el dorso de una hoja del cuaderno de Diego.

Bronchales. Óscar Villalba. Hermana. Adoptada. Apellido cambiado. Seis años en el 96.

Miró lo que había escrito.

Era poco. Era casi nada. Pero era el primer hilo.

Fue la primera vez a los dieciséis años.

Le costó casi dos años reunir el valor. Diego y Rosa lo acompañaron hasta la estación de autobuses de Oviedo y lo dejaron ir solo el resto del camino, porque entendieron, sin que él tuviera que explicarlo, que esto era algo que tenía que hacer sin nadie mirando.

Bronchales apareció exactamente como lo recordaba y completamente distinto a la vez. Las piedras eran las piedras que había visto en su cabeza durante meses. La plaza era la plaza. Pero él ya no era el niño que había vivido allí. Era un adolescente de acento distinto, de gestos aprendidos en otra casa, con un nombre que llevaba seis años sin decir en voz alta delante de nadie que lo hubiera conocido antes.

Se registró en el único hostel del pueblo. Caminó por las calles sin atreverse a preguntar nada a nadie. Se paró delante de una

casa de piedra oscura que su memoria insistía en reconocer y no llamó a la puerta.

Fue esa misma tarde cuando una señora mayor lo miró en la plaza, lo estudió un momento y le dijo eres el hijo de Miguel Villalba, tienes sus mismos ojos. Él no supo qué contestar. Asintió y volvió al hostel casi corriendo.

Esa noche no durmió.

No fue el pueblo lo que se lo impidió. Fue la sensación de no pertenecer a él tampoco, de haber cruzado media España para encontrar un sitio que ya no era del todo suyo, un sitio que lo reconocía a él sin que él pudiera reconocerlo a cambio. Se sintió extranjero en su propio pueblo, que era una manera muy concreta y muy solitaria de no sentirse en ningún sitio.

Cogió el primer autobús de la mañana siguiente.

No volvió en ocho años.

El traslado a Huesca llegó dos años después de aquel primer viaje, cuando a Diego le ofrecieron un puesto en la delegación de Hacienda de la provincia. Rosa dudó al principio, dejar el colegio donde llevaba quince años enseñando no era poco, pero fue ella quien terminó de decidirlo. Le dijo a Diego, una noche, que si el chico tenía una tierra en alguna parte, aunque fuera solo un pueblo pequeño de Teruel al que quizás nunca volviera a acercarse del todo, mejor que esa tierra les quedara más cerca a todos que más lejos. Diego no necesitó que se lo explicara dos veces.

Se mudaron el verano de sus dieciocho años, con dos maletas, el gato Rufo metido a disgusto en un transportín, y una caja de cartón con lo poco que él había ido guardando sobre los Villalba y sobre Bronchales, que ya no cabía debajo del colchón.

Huesca no era Oviedo. Y no era Bronchales tampoco. Pero estaba más cerca de las dos cosas que dejaba atrás, y eso, aunque él no lo dijera en voz alta, fue suficiente.

Tenía veinticuatro años la segunda vez.

Había tardado ocho años en reunir el valor suficiente. O quizás no era valor lo que le había faltado sino otra cosa, algo más parecido a la certeza de que el pueblo seguiría ahí cuando llegara,

de que las piedras no se moverían, de que la gente mayor que podía recordar a los Villalba no habría muerto todavía.

Fue en octubre, que era el mes en que los Pirineos se ponían de ese color imposible y el aire bajaba limpio de las cumbres y todo olía a resina y a tierra mojada. No había planeado que fuera en octubre. Simplemente así había resultado.

El pueblo apareció entre los pinos como si llevara siglos esperando que alguien volviera a mirarlo.

Esta vez sí llamó a la puerta de la casa de piedra oscura. Nadie contestó. Llevaba años cerrada, con una maceta vacía en el alféizar de la ventana del primero, la tierra seca y cuarteada.

Se quedó mirando la puerta durante un tiempo que no supo medir. Y entonces llegó el olor. Muy débil, casi imaginado, como el eco de algo que ya no existe. Pan. El olor del pan que se ha cocido en una cocina durante años y que se queda impregnado en las paredes aunque ya no se cueza más.

Cerró los ojos. La cocina pequeña. La ventana entreabierta. Las manos de su madre en la masa.

Se dio la vuelta y fue hacia la plaza. Se sentó en un banco bajo el olmo, sacó la moneda del bolsillo y empezó a hacerla pasar entre los nudillos. Nudillo a nudillo. Despacio.

Una señora que pasaba se paró a mirarlo.

¿Villalba?, dijo, después de un momento.

Sí, dijo él.

Ella lo miró de esa manera que reconoció enseguida, buscando en su cara a otra persona, a alguien que ya no estaba.

Has vuelto, dijo.

Siguió su camino sin decir nada más, como si eso fuera explicación suficiente para todo.

Se quedó en el banco hasta que empezó a oscurecer. Luego cogió el autobús de vuelta, y en algún punto de la carretera, entre Teruel y Zaragoza, decidió que iba a averiguar qué había pasado de verdad en el camping Las Nieves. No sabía cómo ni cuánto tiempo le iba a llevar. Solo sabía que no podía seguir siendo el hombre que llevaba los ojos de su padre en la cara sin hacer nada con ellos.

—
—

Tardó nueve años en encontrar el segundo.

No porque no buscara. Sino porque buscar a alguien que ha desaparecido en el sistema de adopción con el apellido cambiado y sin más datos que un nombre de pila y una edad es buscar en una oscuridad que no tiene fondo. Registros protegidos. Juzgados que no facilitan información. Servicios sociales que no pueden confirmar ni desmentir. Cada puerta que intentaba abría otra puerta cerrada.

Pero siguió.

Con quince años empezó a guardar lo poco que encontraba en una carpeta de cartón que escondía debajo del colchón. Con diecisiete tenía dos carpetas. Con veinte, cuando ya vivía solo en Huesca y trabajaba en el almacén, tenía una caja.

La búsqueda de Sara y la búsqueda de la verdad sobre lo que había pasado esa noche fueron la misma cosa desde el principio. Porque si encontraba la verdad quizás encontraba a Sara. Y si encontraba a Sara quizás encontraba a alguien que también hubiera buscado la verdad.

Dos hilos. El mismo nudo.

La moneda entre los nudillos. Nudillo a nudillo. Siempre.

Rosa apretó su mano.

¿Sabías que estaba ahí?, preguntó él.

Rosa negó con la cabeza.

No, dijo. Fue Diego quien la guardó, el día que fuiste a vivir con nosotros. Nos dieron una bolsa en el centro de menores, con lo poco que llevabas encima esa noche. Diego dijo que no le correspondía a nadie decidir cuándo estabas listo para verla. Que la guardaría hasta que tú mismo la encontraras.

Él se quedó callado.

Cinco años, dijo. Cinco años en ese cajón.

Rosa asintió.

Esperando, dijo.

Él miró la moneda en el suelo. Dorada. Con el agujero en el centro.

Se agachó y la recogió.

La sostuvo en la palma.

Luego volvió a colocarla entre el índice y el corazón y empezó de nuevo.

Nudillo a nudillo. Despacio.

Como le había enseñado su padre.

CAPÍTULO 44

Solana. Zaragoza, noviembre de 2026

Bernal llamó un miércoles por la mañana.

Solana estaba en su despacho revisando los presupuestos del complejo de Benasque cuando descolgó. Había dormido mal los últimos días, algo que no le ocurría casi nunca, y la falta de sueño le había dejado un peso sordo detrás de los ojos que el café no terminaba de disipar.

Tenemos un problema, dijo Bernal.

Solana reconoció el tono. Era el mismo que había usado la primera vez, semanas antes. Pero había algo diferente ahora. Algo más tenso en las palabras, como si costara más pronunciarlas.

La mujer del collado, dijo Bernal. Han identificado el cuerpo.

Ya lo sé, dijo Solana. Salió en las noticias.

No era Sara Villalba.

Solana se quedó quieto.

¿Cómo?

La víctima se llama Alicia Sánchez. Treinta y seis años. Valencia. Era superviviente de la riada del 96. Fue al valle por su cuenta, sin relación con la investigación periodística.

El silencio que siguió duró varios segundos.

¿Y Sara Villalba?, dijo Solana. Su voz había bajado de tono pero seguía siendo la misma voz, plana, sin inflexión. Una voz que llevaba décadas no dejando que nada se le notara.

Está viva, dijo Bernal. Está en Jaca. Ha declarado ante la Guardia Civil. Y hay algo más.

Solana esperó.

Hay un hombre con ella. Además del redactor jefe. Un hombre que dice llamarse Óscar Villalba. Superviviente de la riada. Dice ser su hermano.

Solana cerró los ojos.

Óscar Villalba. Un nombre que no había oído en treinta años. Un niño de diez años que había subido a un árbol con su hermana de seis y que el sistema había absorbido sin dejar rastro. Había

asumido, como había asumido tantas cosas, que ese cabo suelto no volvería. Que el tiempo se encargaba de esas cosas.

El tiempo no se había encargado.

¿Qué tiene?, dijo.

Juntos tienen mucho. Bernal habló despacio, preciso, dando malas noticias sin adornos. La periodista tiene el informe del 93, la resolución del 94 con tu firma, el expediente de supresión de Rozada. El hermano tiene documentos bancarios que conectan financiación privada con la campaña de Rozada. Y hay un testigo en Albarracín que puede situarte a ti mismo, con Rozada, sacando juntos el archivo de la Diputación la misma noche de agosto del 96 que él ordenó clasificarlo.

¿Quién es el testigo?

Un hombre mayor. Personal de mantenimiento de la época.

Solana abrió los ojos. Miró el Ebro por la ventana. El río seguía ahí, indiferente, moviéndose hacia el mar.

¿Y la Guardia Civil?

El teniente Salas está investigando. Han abierto una línea que conecta la muerte de Castán con la de Alicia Sánchez. Y el incidente del río con el coche.

Eso no es suficiente para probar nada.

Todavía no, dijo Bernal. Pero están construyendo algo. Y si publican antes de que haya cargos formales lo que tienen es suficiente para destruirte públicamente aunque no haya condena penal.

Solana se levantó de la silla. Fue a la ventana. El despacho con vistas al Ebro y al Pilar, el edificio que había construido encima de treinta años de silencio, los cuatro hoteles en los Pirineos, la fundación con su nombre, las fotos con presidentes.

Todo construido encima de una decisión de 1994.

Una decisión que en ese momento le había parecido razonable. Que el río no había crecido en cuarenta años. Que el informe de Ferrer Ara era el de un funcionario demasiado cauteloso. Que el desarrollo turístico necesitaba ese primer impulso. Que los beneficios superaban los riesgos.

Los beneficios no habían superado los riesgos.

¿Qué quieres que haga?, dijo Bernal.

Solana miró sus manos apoyadas en el cristal de la ventana. Las mismas manos que habían firmado aquella resolución en diciembre

de 1994. Más viejas ahora. Con las venas más marcadas.

Nada, dijo.

Bernal tardó un momento en responder.

¿Nada?

Nada más. Solana se apartó de la ventana. Ya hemos hecho suficiente daño.

Hubo un silencio largo al otro lado.

Ramón.

Lo que hay que hacer ahora lo tiene que hacer un abogado, dijo Solana. El mejor que encuentres. Llámale hoy.

El clic del teléfono al cortar.

Se quedó de pie en medio del despacho durante un momento. Luego fue a la mesa y abrió el cajón de arriba. Sacó una foto pequeña, de esas que ya casi nadie tiene en papel. Una foto de un camping junto a un río. Verano. Tiendas de colores, gente sonriendo, montañas al fondo.

La había guardado todos estos años sin saber muy bien por qué.

Quizás porque hay cosas que uno guarda aunque duelan. Quizás porque mirarlas de vez en cuando es la única forma honesta de recordar lo que uno ha hecho.

La dejó encima de la mesa.

Luego llamó a su abogado.

No llamó a Bernal.

Bernal tenía sus propias instrucciones. Las que había recibido antes. Y los hombres como Bernal no esperan confirmación para terminar lo que han empezado.

CAPÍTULO 45

Sara, Marcos y Óscar. Bronchales, noviembre de 2026

Fueron a Bronchales un martes.

Óscar había llamado a Esteban Corral dos días antes. Esteban había visto la noticia del collado del Telera en el periódico esa misma semana, la mujer hallada, la mención a la riada del 96, y llevaba desde entonces con la radio puesta más de lo normal, esperando saber más. Cuando Óscar le explicó quién era esa mujer y por qué había vuelto al valle, la conversación duró cuatro minutos. Al final Esteban había dicho que sí, que ya era hora, que llevaba toda la semana pensando en esa chica que ni siquiera buscaba lo mismo que él había visto y que aun así había pagado por ello. Había colgado sin más explicaciones.

Era la primera vez que Sara y Óscar se veían en persona desde Jaca.

Tres semanas de llamadas cortas y recuerdos sueltos habían hecho algo que Sara no esperaba: cuando Óscar apareció en la puerta del piso prestado, con la misma chaqueta de montaña y la misma manera tranquila de ocupar el espacio, ya no era exactamente un desconocido. No era todavía un hermano del todo, pero ya no era nadie a quien tratar con la cautela de un extraño en una boda.

Hola, dijo Óscar.

Hola, dijo Sara.

Esta vez sí se abrazaron, un abrazo corto y un poco torpe pero ya no completamente nuevo, como quien repite un gesto que la primera vez no supo hacer del todo bien.

Óscar condujo. Conocía la carretera de memoria, cada curva, cada pueblo pequeño que aparecía y desaparecía entre los pinos. Sara iba en el asiento del copiloto mirando el paisaje que su hermano conocía y ella no. Marcos iba detrás con el portátil abierto y el teléfono en la mano coordinando con el teniente Salas, que llevaba tres días con una actividad que él mismo describía como inusual para un caso que en teoría era solo el suicidio de un jubilado.

El teniente Salas había dejado de creer que era solo el suicidio de un jubilado.

A media hora de carretera Óscar señaló con la cabeza hacia el asiento trasero.

Hay una carpeta en mi mochila, dijo. Detrás. Es lo que te dije que quería enseñarte.

Sara se giró. Marcos le pasó la mochila desde atrás sin decir nada. Sara sacó una carpeta fina, gastada en los bordes de tanto abrirse y cerrarse a lo largo de los años.

Llevo tres años recopilando esto, dijo Óscar, sin apartar los ojos de la carretera. Y antes de eso, otros tantos buscando piezas sueltas que no sabía cómo encajar. Es todo lo que tengo sobre Solana, sobre Rozada, sobre quién puso el dinero detrás del camping. Quería dártelo en persona. No sé por qué. Supongo que después de todo este tiempo no quería que lo recibieras como un documento más en un correo.

Sara abrió la carpeta despacio. Fotocopias, recortes, notas manuscritas con una letra apretada y constante, la letra de alguien que ha escrito lo mismo muchas veces a lo largo de muchos años sin perder nunca el cuidado.

Solana no actuó solo en el 94, dijo Óscar. Había dinero detrás. Dinero privado que presionó para que el camping se autorizara. Tengo los nombres de dos empresarios de Huesca que tenían intereses en el desarrollo turístico del valle y que financiaron la campaña electoral de Rozada en el 93.

¿Puedes probarlo?

Tengo documentos bancarios de una cuenta que ya no existe. Una pausa. Los consiguió Esteban Corral. Antes de que los destruyeran.

Marcos, desde atrás, alargó el brazo y cogió la carpeta cuando Sara terminó de mirarla. Empezó a leer despacio mientras Óscar seguía conduciendo.

Sara miraba a su hermano de perfil. La mandíbula tensa, la misma de su padre cuando pensaba en algo que importaba.

Cuarenta años. Una carpeta fina sobre el asiento de un coche camino de Bronchales. Tres años de trabajo silencioso desde un pueblo de Teruel hacia la verdad. El mismo camino que ella había recorrido desde Zaragoza, sin saber que había alguien más recorriéndolo desde el otro extremo, durante todos esos años en que los dos se habían creído completamente solos.

Me lo preguntaste en Jaca, dijo Sara. Por qué no publicaste esto tú solo.

Te acuerdas, dijo Óscar. La misma respuesta sigue siendo la verdadera. Solo que ahora tengo a quien dársela.

Sara asintió.

No podía ser que te hubiera perdido por segunda vez, dijo Óscar en voz baja.

Sara no dijo nada. No hacía falta.

Bronchales apareció entre los pinos a media mañana, con la luz de noviembre que hace que los pueblos de piedra parezcan más antiguos de lo que son. Sara lo miró desde el coche sin decir nada. Las calles estrechas, las casas bajas, el campanario que Óscar había visto desaparecer por la ventanilla trasera treinta años antes sin saber que era la última vez.

¿Habías vuelto?, le preguntó Óscar.

Nunca, dijo Sara.

Óscar asintió. No dijo nada más.

Pero antes de ir a casa de Esteban Corral Óscar giró por una calle estrecha y aparcó frente a una plaza pequeña con una fuente de piedra en el centro y dos bancos de madera bajo un olmo grande que había perdido ya casi todas las hojas.

¿Qué hacemos aquí?, dijo Sara.

Un momento, dijo Óscar.

Marcos se quedó en el coche sin preguntar, que era una de las cosas que Sara valoraba de él.

Bajaron los dos. El frío de noviembre en Bronchales era distinto al de Jaca, más seco, más quieto, de ese tipo que se mete en los huesos sin prisa porque sabe que va a ganar de todas formas. Sara se subió el cuello del abrigo.

Óscar señaló una casa al otro lado de la plaza. Piedra oscura, ventanas pequeñas, una puerta de madera con la pintura desconchada. Cerrada. Con ese aspecto de los sitios que llevan mucho tiempo sin que nadie entre.

Era nuestra casa, dijo.

Sara la miró.

No recordaba nada de ella desde fuera. Tenía seis años cuando se fue y los recuerdos de esa edad son de dentro, de olores y texturas y voces, no de fachadas ni de calles. Pero algo en la proporción de las ventanas, en la manera en que la puerta estaba situada ligeramente a

la izquierda del centro, le resultó familiar de una forma que no podía explicar.

La cocina daba a la plaza, dijo Óscar. Mamá siempre dejaba la ventana entreabierta cuando hacía pan. En invierno se veía el vapor saliendo.

Sara miró la ventana de la cocina. Cerrada. Sin vapor.

Los columpios estaban detrás, dijo Óscar. Los pusieron cuando teníamos cuatro y ocho años. Papá y el tío Amadeo tardaron todo un domingo. Mamá les llevó limonada y ellos fingían que no estaban cansados.

Sara cerró los ojos un momento.

Los columpios. La plaza. Óscar empujando tan fuerte que sentía que iba a llegar al cielo. Pídemelo que pare, decía él. Y ella no pedía que parara nunca.

Me acuerdo de los columpios, dijo Sara en voz baja.

Óscar la miró.

¿Sí?

Me empujabas muy fuerte. Yo no quería que pararas nunca.

Óscar sonrió. Era la primera vez desde que se habían encontrado en la comandancia que Sara le veía sonreír de verdad, con toda la cara, una sonrisa que no se aprende sino que se tiene desde siempre.

Te ibas a caer un día de esos, dijo.

Pero no me caí.

No. Nunca te caíste.

Se quedaron quietos un momento los dos mirando la plaza. La fuente de piedra con el agua parada. El olmo sin hojas. La casa cerrada con la ventana de la cocina donde su madre dejaba escapar el vapor del pan en invierno.

Óscar pensó en algo que no solía permitirse pensar. No en su padre solo ni en su madre sola sino en los dos juntos. En cómo se miraban cuando creían que nadie los miraba. En la manera que tenía su padre de poner la mano en el hombro de su madre, despacio, sin motivo aparente, como si necesitara comprobar que estaba ahí. En cómo su madre lo dejaba, sin decir nada, como si ese gesto fuera tan suyo como respirar. Dos personas que habían construido algo juntas en ese pueblo de piedra y que habían merecido más tiempo para seguir construyéndolo.

Miguel Villalba había trabajado esa tierra hasta que un año bueno y unas vacaciones ganadas a pulso lo llevaron a un camping junto a

un río en los Pirineos. María Villalba había cosido ajuares y remendado ropa ajena y hecho pan los domingos y guardado en una lista de papel las cosas que había que llevar de viaje comprobándola tres veces porque era la primera vez de verdad.

Habían sido gente buena. Gente corriente y buena que no le había hecho daño a nadie y que merecía haber vuelto de ese viaje.

Vamos, dijo Óscar en voz baja. Esteban nos espera.

Sara asintió.

Pero antes de volverse miró la casa una vez más. La ventana de la cocina. La puerta ligeramente a la izquierda. Y algo que no era exactamente paz pero que se le parecía bastante se instaló en algún sitio dentro de ella que llevaba mucho tiempo vacío.

Cogieron el coche hacia Albarracín, veinte minutos por una carretera que serpenteaba entre pinares, bajando y subiendo con la sierra. Esteban Corral vivía en una casa de piedra al final de una calle empinada del casco antiguo, con una huerta pequeña en la parte trasera y un perro viejo que ladró dos veces y luego se quedó mirándolos con indiferencia. Tenía setenta y dos años y el aspecto de un hombre que ha trabajado toda la vida con las manos y que ya no tiene nada que demostrarle a nadie.

Por la mañana no había estado. Un vecino les había dicho que solía madrugar para ir al mercado de Orihuela del Tremedal y que volvía al mediodía. Habían ido a ver la casa familiar mientras esperaban. Ahora era pasada la una y Esteban abrió con el delantal puesto y cara de quien acaba de llegar.

Les hizo pasar a la cocina.

Sara le explicó quién era y por qué estaban allí. Le habló de El Pirineo Digital, del reportaje, de lo que tenían. Le habló de Castán y de Alicia sin dar más detalles de los necesarios. Esteban Corral la escuchó con los brazos cruzados y la expresión de quien ya sabía que este día iba a llegar en algún momento.

¿Está dispuesto a declarar ante la Guardia Civil?, dijo Sara cuando terminó.

Esteban miró a Óscar.

Lleva años viniendo a verme, dijo. Cada vez que venía yo pensaba que quizás era el momento. Pero siempre faltaba algo.

Ya no falta, dijo Óscar.

Esteban miró sus manos encima de la mesa. Luego miró a Sara.

Vi a dos hombres, dijo. Era tarde, casi las diez de la noche. Yo había vuelto a buscar unas herramientas que había dejado olvidadas. La puerta trasera de mantenimiento estaba abierta. Vi a dos hombres con una caja de archivos metiéndola en el maletero de un coche. Uno de ellos era Solana. Lo reconocí porque ya empezaba a salir en el Herald por el negocio hotelero. Al otro lo reconocí después, atando cabos con los años. Era Rozada.

¿Los dos a la vez?

Los dos, dijo. Cargando la misma caja entre los dos, como quien no quiere que nadie tarde más de lo necesario en meterla en el maletero.

Sara anotó.

¿Cuándo fue exactamente?

Agosto del 96. Unas semanas después de la riada. Me acuerdo bien porque todo el pueblo no hablaba de otra cosa esos días.

¿Está seguro de que eran los dos?

Esteban la miró.

Seguro, dijo. Tengo setenta y dos años pero no estoy senil. Eran Solana y Rozada.

Esteban levantó una mano, como pidiendo un momento.

Hay algo más, dijo. Se levantó despacio y fue hasta un aparador viejo en la esquina de la cocina. Abrió el cajón de abajo, apartó unos manteles doblados, y sacó un sobre amarillento, blando de tanto manosearlo.

La caja tenía un número, dijo. Pegado en una esquina, de esos adhesivos blancos que se ponen en los expedientes. Yo lo vi de cerca, cuando la dejaron un momento en el suelo antes de meterla en el maletero. No sé por qué lo memoricé. Supongo que la cabeza hace esas cosas cuando algo no va bien y no sabes qué otra cosa hacer con el miedo.

Sara se inclinó hacia delante.

Lo apuntó, dijo Óscar. No era una pregunta.

Esa misma noche, dijo Esteban. En un papel que guardé en la cartera durante meses y luego aquí, en este cajón, durante treinta años.

Abrió el sobre. Dentro había un papel doblado en cuatro, con una letra de otra época, más cuidada que la de ahora.

EXP-URB/96-1187, leyó Sara en voz alta.

Esteban asintió.

Uno de ellos dijo algo mientras cerraban el maletero, dijo. No sé cuál de los dos. No los estaba mirando a la cara, estaba mirando el número. Dijo esto no ha pasado nunca. Y el otro no contestó nada. Se subieron al coche y se fueron.

El silencio en la cocina duró un momento largo.

Con esto pueden pedir el expediente completo, dijo Óscar. Si ese número sigue en algún registro, en algún archivo municipal, conecta la caja directamente con lo que había dentro.

Sara ya estaba anotando el código, subrayándolo dos veces.

Sara cerró el cuaderno.

Le voy a pedir que repita todo esto ante el teniente Salas de la Guardia Civil de Jaca. ¿Puede hacerlo?

Puedo hacerlo, dijo Esteban. Llevo treinta años pudiendo hacerlo. Solo necesitaba que alguien me preguntara de verdad.

Volvieron a Jaca esa tarde.

Marcos había pasado el día al teléfono con los documentos bancarios que Óscar tenía, consultando con una fuente que conocía los registros mercantiles de Aragón de los años noventa. A las seis de la tarde llamó desde el asiento trasero del coche con una voz que Sara reconoció inmediatamente porque era la voz que ponía cuando algo encajaba.

Los dos empresarios que financiaron a Rozada, dijo. Uno de ellos era socio minoritario de una empresa de servicios turísticos que en 2001 vendió su participación al Grupo Solana por una cantidad que triplica el valor de mercado.

Sara tardó un segundo en procesar eso.

Rozada les facilitó la autorización, dijo. Y ellos le financiaron la campaña. Y luego vendieron su participación a Solana a precio de favor.

Es una cadena limpia, dijo Marcos. Difícil de probar en sede judicial sin más documentación. Pero publicable.

¿Con los documentos de Esteban?

Con los documentos de Esteban, el testimonio de Esteban, el informe del 93, la resolución del 94, la desaparición de Ferrer Ara y

las muertes de Castán y Alicia con la investigación de Salas abierta. Marcos hizo una pausa. Sí. Es publicable.

Óscar conducía mirando la carretera. Sara le miró de perfil otra vez. Seguía con la misma mandíbula tensa de antes, como si llevara toda la conversación conteniendo algo que todavía no había dicho.

¿Cuándo?, dijo Óscar.

El 7 de noviembre, dijo Sara.

Lo dijo sin dudarlo, como si llevara días con esa fecha decidida sin habérselo dicho a nadie todavía.

Treinta años y tres meses justos, dijo Óscar despacio. Día siete. Sara asintió.

No quiero que salga un día cualquiera, dijo. Quiero que salga ese día. Que cuando alguien busque la fecha dentro de diez años entienda que no fue casualidad.

Marcos hizo un cálculo rápido con los dedos contra el volante imaginario, contando días que no tenía.

Eso son cinco días, dijo. No tres semanas. Cinco.

Lo sé, dijo Sara.

Y todavía no tenemos confirmado lo de Salas por escrito. Ni hemos terminado de verificar los documentos bancarios.

Lo sé, repitió Sara. Y aun así es esa fecha.

Marcos la miró un momento. Luego soltó el aire despacio, el gesto de quien deja de discutir algo no porque haya perdido el argumento sino porque entiende que hay batallas que no son suyas para ganar.

Vale, dijo. El siete. Pero entonces no dormimos hasta entonces.

Necesitaba el texto estructurado en dos días. Y que Salas confirmara por escrito que había una investigación abierta. Eso le daría al reportaje un paraguas legal que lo haría mucho más difícil de atacar.

Salas me llamó esta mañana, dijo Sara. Está dispuesto a confirmar la investigación off the record por ahora. Pero dijo que si publicamos con rigor no va a desmentir nada.

Es suficiente, dijo Marcos.

Los tres guardaron silencio durante un momento. La carretera bajaba hacia el valle del Gállego entre los pinos, con las montañas al fondo y el cielo de noviembre cerrándose despacio hacia el norte.

Hay una cosa más, dijo Sara.

Óscar la miró.

El reportaje va a hablar de la familia Villalba, dijo Sara. De Miguel y María. De lo que pasó. De por qué estaban allí. Hizo una pausa. Necesito que sepas eso antes de que se publique.

Óscar siguió mirando la carretera.

Lo sé, dijo.

¿Estás de acuerdo?

Tardó un momento.

Llevan treinta años sin nombre en esta historia, dijo. Ya es hora de que lo tengan.

Sara asintió.

Afuera los últimos chopos del valle perdían las hojas con ese abandono tranquilo del otoño que no discute con lo inevitable. El río abajo, siempre el río. Las montañas encima, siempre las montañas.

Papá estaría orgulloso, dijo Óscar en voz baja. No era para nadie en particular. O era para los dos.

Sara no contestó.

Pero algo en su pecho se movió de una manera que llevaba treinta años sin moverse.

CAPÍTULO 46

Sara, Marcos y Óscar. Jaca, noviembre de 2026

Fue Marcos quien lo vio primero.

Llevaban dos días encerrados en el hotel construyendo el reportaje, los tres juntos, con los documentos extendidos sobre la mesa y el portátil abierto y el café frío que nadie terminaba porque siempre había algo más urgente que hacer que beberlo. Óscar había resultado ser metódico de una manera que a Sara le recordaba a ella misma: ordenaba información dispersa y encontraba el hilo que la conecta.

Entre los papeles, doblado aparte del resto, estaba el que le había dado Roberto.

Sara lo había puesto encima de la mesa el primer día sin más explicación que la fecha, la hora y el mensaje de Solana confirmando que Bernal había ido a Jaca en su lugar tres años antes de que muriera Castán. Óscar lo había leído sin preguntar de dónde lo había sacado, que era una de las cosas que Sara empezaba a agradecerle sin decírselo. Marcos sí había preguntado. Sara le había contado lo de Roberto en una sola conversación, corta, sin dramatismo, y Marcos había escuchado y al final solo había dicho de acuerdo, que era exactamente lo que Sara necesitaba que dijera.

El papel de Roberto no probaba nada por sí solo. Pero conectaba a Bernal con Jaca mucho antes de la muerte de Castán, y eso, sumado a lo demás, empezaba a tener la forma de algo sólido.

Óscar sacó el papel con el número de la caja, el que Esteban les había dado en Albarracín, y lo dejó encima de la mesa junto a los demás documentos.

Esto no lo vamos a poder verificar antes de publicar, dijo Marcos, mirándolo. Pedir un expediente a un registro provincial lleva días, si es que sigue existiendo siquiera. No hay tiempo para eso esta noche.

Entonces va como está, dijo Sara. El testimonio de Esteban, con el número tal como lo dio. Y en cuanto esto se publique, que sea la Guardia Civil quien pida el expediente, no nosotros. Va a pesar más viniendo de ellos que de un periódico.

Óscar guardó el papel en la carpeta, junto al resto de años de trabajo.

El reportaje estaba tomando forma.

Marcos encontró el auto al tercer día.

Estaba en el archivo digitalizado del Juzgado de Instrucción de Jaca, colgado hacía apenas dos años dentro de un plan de digitalización de fondos históricos que nadie había pensado en revisar hasta ahora. Un auto de sobreseimiento, fechado en marzo de 1999, que cerraba definitivamente la instrucción penal por la riada del camping Las Nieves.

Se lo pasó a Sara sin decir nada.

Ella lo leyó de pie, con el abrigo todavía puesto.

Los hechos enjuiciados constituyen un fenómeno natural excepcional e imprevisible, ajeno a cualquier previsión técnica razonable, por lo que no cabe apreciar responsabilidad penal alguna en las personas investigadas.

Lo leyó dos veces.

Imprevisible.

Fue a la carpeta donde guardaba las fotocopias del informe del 93 y sacó la página siete, la que llevaba treinta años doblada por la misma esquina. La puso sobre la mesa del hotel, al lado del auto.

No apto.

Dos palabras firmadas por Fermín Castán tres años antes de que un juzgado escribiera la palabra contraria.

Esto lo confirmaron en apelación, dijo Marcos. Audiencia de Huesca en el año dos mil. Y el Supremo en 2001. Tres instancias. Nadie miró el informe del 93 porque nadie sabía que existía. Estaba clasificado, y la persona que podía decir dónde buscarlo llevaba siete años desaparecida.

Sara no dijo nada durante un momento.

No fue imprevisible, dijo por fin. Alguien lo previó por escrito, con nombre y firma, tres años antes. Lo que no fue es visible. Que es distinto.

Marcos la miró.

Eso va en el reportaje, dijo Sara. Con las dos palabras juntas.

Pero Marcos llevaba un día con algo en la cabeza que no terminaba de salir.

Sara lo notó en cómo miraba el teléfono entre párrafo y párrafo. En cómo cada vez que el nombre de Salas aparecía en la

conversación él asentía pero con un silencio de medio segundo de más. Lo conocía demasiado bien para no notarlo.

¿Qué pasa?, dijo cuando Óscar salió un momento al pasillo.

Marcos dejó el teléfono en la mesa.

La matrícula del coche del valle, dijo.

Salas dijo que la estaba investigando.

Lo dijo. Hace cuatro días. Marcos la miró. ¿Cuándo fue la última vez que te llamó con alguna novedad?

Sara pensó.

No me ha llamado desde entonces.

Exacto. Marcos giró el portátil hacia ella. Tenía abierta una página de registros públicos de la Guardia Civil. Salas fue destinado a Jaca en 2019. Traslado voluntario desde Zaragoza. Lo solicitó él mismo.

Eso no es inusual.

No lo es. Marcos hizo una pausa. Pero el Grupo Solana inauguró su cuarto hotel en el valle del Gállego en mayo de 2019. Dos meses antes de que Salas pidiera el traslado.

Sara miró la pantalla.

Puede ser una coincidencia.

Puede. Marcos cerró el portátil. Pero Salas sabe todo lo que tenemos. Sabe que vamos a publicar. Sabe dónde estamos. Y lleva cuatro días sin darnos ninguna novedad sobre la única prueba física que tenemos del intento contra vosotros en el río.

Sara se quedó quieta.

Pensó en todas las conversaciones con Salas. En cómo siempre había llegado justo cuando necesitaban algo. En cómo había confirmado la investigación justo lo suficiente para darles cobertura legal sin comprometerse demasiado. En cómo cada vez que habían dado un paso importante él había estado al tanto.

Si Salas está en nómina de Solana, dijo despacio, entonces Solana sabe exactamente lo que tenemos. Sabe que vamos a publicar el siete. Sabe que le quedan cinco días. Y sabe que tenemos a Esteban Corral.

Sí.

Esteban Corral, dijo Sara.

Se levantó.

Tenemos que llamarle ahora mismo.

Marcó el número. Cuatro tonos. Cinco. Seis. El contestador.

Sara miró a Marcos.
Vamos a Albarracín, dijo.

Óscar cogió las llaves del coche antes de que Sara terminara la frase.

Salieron del hotel en diez minutos. La carretera hacia Albarracín a esas horas de la tarde estaba casi vacía, quieta, como se quedan los caminos de montaña cuando el día empieza a cerrar y la gente ya está en casa. Óscar conducía deprisa pero sin perder el control, eficiente y tranquilo al mismo tiempo, su manera de conducir.

Sara intentó a Esteban dos veces más durante el camino.

Nada.

Puede que simplemente no coja el teléfono, dijo Óscar.

Puede, dijo Sara.

Ninguno de los dos lo creía del todo.

Llegaron a Albarracín cuando ya anochecía. Las calles empinadas vacías, las casas con las luces encendidas, el frío de noviembre en la sierra que era distinto al de los Pirineos, más seco, más antiguo.

La casa de Esteban tenía luz en la cocina.

Sara llamó a la puerta. Silencio. Llamó otra vez.

La puerta se abrió.

Esteban Corral estaba ahí, con el delantal puesto y cara de quien estaba haciendo la cena y no esperaba visita. Sano. Entero. Con el perro viejo asomando por entre sus piernas.

¿Ha pasado algo?, dijo mirándolos a los tres.

Sara soltó el aire que llevaba diez minutos sin soltar del todo.

No cogía el teléfono, dijo.

Lo tengo en silencio cuando cocino. Esteban los miró. ¿Entráis o me lo contáis desde ahí?

Les contaron lo de Salas en la cocina de Esteban mientras el caldo hervía en el fuego.

Esteban los escuchó sin interrumpir. Cuando Sara terminó se quedó mirando el fuego un momento.

¿Y qué queréis hacer?, dijo.

Publicar mañana, dijo Sara. Antes de que Salas pueda hacer desaparecer algo o alertar a Solana de que estamos a punto.

¿Está listo el reportaje?

Casi. Sara miró a Marcos. Nos faltan dos horas de trabajo.

Entonces id a trabajar, dijo Esteban. Yo estoy aquí. Nadie me ha llamado, nadie ha venido. Y mañana temprano cojo el coche y me planto en la comandancia de Jaca a declarar. Pero no ante Salas.

¿Ante quién?, dijo Óscar.

Hay un capitán en Jaca, dijo Esteban. Castillo. Lo conozco de hace años. Es de los de verdad.

Sara le miró.

¿Está seguro?

Tan seguro como de que eran Solana y Rozada los que sacaban esa caja de archivos, dijo Esteban.

Volvieron al coche.

De camino a Jaca Marcos trabajó el reportaje desde el asiento trasero con el portátil encima de las rodillas, escribiendo deprisa, como escribía cuando algo le importaba de verdad. Sara miraba la carretera. Óscar conducía.

Unos faros aparecieron detrás de ellos a la altura de Sabinánigo y ya no se fueron.

Óscar lo notó primero, en un par de curvas donde el otro coche se acercó más de lo que la carretera y la velocidad justificaban. Luego volvió a abrir distancia, como si se hubiera dado cuenta de que se había acercado demasiado. Luego se acercó otra vez.

Llevamos compañía, dijo Óscar, sin levantar la voz, mirando el retrovisor más de lo que miraba la carretera.

Sara se giró. Los faros, demasiado cerca, demasiado constantes para ser una coincidencia de tráfico nocturno en una carretera donde a esa hora casi no había nadie. En la curva siguiente, una de esas curvas cerradas que el valle del Gállego encadena sin avisar, el coche de detrás aceleró de golpe y se puso casi pegado al parachoques.

Óscar no frenó. Aceleró él también, justo lo necesario para ganar los metros que el otro coche le había quitado, con la misma calma con que conducía siempre, aunque a Sara, agarrada al asiento, no le pareció tranquila en absoluto. Marcos había dejado de escribir. Tenía el teléfono ya en la mano, buscando cobertura, listo para marcar.

Las luces de un cruce aparecieron al fondo, otro coche saliendo de una pista forestal con las largas puestas, y el coche de detrás frenó de

golpe, abrió distancia, y en la siguiente recta giró hacia un desvío sin señalizar y desapareció.

Nadie habló durante casi un kilómetro.

A Alicia la habían matado sola en un collado, sin testigos, sin coche con tres personas dentro y una de ellas con el teléfono ya marcando. A Sara nunca la habían tenido así de sola desde que todo había empezado, y Sara lo pensó en ese kilómetro de silencio con una claridad nueva: no era suerte lo que la mantenía viva. Era que desde Jaca no había vuelto a estar verdaderamente sola ni una sola vez, y que quienquiera que estuviera detrás de esos faros lo sabía perfectamente y por eso había necesitado un cruce vacío y una curva cerrada y la oscuridad de las nueve de la noche para intentarlo, y aun así no le había bastado.

Anota la hora y el cruce, dijo Sara. Para Salas, o para quien sea que ocupe su sitio mañana.

Marcos lo anotó. Le temblaba un poco la mano, lo justo para que las letras salieran torcidas, y no le importó que se notara.

¿Y Salas?, dijo Óscar después de un rato.

Salas es problema de Castillo, dijo Sara. Nuestro problema es publicar antes de que amanezca.

Óscar asintió.

Las luces de Jaca aparecieron al fondo del valle como siempre, pequeñas y ordenadas entre las montañas. Sara las miró.

Pensó en Castán con su sobre sellado esperando años para mandarlo. En Ferrer Ara con el dibujo de Elena en el bolsillo. En Alicia subiendo al collado con su móvil haciendo fotos sin saber que alguien la seguía.

Pensó en su padre mirando el cielo la tarde del 7 de agosto sin decir nada.

Esta noche, dijo en voz baja.

No era para nadie en particular. O era para todos ellos.

CAPÍTULO 47

Sara, Marcos y Óscar. Jaca, noviembre de 2026

Trabajaron toda la noche.

No fue una decisión. Fue simplemente lo que pasó cuando los tres se sentaron alrededor de la mesa del hotel con los documentos y el portátil y el café y la urgencia de saber que el tiempo se acababa. Nadie propuso parar. Nadie miró el reloj de una manera que significara ya es tarde. El trabajo tenía su propio ritmo y ese ritmo no admitía interrupciones.

Marcos escribía. Sara revisaba y añadía. Óscar verificaba fechas y nombres contra sus propios documentos, meticuloso, de quien ha pasado años construyendo algo solo y sabe que un error puede destruirlo todo.

A la una de la mañana tenían el esqueleto completo.

A las tres tenían el cuerpo.

A las cinco Sara leyó el reportaje entero por primera vez de principio a fin sin parar. Lo leyó como lo iba a leer alguien que no sabía nada de esta historia. Alguien que abría El Pirineo Digital una mañana de noviembre y se encontraba con esto.

Lo dejó en la mesa.

Está, dijo.

Marcos la miró.

¿Está bien o está?

Está, repitió Sara. Es inatacable.

Se quedó mirando la pantalla un momento más. El último párrafo. Lo había reescrito cuatro veces. Era el que más le había costado y el que más le importaba.

El caso del camping Las Nieves no es una anomalía. Es un ejemplo de un patrón que se repite en este país desde hace décadas. Un informe técnico que advierte del riesgo. Una autorización que lo ignora. Una zona de riesgo que se convierte en zona de negocio. Y cuando el agua decide ser lo que siempre ha sido, son las familias quienes pagan el precio. Las mismas familias que confiaron en que alguien había leído el informe. Que alguien había comprobado que era seguro. Que las personas que tenían la responsabilidad de

protegerles habían hecho su trabajo. Miguel y María Villalba confiaron en eso. Ochenta y siete personas confiaron en eso la tarde del 7 de agosto de 1996. No tenían ninguna razón para no confiar. Esa es la verdad que este reportaje quiere dejar escrita. No solo para que se haga justicia por lo que ocurrió en el Arás. Sino para que no vuelva a ocurrir. En ningún río. En ningún barranco. En ningún lugar de este país donde alguien haya firmado una autorización sabiendo lo que firmaba.

Lo leyó una vez más.

Luego cerró el portátil.

Óscar cogió el portátil y leyó. Tardó veinte minutos. Cuando terminó se quedó mirando la pantalla un momento con una expresión que Sara no supo nombrar del todo, algo entre el alivio y el dolor y algo más que no tenía nombre pero que reconoció porque lo llevaba ella misma desde hacía treinta años.

Ponéis los nombres de mis padres, dijo.

Sí, dijo Sara.

Miguel Villalba y María Villalba, de Bronchales, Teruel. Los leyó en voz alta. Despacio. Como si cada letra tuviera peso. Luego asintió una vez. Bien.

Marcos llamó a su redactor de guardia a las seis menos cuarto. Le mandó el texto. Le dijo que lo revisara por encima y que lo tuviera listo para publicar a las ocho en punto. Que no lo publicara antes aunque le llamara alguien diciendo que esperara. Que solo lo retrasara si llamaba él en persona.

El redactor preguntó de qué iba.

Marcos le dijo que ya lo vería.

A las seis y media el capitán Castillo de la Guardia Civil de Jaca recibió una llamada de Esteban Corral pidiéndole que se personara en la comandancia antes de las ocho porque tenía una declaración que hacer. Castillo, que conocía a Esteban desde hacía veinte años y sabía que no era hombre de alarmas innecesarias, dijo que estaría allí a las siete.

A las siete y diez Marcos recibió un mensaje del redactor de guardia. Listo. Esperando tu señal.

Los tres estaban en el coche aparcado frente a la comandancia. Esperando.

A las siete y cuarto salió Salas por la puerta principal con el abrigo puesto y la cara de quien sabe que el tiempo que le quedaba se acaba

de terminar. Miró hacia los lados, deprisa, como quien ya no está seguro de a quién teme más. No los vio.

Entró en su coche y arrancó.

Sabe que Esteban está declarando, dijo Óscar.

Sí, dijo Sara.

¿Llamará a Solana?

Ya da igual, dijo Marcos. En cuarenta y cinco minutos esto está publicado.

Sara miró el edificio de la comandancia. Luego miró el teléfono. Las siete y diecisiete.

Pensó en Castán sentado en su sillón con las pastillas. Pensó en la nota doblada con su nombre encima, escrita por el hombre que había estado en ese piso antes que ella y que había querido que lo supiera. Pensó en Luis Ferrer Ara saliendo de su casa un miércoles por la mañana con las llaves del coche. Pensó en Alicia sentada en una roca en el collado del Telera haciendo fotos con el móvil mientras las nubes bajaban.

Pensó en su padre con la linterna iluminándole la cara de lado antes de girarse y volver hacia el camping.

Publicamos, dijo.

Marcos escribió dos palabras en el teléfono y las mandó.

Ahora.

El reportaje se publicó a las siete y veintidós de la mañana del 7 de noviembre en El Pirineo Digital bajo el titular Negligencia, silencio y tres muertes: la verdad sobre la riada del Arás. Firmado por Sara Villalba y Marcos Allué. Treinta años y tres meses justos, día a número, desde aquella tarde de agosto en que el Arás había decidido ser lo que siempre había sido.

En la primera hora lo compartieron cuatrocientas personas.

En la segunda hora lo habían recogido El Heraldo de Aragón, El País y la Cadena SER.

A las diez de la mañana el gabinete de prensa del Grupo Solana emitió un comunicado diciendo que Ramón Solana colaboraría con la justicia en todo lo que fuera necesario.

A las once el capitán Castillo confirmó que el teniente Salas había sido suspendido cautelarmente. La investigación interna determinaría si había retenido deliberadamente información sobre el vehículo identificado en el camino del Arás y si su traslado voluntario a Jaca en 2019 había tenido relación con el Grupo Solana.

A las doce Ignacio Rozada no atendió ninguna llamada.

Eso fue lo único que llegó esa primera mañana.

Sara lo leyó todo desde el mismo bar de la calle Mayor de Jaca donde había esperado a Marcos semanas antes. Con Óscar a su izquierda y Marcos a su derecha y el café delante que esta vez sí se bebió entero mientras el mundo al que había dedicado treinta años de su vida empezaba a moverse.

Pensó en Carmen. En que Carmen también lo estaría leyendo, en su piso de Zaragoza con el café de la mañana, sin llamar porque nunca llamaba cuando había algo importante sino que esperaba a que Sara llegara sola. Como siempre había hecho.

No era euforia lo que sentía.

Era algo más quieto y más hondo. Algo parecido a lo que siente alguien cuando deja en el suelo algo muy pesado que ha llevado tanto tiempo que ya no recuerda cómo es no cargarlo.

Óscar tenía la moneda entre los nudillos. La hacía girar despacio, como siempre, con el pulgar empujando desde abajo.

Sara lo miró.

Él la miró a ella.

No dijeron nada. No hacía falta.

CAPÍTULO 48

Francisco. Biescas, noviembre de 2026

Francisco Bestué se enteró un martes.

No lo buscó. Lo encontró por casualidad, como encontraba casi todo lo que valía la pena en su vida, sin ir expresamente a buscarlo. Estaba en el bar de la plaza tomando el café de media mañana cuando Paco, el dueño, le puso el periódico encima de la barra sin decir nada, su manera de hacer las cosas, como si las cosas se explicaran solas si las dejabas en el sitio correcto.

Era el Heraldo de Aragón.

La portada tenía una foto del valle del Gállego. El titular decía algo sobre una investigación y una negligencia y tres décadas de silencio. Francisco lo leyó de pie, con el café en la mano, sin sentarse.

¿Lo has visto?, dijo Paco desde detrás de la barra.

Lo estoy viendo, dijo Francisco.

Acabó el café, dobló el periódico y se lo llevó a casa.

Lo leyó entero en la cocina.

Tardó más de lo que tardaba en leer normalmente porque lo releía. Párrafos enteros que volvía a empezar desde el principio porque la primera vez no terminaba de entrar, no porque fueran difíciles sino porque pesaban demasiado para leerlos de corrido.

Leyó el nombre de Ramón Solana Vega. Leyó el informe de 1993 que decía no apto. Leyó la resolución de autorización firmada en 1994. Leyó la desaparición de Luis Ferrer Ara. Leyó los ochenta y siete muertos del 7 de agosto de 1996.

Ochenta y siete.

Francisco había sabido ese número desde siempre, o casi. Los primeros días después de la riada se había hablado de setenta y dos, luego de ochenta, y solo con el tiempo el recuento se había cerrado del todo. Vivía en Biescas. Todos en Biescas sabían ese número como se saben las cosas que forman parte del paisaje de un sitio, que están

ahí aunque no las estés mirando. Pero leerlo ahora, después de lo del collado, después de la chica, lo hizo de otra manera.

Siguió leyendo.

Leyó el nombre de Sara Villalba. Leyó que tenía treinta y seis años y que era periodista y que había sobrevivido a la riada de niña. Leyó que tenía un hermano que también había sobrevivido y que habían pasado treinta años sin saberlo. Leyó que habían sido los dos quienes habían sacado todo a la luz.

Leyó el nombre de Alicia Sánchez.

Se quedó quieto en la silla.

Alicia Sánchez, treinta y seis años, diseñadora gráfica de Valencia, superviviente de la riada del Arás. Que había vuelto al valle treinta años después buscando algo que no sabía nombrar del todo. Que había subido al collado del Telera un miércoles de octubre y que la habían matado creyendo que era otra persona.

Francisco miró por la ventana de la cocina.

Desde allí no se veía el collado. Pero él lo sabía en el paisaje como sabía todas las cumbres de esta sierra, con la intimidad de quien ha pasado cuarenta y tres años subiéndolas antes de que amaneciera.

Pensó en esa mañana de octubre.

El cielo limpio. Rayo parándose con las orejas levantadas. El silencio que no era el silencio de la montaña sino otro silencio. Y luego verla entre las rocas, joven, con las manos abiertas sobre el pedregal.

Había pensado en ella muchas veces desde entonces. No porque hubiera algo que lo obligara sino porque era así, porque uno no encuentra un cuerpo en el collado sin que eso se quede dentro de alguna manera. Se había preguntado quién era. De dónde venía. Qué había ido a buscar ahí arriba.

Ahora lo sabía.

Había ido a buscar lo mismo que todos los que pierden algo en un sitio concreto y que un día necesitan volver a ese sitio aunque no sepan muy bien para qué. No para recuperar lo que se fue. Sino para estar cerca de donde estuvo.

Francisco entendía eso perfectamente.

Su padre había muerto en estas montañas. No en la riada, años antes, de un infarto mientras subía al pasto con las vacas. Francisco tenía dieciséis años. Y desde entonces subía al mismo sitio todos los años, en la misma fecha, sin contárselo a nadie. No porque esperara

encontrar nada. Sino porque había cosas que necesitaban que alguien volviera a hacerlas.

Dobló el periódico.

Lo sostuvo un momento en las manos, sintiendo el peso del papel.

Luego lo dejó en la mesa y se quedó mirando la ventana y el trozo de cielo que se veía desde la cocina, ese azul de noviembre en el Pirineo que no se parece a ningún otro azul.

Pensó que a veces el mundo tardaba mucho en decir las cosas que tenía que decir. Que había verdades que esperaban décadas a que alguien las encontrara y las dijera en voz alta. Que eso era demasiado tiempo. Que siempre era demasiado tiempo.

Pero que mejor tarde que nunca.

Se levantó.

Cogió la chaqueta del perchero. Le silbó a Rayo, que estaba dormido junto a la estufa y que levantó la cabeza con la cara de perro que finge que no estaba dormido del todo.

Vamos, dijo Francisco.

Salieron a la calle.

El frío de noviembre en Biescas era limpio y directo, de ese tipo que no engaña a nadie sobre lo que es. Las montañas al fondo, siempre las montañas, con la nieve nueva en las cumbres quietas, de las cosas que llevan mucho tiempo ahí y van a seguir estando mucho tiempo más.

Francisco las miró un momento antes de echar a andar.

Luego siguió su camino.

CAPÍTULO 49

Solana. Zaragoza, noviembre de 2026

Pasaron cuatro días.

Cuatro días en los que el reportaje dejó de ser una mañana de titulares para convertirse en otra cosa, más lenta y más sorda: un expediente, una orden judicial que tardaba en firmarse, una fiscalía que pedía tiempo aunque medio país tuviera ya la historia en la pantalla del móvil. El segundo día, el capitán Castillo confirmó que habían identificado al conductor del vehículo registrado en el camino del Arás. Se llamaba Javier Bernal. Tenía antecedentes. Eso, junto con el incidente del río, fue suficiente para detenerle cautelarmente esa misma tarde. La nota encontrada junto al cuerpo de Castán con el nombre de Sara era compatible con una máquina de escribir hallada en su domicilio, dijo Castillo, pero compatible no es lo mismo que concluyente, y el papel por sí solo no habría bastado para sostener nada ante un juez.

Castillo también confirmó algo más, casi de pasada, como quien menciona un trámite entre otros más urgentes: el número de expediente que Esteban les había dado, EXP-URB/96-1187, existía todavía en el registro histórico de la Diputación de Huesca. Correspondía, sin ninguna duda posible, al informe técnico de 1993 firmado por Fermín Castán. El papel que Corral memorizó una noche de miedo, treinta años antes, era el mismo papel que ahora aparecía en la base de datos oficial, con la fecha de clasificación coincidiendo exactamente con la que Rozada había confesado.

Lo que de verdad cerró el caso fue Eusebio.

Esa misma tarde un guardia civil de Jaca llamó a la puerta de Eusebio Bernal en la calle del Mercado. Cuando le dijeron que su hermano había sido detenido, Eusebio no preguntó nada. Solo asintió, como quien lleva treinta años esperando esa frase exacta. Dijo que él también quería declarar, que llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo y que ya solo le faltaba que alguien viniera a buscarle en lugar de tener que ir él. Habló esa misma tarde. No protegió a su hermano. Contó lo que había visto la noche de la riada, lo que había callado durante treinta años, y lo del micrófono que

Javier le había instalado tres años antes, sin pedirle permiso, en el rincón donde el techo se junta con la pared de la cocina, para saber siempre, dijo, si algún día yo dejaba de callarme. Fue su declaración, no el papel de la máquina de escribir, lo que convirtió una detención cautelar en algo que iba a sostenerse.

Roberto Díaz llamó por su cuenta al capitán Castillo ese mismo segundo día y se ofreció a declarar todo lo que sabía, sin que nadie le hubiera buscado todavía. El reportaje ya mencionaba su nombre como empleado de Solana durante veintiocho años y como la persona que había intentado, tarde, frenar lo que él mismo había puesto en marcha. No pidió que lo protegieran. Solo pidió que constara que había llamado él.

Ignacio Rozada aguantó tres días sin contestar a nadie. Al tercero presentó su renuncia al consejo de administración del Grupo Solana con efectos inmediatos. Al cuarto, la Fiscalía Anticorrupción de Aragón confirmó la apertura de diligencias contra él por cohecho y prevaricación. En medio de esos días, una mujer que se identificó como Elena Ferrer llamó a la redacción de El Pirineo Digital. Hija de Luis Ferrer Ara. Había leído el reportaje. Solo quería decir que gracias.

La investigación interna sobre Salas avanzó más rápido de lo que nadie esperaba. En su cuenta aparecieron ingresos pequeños, disfrazados de reembolsos de una empresa de consultoría turística que no existía más que en el papel. Y en los registros de dos hoteles del Grupo Solana en el Pirineo, semanas enteras a nombre de su mujer y sus hijos, siempre en temporada alta, siempre sin factura de por medio. No era una fortuna. Era, exactamente, lo suficiente para no hacer preguntas durante siete años.

Solana llevaba esos cuatro días encerrado en el despacho del Paseo de la Independencia, viendo desde la ventana cómo el mundo que había construido se deshacía sin necesidad de que nadie entrara todavía a deshacerlo: la fundación pidiendo explicaciones que él no contestaba, dos reuniones canceladas por la otra parte sin excusa, una llamada de un ministro con el que se había fotografiado dos veces que no llegó a coger. Nadie le había llamado Don Ramón en cuatro días.

Esa mañana del cuarto día el teléfono llevaba dos horas sonando.

No el fijo del despacho, que tenía la secretaria para filtrarlo. El móvil. El número que Ramón Solana daba a muy poca gente y que

esa mañana había recibido diecinueve llamadas de once números distintos antes de las diez.

Lo había apagado a las nueve y cuarenta y cinco.

Estaba de pie junto a la ventana con el Ebro abajo y la Basílica al fondo y el despacho en silencio detrás de él, ese silencio que no era paz sino ausencia de algo que hasta hacía cuatro días había sido su vida. El reportaje se había publicado a las siete y veintidós. Lo había leído entero dos veces. La primera de prisa, buscando errores, buscando huecos, buscando algo que pudiera atacar. No encontró nada. La segunda despacio, leyendo cada frase como lo que era: la verdad dicha en voz alta. Su nombre. La resolución del 94. Los nombres de Luis Ferrer Ara y de Fermín Castán. Los ochenta y siete muertos del camping Las Nieves.

Ochenta y siete.

Lo había sabido siempre. Había vivido con ese número durante treinta años, construyendo encima de él con la misma eficiencia con que los ingenieros construyen puentes sobre terrenos inestables: ignorando lo que hay debajo y esperando que aguante. Pero leerlo ahora, en ese texto que había llegado ya a miles de pantallas, era diferente. Era público. Era definitivo. Era la primera vez que alguien lo decía en voz alta con su nombre al lado.

Había llamado a su abogado.

Su abogado le había dicho que no hablara con nadie. Que no emitiera ninguna declaración. Que él se ocupaba del comunicado de prensa.

El comunicado de prensa decía que colaboraría con la justicia en todo lo que fuera necesario.

Era la frase más vacía que había leído en su vida. Y la había aprobado.

Miró el Ebro.

Hacía treinta años que tenía ese río delante y todavía no había aprendido nada de él. Seguía siendo lo mismo con independencia de lo que pasara en ese despacho, con independencia de las firmas y los comunicados y los abogados y las fundaciones con su nombre. Eso era lo que tenían los ríos. Que no necesitaban que nadie les explicara quiénes eran.

Abrió el cajón de arriba.

La foto seguía ahí. La misma que había mirado la última vez que había hablado con Bernal, antes de decirle que no. Un camping junto

a un río. Verano. Tiendas de colores. Montañas al fondo. No se veía el Arás en la foto. Solo la orilla, verde y tranquila, con la calma de agosto que no avisa de nada.

La había recortado de un periódico en septiembre del 96. Un artículo sobre la riada con fotos del antes. El camping Las Nieves tal como era. Familias. Niños. Coches aparcados en fila con las matrículas de medio país.

No recordaba por qué la había guardado. Quizás porque guardarla era la única forma de no olvidar que había existido. Que no había sido solo un expediente administrativo y una firma en un papel. Que había sido un lugar real donde había ido gente real con sus hijos y sus perros y sus bocadillos y sus ganas de ver las montañas.

Ochenta y siete personas que confiaron en que alguien había comprobado que era seguro.

Lo había leído en el reportaje. Lo había leído y se había quedado con esa frase porque era la única que decía la verdad exacta. No que él era un criminal, no que había matado a nadie. Sino eso: que habían confiado. Que confiaron y él les falló.

Que él sabía que les falló y firmó de todas formas.

La cogió. La miró por última vez. Las tiendas de colores. La gente sonriendo. Las montañas al fondo. Un martes de agosto de 1996 que no sabía que iba a ser el último.

La dejó encima de la mesa, boca arriba, a la vista. No la guardó de nuevo en el cajón. Ya no había nada que ocultar.

Llamaron a la puerta.

Era su secretaria. Tenía esa expresión de quien tiene que decir algo que no quiere decir.

Han llegado dos personas de la Guardia Civil, dijo. Dicen que tienen una orden.

Ramón Solana miró la foto una vez más, boca arriba sobre la mesa.

Dícales que pasen, dijo.

Se quedó de pie junto a la ventana mientras esperaba. El Ebro abajo, moviéndose hacia el mar. La Basílica al fondo, su cúpula, que llevaba décadas sin darle nada parecido al consuelo pero que al menos seguía ahí, igual que siempre, sin pedir nada a nadie.

Setenta y un años.

Una decisión en 1994.

Todo lo que había construido encima.

Oyó la puerta abrirse.

No se giró todavía. Le quedaban dos o tres segundos mirando el río y los quería enteros, sin que nadie se los interrumpiera. El tiempo exacto para recordar, por última vez y sin disimulo, lo que había sido antes de convertirse en lo que era.

Luego se giró.

CAPÍTULO 50

Marcos. Huesca, noviembre de 2026

Llevaba doce años trabajando con Sara Villalba y nunca había aprendido a predecir lo que iba a hacer a continuación.

Eso no era un defecto. Era lo que la hacía buena en su trabajo. La incapacidad de quedarse quieta cuando algo no encajaba, de aceptar la versión oficial cuando la versión oficial tenía demasiados huecos, de irse a dormir cuando todavía quedaba un hilo por tirar. Marcos había conocido a muchos periodistas en veinte años de oficio y había aprendido a distinguir los que escribían bien de los que realmente necesitaban saber. Sara era de los que necesitaban saber. Esos eran los peligrosos.

Y los mejores.

Cuando volvió a Huesca después de Jaca tardó dos días en volver a su ritmo. No era el cansancio, que también, sino otra cosa. Esa sensación de haber estado dentro de algo demasiado grande para procesarlo de golpe y necesitar tiempo para que se asiente y tome forma.

Se sentó en su despacho con los tres monitores y el café y los vasos vacíos que nunca tiraba hasta el viernes y miró la pantalla sin escribir nada durante un rato.

Pensó en Sara.

Lo hacía a menudo. Llevaba años haciéndolo de una manera que había aprendido a manejar, que no era olvidar sino guardar en el sitio correcto para que no interfiriera con el trabajo ni con la relación ni con nada de lo que habían construido juntos sin necesidad de nombrarlo. Era una disciplina como cualquier otra. Se practica hasta que se vuelve automática.

Pero había algo diferente ahora.

Lo que había dicho en la calle Mayor de Jaca antes de irse no había sido planeado. Había salido solo, natural, de las cosas que llevan demasiado tiempo dentro esperando el momento correcto. No había sido una declaración. No había sido una pregunta. Había sido simplemente la verdad dicha en voz baja, sin presión, sin esperar nada a cambio.

No sé qué va a pasar después de esto, había dicho. Pero sé que quiero que pase contigo.

Doce palabras. Sin más.

Ella lo había guardado. Lo había visto en su cara. Lo había metido en algún sitio nuevo y había asentido apenas y había dicho buenas noches y había subido las escaleras.

Eso era suficiente.

No porque no quisiera más. Sino porque sabía cómo funcionaba Sara con las cosas nuevas. Las guardaba. Las miraba de lejos primero. Las dejaba reposar. Y luego, cuando estaba lista, las sacaba y les daba el peso que merecían. No antes.

Marcos había aprendido eso en doce años. Que con Sara el tiempo no era indiferencia. Era respeto.

Se levantó y fue a la ventana de su despacho. Huesca a media mañana, la calle con sus ruidos habituales, el Pirineo intuido al norte detrás de las nubes bajas de noviembre.

Pensó en el reportaje. En las cuatrocientas personas que lo habían compartido en la primera hora. En el Herald y El País y la SER recogiendo la historia de una familia de Bronchales que fue de vacaciones y no volvió. En Solana llamando a su abogado. En Salas siendo suspendido. En treinta años de silencio rompiéndose en una mañana.

Pensó en Óscar.

En la manera en que Sara lo había mirado en la sala de espera de la comandancia cuando la moneda se detuvo entre sus nudillos. Con esa expresión que Marcos no había visto nunca en ella. No de alegría exactamente. De algo más antiguo. De algo que había estado cerrado tanto tiempo que cuando se abrió lo hizo sin ruido, como se abren las cosas que no necesitan avisar.

Marcos había estado a un lado. Era su sitio natural en la vida de Sara, el lado. Lo sabía y lo había aceptado hace tiempo. No con resignación sino con la claridad de quien entiende que algunas cosas son como son y que lo que hay entre dos personas no siempre tiene nombre ni necesita tenerlo.

Lo que había entre Sara y él era real.

No sabía si iba a cambiar. No sabía si ella iba a sacar aquello que había guardado y a mirarlo y a decidir qué hacer con ello. Quizás sí. Quizás no. Quizás el momento era ahora y quizás el momento era dentro de años.

Marcos era paciente.

Había aprendido la paciencia en el mismo sitio donde había aprendido casi todo lo importante, en el oficio. En la espera de que las cosas se desarrollen solas cuando les das el tiempo suficiente. En la confianza de que la verdad siempre sale aunque tarde. En saber que forzar las cosas antes de que estén listas las rompe.

Volvió a la mesa.

Abrió el documento donde llevaba semanas sin escribir nada que no fuera el reportaje. Lo miró durante un momento. Luego empezó a escribir.

No sobre Sara. No sobre Jaca ni sobre la riada ni sobre Solana. Escribió sobre otra cosa, sobre un tema que llevaba meses queriendo abordar, sobre las pequeñas negligencias administrativas que se acumulan en los archivos de las instituciones sin que nadie las lea hasta que es demasiado tarde.

Escribió durante tres horas sin parar.

Cuando terminó se recostó en la silla y miró el techo.

Pensó que había cosas que no podías forzar. Que solo podías hacer tu trabajo bien y estar en el sitio correcto y dejar que el tiempo hiciera lo suyo.

Que a veces era suficiente con saber que alguien guardaba algo tuyo en un sitio nuevo.

Cogió el teléfono y le escribió un mensaje a Sara.

Buen trabajo, Villalba.

Tres palabras. Las mismas de siempre.

Dejó el teléfono en la mesa y volvió al artículo.

EPÍLOGO

Sara. Zaragoza y Biescas, noviembre de 2026

Volvió al piso un jueves.

Óscar la acompañó hasta la puerta y luego esperó en el rellano, que era su manera de darle espacio sin dejarla sola del todo. Marcos había vuelto a Huesca dos días antes, discreto, como siempre. Antes de irse, en la calle Mayor de Jaca, le había dicho algo en voz baja que no era una pregunta y que tampoco era una declaración sino algo a medio camino, algo que solo Marcos sabía decir de esa manera, sin presión y sin prisa. Sara no le había contestado entonces con palabras. Le había puesto la mano un momento sobre la suya, encima de la mesa, y le había dejado ver que lo había entendido perfectamente y que no le asustaba, que solo necesitaba tiempo para saber qué hacer con algo tan grande. Marcos había asentido como si eso fuera ya una respuesta, porque lo era. Sara lo había guardado en un sitio nuevo, un sitio que llevaba mucho tiempo vacío y que todavía no sabía muy bien cómo manejar. Pero que estaba ahí.

Abrió la puerta.

El piso olía a cerrado y a papel viejo. Las persianas echadas, la taza del café todavía en el fregadero desde la mañana que se fue a Jaca semanas antes. Todo exactamente como lo había dejado excepto el archivo, que alguien había vaciado y que ahora era solo una habitación con estanterías metálicas y un corcho desnudo en la pared.

Sara lo miró un momento desde el marco de la puerta.

El mapa del valle del Gállego ya no estaba. Los hilos, las fotos, los nombres. Todo se lo había llevado la Guardia Civil como pruebas. Era lo correcto. Pero la habitación sin eso parecía otra cosa, más pequeña, más vacía, como un cuerpo después de que algo importante lo ha abandonado.

Fue al salón.

Todo igual. El sofá, la mesa, los libros en la estantería. Y en el segundo estante desde arriba, en el sitio donde siempre había estado, Pipo.

Sara se quedó parada delante de él.

El conejo de peluche tenía la oreja torcida como siempre. Treinta años en esa estantería y la oreja seguía torcida de la misma manera, como si el tiempo no hubiera podido con ese pequeño defecto de fábrica. Sara lo había llevado consigo desde el camping hasta el hospital, desde el hospital hasta la familia de acogida, desde la familia de acogida hasta el primer piso que alquiló con dieciocho años fregando platos. Y cuando por fin tuvo un sitio que era suyo de verdad lo había puesto en la estantería del salón y lo había dejado ahí. Sin tocarlo casi. Sin tirarlo nunca.

Lo cogió.

Lo sostuvo un momento con las dos manos como cuando tenía seis años, sintiendo el peso familiar, el tacto del pelo sintético un poco apelmazado por el tiempo. Le enderezó la oreja. La oreja volvió a torcerse sola.

Iba a dejarlo en su sitio cuando lo notó.

Algo duro dentro del relleno. En el costado izquierdo, cerca de donde debería estar el corazón si los conejos de peluche tuvieran corazón. No era grande. No era nada que se notara a menos que lo estuvieras buscando, y Sara no lo había estado buscando nunca porque no sabía que había nada que buscar.

Fue a la cocina. Buscó unas tijeras.

Abrió la costura con cuidado. Tocaba algo que no debía romperse, y lo sabía. El relleno blanco salió un poco. Y dentro, envuelto en un trozo de tela de algodón atado con un hilo rojo, había algo plano y rectangular.

Sara deshizo el nudo.

Era una foto.

Pequeña, de carrete, de esas que se revelaban en sobre y que tenían ese color ligeramente amarillento del papel fotográfico de los años noventa. Cuatro personas en un puente de piedra. Un hombre con la mano en el hombro de una mujer. Una niña delante, más pequeña que los demás, mirando a la cámara con una seriedad de seis años que no era tristeza sino concentración. Y un niño de diez años con el brazo rodeando a la niña, sonriendo de esa manera que solo tienen los hermanos mayores cuando están orgullosos de serlo.

Al dorso, con la misma letra redonda y cuidadosa que Sara había visto una sola vez en su vida, en un papel doblado con las reglas de la escoba escrito con bolígrafo azul, había cuatro palabras.

Para cuando seas mayor.

Sara se sentó en el suelo de la cocina.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Con la foto entre las manos y Pipó en el regazo y las tijeras en el suelo y la costura abierta derramando un poco de relleno blanco. El piso en silencio. El patio interior con su ventana encendida en el tercero como siempre.

Ángela había sabido. Había sabido que la foto existía, que se había perdido en el caos de la riada, que alguien la había recogido y la había entregado en el hospital sin saber muy bien a quién dársela. Y la había guardado en el único sitio que estaba segura de que Sara nunca iba a abandonar.

Treinta años esperando en el costado izquierdo de un conejo de peluche con la oreja torcida.

Sara miró la foto.

Su padre. Su madre. Óscar. Ella.

El puente de Santa Elena, agosto de 1996, con las hayas verdes detrás y el Gállego brillando abajo y el mundo entero por delante todavía.

Para cuando seas mayor.

Ya era mayor.

Se levantó. Fue a la puerta. Óscar seguía en el rellano, apoyado en la pared con los brazos cruzados, paciente, de quien ha aprendido a esperar.

La miró.

Sara le dio la foto sin decir nada.

Óscar la cogió. La miró durante un momento largo. Luego la dio la vuelta y leyó las cuatro palabras del dorso y algo en su cara se rompió de una manera que no intentó disimular.

¿De quién es la letra?, dijo con la voz un poco menos entera de lo habitual.

De Ángela, dijo Sara. La trabajadora social que me cuidó en el hospital.

Óscar asintió.

Siguieron así un momento en el rellano, los dos juntos, con la foto entre ellos y el silencio de un edificio de Zaragoza a su alrededor que no sabía nada de lo que estaba pasando en ese cuarto piso.

¿Vamos a Biescas?, dijo Óscar.

Sara le miró.

¿Ahora?

Ahora.

Llegaron al valle cuando el sol bajaba hacia las crestas del oeste.

La luz de noviembre en el Pirineo aragonés era de otro mundo. No la luz suave del verano, que todo lo dora y lo embellece, sino esta otra, más honesta, que alarga las sombras hasta hacerlas casi tan largas como las cosas que las proyectan y que deja la piedra y el agua y los árboles con ese aspecto de haber sido siempre lo que son. Los chopos habían perdido casi todas las hojas. Las ramas desnudas se cruzaban contra el cielo pálido con una geometría sin pretensiones, la de los árboles en invierno. El Arás bajaba oscuro entre las orillas vacías, más silencioso que en verano, como si también él supiera que no era el momento de hacer ruido.

Las cumbres al norte estaban blancas. No la nieve permanente de agosto, que en el Pirineo se queda en las sombras y a lo lejos parece suciedad en la roca, sino la nieve nueva de noviembre, fresca, que cubre todo de la misma manera democrática y hace que las crestas del Telera y el Tendeñera y el Balaitús parezcan recién nacidas, como si el invierno las hubiera devuelto limpias al mundo.

Óscar miró las montañas desde el coche antes de apagar el motor.

Sara también las miró.

No dijeron nada. No hacía falta decir nada.

Aparcaron.

No fueron al río.

Aparcaron junto a la carretera y caminaron hasta el Parque Memorial del Camping Las Nieves. Estaba junto al barranco del Arás, en el lugar exacto donde treinta años antes había estado el camping. Una escultura de piedra presidía el espacio, tres piezas verticales que dejaban entre ellas un hueco, un vacío que no era vacío sino presencia, la presencia de los que ya no estaban. Alrededor, tres monolitos de piedra con los nombres grabados.

Ochenta y siete nombres.

Sara y Óscar se pararon delante.

No dijeron nada durante un momento. Solo miraron los nombres. Todos esos nombres. Familias enteras que habían llegado a ese camping en agosto del 96 con los coches cargados y los hijos dormidos en el asiento trasero y sus vidas enteras por delante. Que habían montado las tiendas y encendido los hornillos y escuchado el río y mirado las montañas y no habían tenido ninguna razón para no confiar en que alguien había comprobado que era seguro.

Sara buscó con los ojos.

Los encontró en el segundo monolito. Juntos, como habían estado siempre.

Miguel Villalba Serrano.

María Villalba Gracia.

Los leyó en voz baja. Una vez. Luego otra. Con esa lentitud de quien quiere que las palabras lleguen a todos los sitios donde hace falta que lleguen.

Luego se giró hacia Óscar.

María Villalba Gracia, dijo Sara.

Óscar la miró. Asintió despacio.

Miguel Villalba Serrano, dijo él.

Nadie más los oyó. Solo la piedra.

Óscar estaba a su lado. Tenía la moneda entre los nudillos, quieta por primera vez, sujeta entre el índice y el pulgar sin moverse.

Había flores junto al pie del monolito. Flores frescas que alguien había dejado esa misma mañana o el día anterior. Y junto a las flores, apoyado contra la piedra, un peluche pequeño, descolorido por el sol y la intemperie.

Sara lo miró durante un momento largo.

Luego sacó la foto del bolsillo.

La miró una vez más. Su padre con la mano en el hombro de su madre. La luz de agosto en el puente de Santa Elena. Los cuatro juntos, completos, en el único momento que quedaba de ellos.

La apoyó contra la piedra, junto a las flores, junto al peluche. En el lugar donde estaban sus nombres.

Y en ese momento, sin buscarlo, le llegó la voz de Alicia. Nítida, de seis años, seria, como era ella para los pactos.

Mañana seguimos.

Sara cerró los ojos un segundo. Luego los abrió.

Ya, dijo en voz baja. Ya seguimos.

No era un gesto para nadie. O era para todos. Para Miguel y María Villalba que merecían haber vuelto de ese viaje. Para los Sánchez de Valencia y la pareja mayor de Pamplona y el grupo de jóvenes con tiendas de colores y todas las familias que habían confiado en que alguien había hecho su trabajo.

Para Alicia, que había vuelto treinta años después buscando lo mismo que Sara y no había llegado a encontrarlo.

Para Fermín Castán y Luis Ferrer Ara, que lo supieron y pagaron por saberlo.

Para todos los que vendrían después. Porque habría más. Siempre había más. Ríos con informes ignorados y zonas de riesgo convertidas en zonas de negocio y familias que confiaban en que alguien había leído el papel. Y mientras eso no cambiara habría más nombres en más monolitos de piedra en más lugares de este país.

Por eso el reportaje. Por eso los nombres en voz alta. Por eso estar aquí.

¿Crees que lo sabían?, dijo Óscar en voz baja.

¿El qué?

Que iba a pasar algo. Esa noche. Papá mirando el cielo.

Sara pensó en Miguel sentado en la silla plegable delante de la tienda sin moverse en toda la tarde. En cómo había mirado a mamá y algo había pasado entre ellos que Óscar no supo leer pero sintió.

Creo que algo presentía, dijo. Pero creo que también eligió quedarse. Que cuando tuvo que elegir nos eligió a nosotros.

Óscar asintió despacio.

La moneda volvió a moverse entre sus nudillos.

Nos eligieron, dijo.

Sí, dijo Sara. Nos eligieron.

El Arás sonaba abajo, tranquilo. Las montañas quietas encima con la primera nieve del invierno en las cumbres. Y los ochenta y siete nombres grabados en la piedra bajo esa misma luz de noviembre que no le preguntaba permiso a nadie para estar ahí.

Sara no se movió durante un momento más.

Luego miró las cumbres.

Estaban ahí. Como siempre habían estado. Como estarían cuando ella ya no estuviera. Blancas ya con la nieve de noviembre, quietas, indiferentes al tiempo de las personas de esa manera que tienen las cosas muy antiguas, que no es crueldad sino simplemente otra escala.

Su padre lo había dicho una vez mirando estas mismas montañas desde un camping junto al río.

Las montañas siempre están aunque no las veas.

Ahora lo entendía del todo.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y los hechos narrados son imaginarios. Los responsables, los crímenes y las

empresas que aparecen en estas páginas son enteramente ficticios y no guardan relación con ninguna persona ni entidad real.

Pero la riada del Arás ocurrió de verdad.

Tal como se cuenta al principio de este libro. Habían ido de vacaciones con sus familias. No tenían ninguna razón para no confiar en que estarían seguros.

Este libro está dedicado a ellas. A sus nombres, que están grabados en piedra junto al barranco del Arás. Y a todas las familias que siguen cargando con su ausencia.

También a todos los que alguna vez dijeron en voz alta que algo no estaba bien, y no fueron escuchados.

Si algún día vas al Pirineo aragonés, el Parque Memorial del Camping Las Nieves está junto al barranco del Arás, en Biescas. Puedes leer los nombres. Puedes dejar flores. Puedes quedarte un momento en silencio delante de la piedra. Merece la pena ir.

— Ángela